



MAURIZIO DE GIOVANNI

EL MÉTODO DEL COCODRILO

«DE GIOVANNI ES UNA MÁQUINA
DEL THRILLER.» PIETRO TRECCAGNOLI

Lectulandia

Esto es Nápoles como nunca se había visto: una ciudad caótica cuyos callejones arrojan sombras y ecos de pasos inciertos. Los napolitanos viven absortos en sus preocupaciones cotidianas, de espaldas a la comunidad. En esta atmósfera un asesino puede cometer sus crímenes con bastante soltura, pasar desapercibido entre la multitud y volverse prácticamente invisible. Tres jóvenes que aparentemente no tienen nada en común aparecen muertos tras haber recibido un tiro mortal, a modo de ejecución. El inspector Giuseppe Lojacono acaba de ser transferido de Sicilia a Nápoles tras verse implicado en un turbio caso con la mafia. Arrastrado por su instinto y por circunstancias personales difíciles, se propone descubrir quién está detrás de los asesinatos. En su empeño se verá acompañado por la joven y atractiva magistrada Laura Piras, que ha oído hablar de la increíble habilidad de Lojacono, de su capacidad de observación y deducción. Las primeras investigaciones señalan a un asesino frío y metódico, que la prensa ha bautizado como «El Cocodrilo», porque, al igual que el reptil, es una máquina de matar perfecta y despiadada. Y al igual que el animal, cuando devora a sus víctimas llora, pero las suyas son lágrimas de cocodrilo. En el origen de estos asesinatos se descubrirá un dolor arraigado y ancestral, una culpa que no ha sido purgada y un amor que todo lo consume.

Lectulandia

Maurizio De Giovanni

El método del cocodrilo

Inspector Giuseppe Lojacono - 1

ePub r1.0
diegoan 17.07.2019

Título original: *Il metodo del cocodrillo*
Maurizio De Giovanni, 2012
Traducción: Celia Filipetto Isicato

Editor digital: diegoan
ePub base r2.1

más libros en lectulandia.com

Índice de contenido

[Cubierta](#)

[El Método Del Cocodrilo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Capítulo 66](#)

[Capítulo 67](#)

[Capítulo 68](#)

[Capítulo 69](#)

[Capítulo 70](#)

[Capítulo 71](#)

[Sobre el autor](#)

De parte de Lojaco: a Luigi Merolla, Fabiola Mancone,
Valeria Moffa, Luigi Bonagura, Paolo Ferradino, ángeles que
velan por esta ciudad.
A Giulio Di Mizio, y a su mirada sobre la muerte. A Maria Pia
Salerno, y a su mirada sobre la vida.
A Giulia, Maria Paola y Antonio, por esa noche en Milán.
A la gente maravillosa del blog Corpi Freddi, por esa noche en
Mantua.
De parte del autor, como siempre, desde siempre y para
siempre: a Paola.

Maurizio de Giovanni, marzo de 2012

Capítulo 1

La Muerte entra por la vía tres a las ocho y catorce, con siete minutos de retraso.

Se confunde entre los viajeros, zarandeada por mochilas y bolsos, por carritos y maletas indiferentes a su frío aliento.

La Muerte camina vacilante, defendiéndose de las prisas ajenas. Ahora se encuentra en la gran sala de la estación, rodeada del griterío de los chicos y el olor a cucuruchos derretidos. Mira a su alrededor, con gesto rápido se seca una lágrima que se desliza por debajo de la lente izquierda, y el pañuelo vuelve al bolsillo superior de la chaqueta.

En medio de todas las tiendas nuevas, busca la salida para huir del ruido y del gentío. No reconoce el lugar, después de tantos años todo ha cambiado. Lo ha preparado todo punto por punto; la búsqueda de la salida será su único momento de vacilación.

Nadie la ve. Los ojos de un muchacho que fuma recostado en un pilar la recorren como si fuera transparente. Es una mirada clínica: nada llama la atención, los zapatos viejos y el traje pasado de moda dicen tan poco como las gafas fotocromáticas y la corbata oscura. Los ojos van más allá, se detienen en el bolso abierto de una señora que habla por el móvil y gesticula frenética. Nadie más ve a la Muerte cuando cruza insegura el vestíbulo de la estación.

Ya está fuera, al aire libre. Huele a humedad, a gas. Ha dejado de llover hace poco, la acera está embarrada y resbaladiza. Un rayo de sol se abre paso, la Muerte entrecierra los ojos ante el destello imprevisto y se seca otra lágrima. Mira a su alrededor y ve el aparcamiento de taxis, avanza arrastrando un poco los pies.

Se sube a un coche destartado. Huele a humo rancio, el asiento está desfondado. Murmura la dirección al conductor, que la repite en voz alta para confirmarla, mientras arranca con una sacudida y se incorpora al tráfico sin ceder el paso. Nadie protesta.

La Muerte ha llegado a la ciudad.

Capítulo 2

El superintendente Luciano Giuffrè se subió las gafas, se pasó ambas manos por la cara y se restregó los ojos.

—Señora, así no vamos a ninguna parte, a ver si nos entendemos. Usted no puede venir aquí a hacernos perder el tiempo, que estamos ocupados. Vamos a ver, explíqueme bien lo que pasó.

La mujer apretó los labios, lanzando una mirada de soslayo al otro escritorio.

—Comisario, baje la voz, que si no ese de ahí se entera de mis cosas.

Giuffrè extendió los brazos con un gesto de impotencia.

—Mi querida señora, le repito que no soy el comisario, soy un simple superintendente al que, para su desgracia, lo han puesto aquí a tomar nota de las denuncias. «Ese de ahí» no se está enterando de sus cosas; es el inspector Lojacono, que hace mi mismo trabajo aunque, como puede ver, tiene más suerte que yo porque, no sé cómo se las arregla, pero nadie le pide nunca que tome nota de nada.

El hombre sentado en el otro escritorio no dio señales de haber oído la parrafada de Giuffrè.

Seguía mirando la pantalla del ordenador, con la mano en el ratón; parecía perseguir otros pensamientos.

La mujer, una pueblerina de mediana edad que aferraba el bolso con manos regordetas, se desentendió descaradamente de él.

—Qué quiere que le diga, los clientes siempre se dirigen a los dependientes que inspiran más confianza.

—¡Pero qué dependientes ni qué ocho cuartos, señora, no me haga perder la paciencia! ¿Cómo se atreve? ¡Esto es una comisaría, un poco de respeto! Clientes, dependientes... ¿dónde se cree que estamos, en una charcutería? O me cuenta rápidamente, en dos minutos, lo que ocurrió o la hago acompañar a la calle por un agente. ¿Entendido?

La señora parpadeó y dijo:

—Discúlpeme, comisario, es que esta mañana estoy de lo más nerviosa. La del piso de abajo, para que usted sepa, ha vuelto a meter gatos en su casa. Ahora tiene tres, ¿sabe? Tres.

—¿Y? ¿Qué quiere que hagamos nosotros? —le preguntó Giuffrè mirándola fijamente.

La mujer se inclinó hacia delante y murmuró:

—Estos gatos maúllan.

—Ay, Dios, claro que maúllan, son gatos. No es ningún delito.

—Entonces es que usted no quiere entenderme: los gatos maúllan y huelen mal. Yo me asomé al balcón y se lo dije sin sulfurarme: oye, pedazo de cornuda, ¿es que no entiendes que tienes que marcharte del edificio y llevarte a esos bichos?

Giuffrè sacudió la cabeza:

—¡Coño, menos mal que se lo dijo sin sulfurarse! ¿Y ella qué le contestó?

La mujer se irguió en la silla para enfatizar su indignación:

—Me mandó a tomar por culo.

Giuffrè asintió, plenamente de acuerdo en espíritu con la propietaria de los gatos.

—¿Y entonces?

La señora abrió los ojos porcinos como platos:

—Entonces quiero denunciarla, comisario. Tiene que encerrarla aquí dentro, en la cárcel, a ella y a sus gatos. La quiero denunciar por mandamiento a tomar por culo.

Giuffrè no sabía si reír o llorar.

—Señora, aquí no hay celdas y yo no soy el comisario. Y el delito de mandamiento a tomar por culo, que yo sepa, no está tipificado. Además, me parece que la primera en llamar «pedazo de cornuda» a la señora fue usted, ¿no? Hágame caso, váyase a su casa y trate de vivir un poco más tranquila, que un par de gatos no hacen daño a nadie, y además, mantienen a raya a los ratones. Márchese, y no nos haga perder más tiempo.

La mujer se levantó, rígida y disgustada. ¿Para esto paga una los impuestos? No me canso de decírselo a mi marido, que tendría que cobrar más en negro. Buenos días.

Y salió de la oficina. Giuffrè se quitó las gruesas gafas y las estampó contra el escritorio.

—Me pregunto a quién le habré yo hecho daño en mi otra vida para estar condenado a hacer este trabajo. ¿Cómo es posible que en una ciudad donde todos los días se encuentran muertos en la calle, venga esta a comisaría para

denunciar a una vecina que, por otra parte, la ha mandado a tomar por culo justificadamente? ¿A ti te parece posible?

El ocupante del otro escritorio apartó un instante la vista de la pantalla. La cara tenía rasgos casi orientales, ojos achinados y negros, pómulos altos, labios regulares y carnosos. Sobre la frente, mechones rebeldes de cabello ondulado. Tenía algo más de cuarenta años, pero alguna que otra arruga profunda en las comisuras de la boca y de los ojos hablaban de dolores y alegrías más antiguos.

—Tómalo con calma, Giuffrè. Son tonterías. Pero algo tendrás que hacer para pasar el día, ¿no?

El superintendente se puso las gafas de golpe, fingiendo sorpresa. Era un hombrecito muy expresivo, que parecía reproducir con gestos sus palabras, como si su interlocutor fuera sordo.

—Pero ¿qué ha pasado? ¿El inspector Lojacono se ha despertado? ¿Qué hago, te traigo un café y un *brioche*? ¿O quieres el diario, así aprovechas y de paso, mientras descansas, te informas sobre lo que ocurre en el país?

Lojacono sonrió con un solo lado de la boca.

—Yo no tengo la culpa de que cuando la gente entra aquí me mire de pasada y después se te siente delante. Ya has oído lo que dijo la gorda, ¿no? Los clientes se encariñan con sus dependientes.

Giuffrè se levantó con todo su metro sesenta y cinco.

—Oye, que en esta barca desfondada vas tú también. ¿O te crees que estás de paso? ¿Sabes cómo llaman los demás a nuestra oficina? El Cottolengo, la llaman. Como el hospital piamentés, ese donde internan a las personas con graves deficiencias. ¿A ti qué te parece, que me tienen manía solo a mí?

Lojacono se encogió de hombros.

—¿Y a mí qué carajo me importa? Que lo llamen como quieran a esta mierda de sitio. A mí me da más asco que a ellos.

Se concentró otra vez en la pantalla; debajo de la partida de escoba que jugaba perennemente contra el ordenador se leían la hora y la fecha.

Diez de abril de dos mil doce. Diez meses y pocos días. Hacía diez meses y unos días que estaba allí.

En el infierno.

Capítulo 3

La chica de la recepción llevaba los auriculares puestos y escuchaba a Beyoncé con el volumen a tope; por cuatrocientos euros de mierda, y encima en negro, esos cabrones no podían pedir más.

Además, en estos tiempos, un trabajo cómodo, en la recepción de un hotelito de unas diez habitaciones situado en Posillipo, que encima le permitía estudiar un poco, no era como para hacerle ascos. Pero qué aburrimiento.

Levantó la vista del libro y se sobresaltó. De pie, al otro lado del mostrador, un hombre la estaba mirando.

—Perdone, no lo había oído llegar. ¿En qué puedo ayudarlo?

La primera impresión que tuvo fue que se trataba de un viejo. Si hubiese mirado con más atención, tras el traje anticuado de un color indefinible, detrás de la corbata oscura, detrás de las gafas con lentes que cambiaban de color según cómo les diera la luz (Dios, ¿cuántos años hacía que no veía unas gafas así? ¡Eran como las de su abuelo!), quizá le habría echado unos años menos.

Pero con el examen de ciencias de las finanzas a la vuelta de la esquina y Beyoncé que gritaba por el auricular que ahora le colgaba del cuello, debía atender lo antes posible al anónimo e invisible cliente que tenía delante.

—He reservado una habitación, creo que es la siete. Compruébelo, por favor.

La voz también era anónima, poco más que un susurro. El hombre sacó un pañuelo del bolsillo y se secó velozmente el ojo izquierdo. La chica pensó que quizá fuera alérgico.

—Sí, aquí tengo la reserva. Acaba de desocuparse la nueve, si le interesa, la tengo disponible. Desde la ventana se ve un poco el mar, mientras que la siete da al paseo, si quiere podemos...

El viejo la interrumpió con amabilidad:

—No, gracias. Prefiero confirmar la siete, si para usted no es problema. Habrá menos ruido, he venido a descansar. Dígame una cosa, dan una llave

para entrar si regreso tarde, ¿no? Leí en la página web que, como no tienen servicio de portero de noche, daban la llave.

Viene a descansar y pide la llave para volver a altas horas de la noche. Será asqueroso el viejo.

—Claro, aquí las tiene, esta abre el portoncito lateral y esta otra de aquí es la de la habitación. ¿Cuánto piensa quedarse?

Una pregunta como cualquier otra, pura formalidad. El viejo pareció concentrarse para responder, detrás de los cristales de las gafas la mirada transparente se perdía en el vacío, una profunda arruga le surcaba la frente bajo los ralos cabellos canosos.

—No lo sé. Un mes o así, quizá menos. En cualquier caso, no mucho.

—No hay prisa. Aquí tiene su documento. Que tenga una buena estancia.

Y Beyoncé volvió a hacer de banda sonora a ciencias de las finanzas.

La habitación número siete.

Elegida cuidadosamente en el plano del hotelito, estudiada un millón de veces en internet. La cama de una plaza arrimada a la pared, el baño con ducha y sin bidé, el armario con puertas chirriantes. Un escritorio, una silla, una mesita de noche. Perfecto.

Todo perfecto.

El viejo depositó la maleta sobre la cama, abrió la cremallera y comprobó rápidamente el interior, sacó la chaqueta y la colgó con cuidado en el armario; después colocó el escritorio delante de la ventana y subió la persiana hasta la mitad sin descender las cortinas. Miró más allá del estrecho paseo privado y asintió satisfecho; se aflojó la corbata y se sentó. Observó el bolígrafo y las hojas con el pretencioso escudo de armas del hotel, echó otra mirada a la ventana y se puso a escribir.

En la maleta, pocas prendas. Y una pistola.

Capítulo 4

Lojacono miró la hora por enésima vez. Decidió que las once y cincuenta y ocho era su límite máximo de espera y, además, Giuffrè se había alejado por fin; cogió el teléfono y marcó el número.

—¿Diga? —contestó Sonia.

En la mente de Lojacono, el sonido profundo de aquella voz logró que se materializaran imágenes que él se apresuró a borrar: una carcajada, el pecho suave, el dulce sabor de su boca. Tiempo pretérito.

—Hola, soy yo.

—Hola, cabrón. ¿Qué mierda quieres?

Lojacono sonrió con amargura.

—Yo también me alegro de oírte, cariño.

La mujer levantó la voz:

—Y encima se hace el gracioso. Después de la vergüenza por la que nos has hecho pasar, a tu hija y a mí. Ha pasado un año y solo ahora nos atrevemos a salir de casa. Desgraciado. No tienes que llamarnos más, el abogado también ha dicho que no tienes que llamar más. Solo enviar el dinero, ¿entendido?

El inspector se pasó una mano por los ojos. De repente se quedó sin fuerzas.

—Por favor, Sonia. Ya sabes que te mando el dinero puntualmente. Lo poco que gano os lo mando casi todo, y aquí llevo una vida de mierda que no te puedes ni imaginar. Es inútil que me machaques tú también.

La mujer soltó una carcajada que no tenía nada de alegre.

—¿Que te machaque yo también? Pero ¿tú te das cuenta de lo que nos hiciste? Si al menos hubieras sabido cómo hacer de mafioso... Seguramente ahora nos respetarían más a Marinella y a mí, y no estaríamos como estamos, que hasta los parientes nos vuelven la cara. Y encima nos tenemos que quedar aquí, donde nadie nos conoce, como dos ladronas o dos putas. Maldito seas.

Maldito. Qué poco hace falta para ser maldito.

—Llamaba porque quería saber cómo estabais. Y quería hablar con Marinella.

—Ya te puedes ir olvidando le soltó Sonia con rabia. ¿Me has oído? Ella no quiere hablar contigo, y mi deber es protegerla. Solo tiene quince años, y por tu culpa su vida social se ha visto comprometida. Y ni se te ocurra tratar de llamarla directamente, ha cambiado de número de móvil.

Lojacono golpeó con fuerza el escritorio con la mano haciendo saltar bolígrafos y grapas.

—¡Me cago en la puta, es mi hija! Mi hija, ¿lo entiendes? ¡Y hace diez meses que no hablo con ella! ¡Ningún juez en el mundo puede decirle a un padre que debe estar muerto para su hija!

La voz de Sonia se volvió fría como la hoja de un cuchillo.

—Haberlo pensado antes. Antes de pasar información a la mafia y encima sin cobrar nada. Eres un mierda, y si la pobre niña tiene a un mierda como padre, no puede estar pagándolo el resto de su vida. Manda el dinero y déjanos en paz.

Lojacono se quedó murmurando palabras incoherentes al auricular mudo; cuando Giuffrè entró en el despacho con cara de sentirse incómodo, él salió a la calle.

Conocía a Alfonso Di Fede. Vaya si lo conocía.

Habían ido juntos a la escuela, un par de años en la primaria, antes de que el otro se pusiera a trabajar de pastor, como toda su familia. Lo recordaba como un muchacho corpulento y callado, de mirada orgullosa, no había abierto un libro en su vida. Conocía su destino, claro.

Y naturalmente le siguió la pista, una carrera igual a la de tantos, el más feroz y el más fiel salía adelante, escalando posiciones; en el fondo en la policía pasaba lo mismo. Detenido y puesto en libertad un par de veces, para que volviera a desaparecer en los campos entre Gela y Canicattì y fuese otro de los que se arremangaba y repartía mensajes y muerte cuando se lo ordenaban.

No se cruzaron nunca. Di Fede no se encontraba jamás entre los pocos detenidos a los que conseguían echarles el guante en las noches calurosas, en alguna casita construida ilegalmente en el quinto infierno, encerrados en cuartos espartanos llenos de botellas de vino y revistas guarras, decidiendo el destino de a saber quién, a saber dónde.

Pero al final acabó por echarle el guante a alguno, lejos, en Alemania nada menos. Y durante los largos interrogatorios que desembocaron en la colaboración había surgido precisamente su nombre, inspector Giuseppe

Lojacono de la brigada móvil de Agrigento, un apreciado niño bonito, deseoso de hacer méritos. Hacer méritos pero sin cobertura.

—Sí, —le dijo el colaborador de la justicia Alfonso Di Fede—, claro: Lojacono nos pasaba la información, cómo no. A través de él nos enterábamos de los movimientos de la brigada móvil, sabíamos dónde podíamos ir y dónde no. ¿Puedo tomar otro café?

Quién sabe de dónde habría sacado su nombre, de qué recoveco de la memoria, o de qué necesidad de cubrir a alguien más. Tras la suspensión fulminante, en las noches que pasó con la vista clavada en el techo, Lojacono se hizo mil veces esa pregunta.

El efecto sobre su vida, y sobre las de Sonia y Marinella, fue devastador. Nadie volvió a dirigirles la palabra, algunos por temor a que la delación fuese cierta, otros por temor a que no lo fuera. Ante la duda se esfumaron todos, y ellos se quedaron solos en medio de la nada.

Captó la incertidumbre en los ojos de su mujer y su hija desde el primer momento. No es que esperase un apoyo incondicional, había visto cosas parecidas en demasiadas ocasiones: sabía bien que era muy raro, excepto en los libros y en las películas, que las familias se hiciesen cargo de las desgracias del mismo modo que del bienestar.

Pero había esperado una oportunidad de explicarse, de defenderse.

Hubiera sido mejor que se celebrara un juicio en toda regla. De ese modo habría podido desmontar el absurdo y reducirlo a poco más que una simple maledicencia. Pero la falta de pruebas condujo al sobreseimiento de la causa, nada de abogados, ni salas de tribunales.

Conveniencia, esa fue la palabra clave. Nada de medidas, pura y simplemente una cuestión de conveniencia. Le abrieron un expediente, eso sí, en algún cuarto oscuro su nombre constaba en una carpeta, y dentro de esa carpeta se guardaban las copias de las actas, las medidas, las intervenciones. Fragmentos, reliquias de la vida de un policía, transcurrida en uno de los lugares más complicados del mundo. Todo desmontado por motivos de «conveniencia».

—Tiene que entenderme, Lojacono —le dijo el jefe de policía—. Lo hago por la brigada, los colegas deben sentirse seguros. Y también por su familia, si usted se queda aquí no le hace bien a nadie. Demasiado expuesto. Solo es cuestión de conveniencia.

Fue conveniente trasladar a Sonia y Marinella a Palermo. Mejor no arriesgarse a sufrir chantajes, o algo peor. En algunas familias llegaron a

matar a alguno de sus miembros, obra de Di Fede y los suyos: no había manera de prever la reacción de algún energúmeno.

Marinella tuvo que cambiarse de colegio, perder a sus amigas del alma, al chico que le gustaba. Cosas terribles a esa edad. Lo último que notó en su voz fue el odio.

Eso sí, el café era bueno. Menos mal.

Su traslado, como es natural, también fue puramente conveniente. Lo enviaron lo bastante lejos como para dejarlo fuera de juego, no tanto como para que pareciera un castigo por una culpa ni probada ni comprobable. Nápoles, comisaría de San Gaetano, en el vientre blando de una ciudad en perpetua descomposición. Evidentemente no encontraron nada peor que estuviese inmediatamente disponible.

El comisario lo recibió en su despacho. «Se hará usted cargo, Lojacono, de que tal y como están las cosas no es conveniente que dirija ninguna investigación». Es conveniente, no es conveniente, pensó él. «Me hará el favor de no ocuparse de nada que tenga que ver con ninguna investigación». «Y entonces ¿qué voy a hacer?», preguntó. «Usted no se preocupe, no se le pide nada. Ocupe su mesa en la oficina de denuncias, y haga lo que le parezca, lea, escriba sus memorias. Quédese allí y no se preocupe. Durará poco, se lo aseguro».

Diez meses. Para volverse loco. Llamadas telefónicas en un desesperado intento de hablar con su hija, todas perdidas. De su ciudad, de su oficina, silencio absoluto. Suspendido en el tiempo y el espacio, sentado ante un escritorio vacío, jugando contra el ordenador una partida de escoba tras otra, acompañado de Giuffrè, otro paria, exchófer de un diputado y, por ello, incluido en plantilla pero en una zona franca, con el encargo de registrar las quejas peregrinas de viejas locas, como la de esa mañana.

No debo pensar mal de Giuffrè, se dijo. En el fondo es el único que me habla.

Capítulo 5

Amor, amor mío:

He llegado. Por fin. Respiro el mismo aire que tú, a lo mejor en este momento, aquí dentro, queda todavía un poco de ese aire que entró y salió de tus pulmones.

Estos últimos meses fueron infinitos. Ella tardó mucho en morir, hacia el final cada respiración era un estertor desesperado. Por la noche me quedaba despierto, a su lado, deseando que cesara ese ruido, que por fin me dejara libre. ¡Dios, cuánto tardó!

Se había convertido en mi prisión. Se consumía en la cama, despacio, imperceptiblemente. Ya nadie iba a visitarnos, era insoportable verla. Un despojo de la vida.

Yo no. Yo no me di por vencido. Te tenía a ti, amor mío.

Pensar en ti me sostuvo en todo momento; la idea de volver a verte, de abrazarte de nuevo, se apoderaba de mí y me apartaba de la desesperación. Me has salvado, amor mío. Tu sonrisa, tu belleza, tus rubios cabellos. El calor de tus manos en mi cara. Te sentía por las noches, en el duermevela marcado por aquel estertor infinito. Te veía con los ojos de mi deseo, como un faro en la noche, como una casa en la tormenta.

Amor, amor mío.

El sonido de tu nombre murmurado en medio del silencio me dio la fuerza de permanecer a su lado hasta el final. Porque sabía que entonces podría tenerte cerca de mí, estrecharte.

No perdí un solo instante, ¿sabes? Lo organicé todo.

Aprendí a navegar por internet. Dicen que es difícil para un hombre de mi edad, pero para mí no lo fue. Sonríes, ¿verdad, amor mío? Piensas que nada puede ser tan difícil como estos años sin ti. Así es, tienes razón. No hay nada tan difícil.

Es increíble lo sencillo que resulta organizarlo todo. Basta disponer de tiempo. Yo tenía mucho tiempo. Además, tus cartas me explicaban cuanto necesitaba saber. La de veces que las habré leído, amor mío. Desdoblándolas como una reliquia, procurando no ensuciarlas, no romperlas. Tocadas por tus dedos y los míos.

Solo por ellos.

Por tus cartas me enteré de lo necesario: nombres, fechas. El ordenador se encargó del resto. Mientras ella agonizaba esperando la muerte, yo buscaba direcciones, lugares, horarios. ¿Sabes una cosa, amor mío? En la red está todo. Todo. Basta con tener paciencia, no darse por vencidos; y ya sabes tú cuánta paciencia tengo.

Falta poco. Por fin ha llegado el momento de hacer lo necesario para poder abrazarte de nuevo; para quedarme contigo, esta vez para siempre, sin obstáculos. Ya falta poco.

No me dio tiempo de contárselo, ¿sabes? Tal vez no se lo habría contado aunque hubiese podido. ¿Para qué causarle una preocupación, un dolor incluso? Ya sabes lo emotiva que era.

Ahora, por fin, estoy preparado. Y ansioso por comenzar enseguida con el trabajo.

A partir de esta noche vamos de cacería.

Capítulo 6

Mirko fuma delante del espejo. Se examina el peinado, se ha hecho la cresta hace poco. Le gusta.

Nada muy llamativo, sabe que no le conviene que se queden con su cara; es inteligente, piensa en esos detalles, ya no es un niño. Tiene dieciséis años.

Todavía nota el estremecimiento que sintió hará cosa de un mes, cuando Antonio se le acercó.

Antonio, una leyenda para todos los chicos del barrio. Antonio, que va por ahí del brazo de las mujeres más guapas. Antonio, que apenas dos años antes era un granuja como ellos, que por las noches jugaba al fútbol en la Galleria, y ahora tiene una moto enorme con tubo de escape cromado que cuando pasa hace temblar los cristales de las tiendas.

Y Antonio se le acerca, cuando estaba sentado en el murete con sus amigos, hablando de mujeres, y le dice: Chico, ven aquí, quiero hablar contigo.

Mirko se acuerda bien de la cara que pusieron los demás, de sorpresa, de envidia, hasta de preocupación. Y el ruido de su propio corazón en los oídos, mientras se apartaba del grupo e iba al encuentro de su destino.

Antonio se lo llevó del brazo. Como su amigo, como su igual. Le dijo que lo consideraba mejor que los demás, más rápido, más inteligente. Que lo había visto ir en el ciclomotor y le había causado buena impresión.

—No eres de los que hacen cagadas —le dijo—. Eres un tipo tranquilo, suelto. Me gusta. Así debe ser uno de los míos.

—¿Uno de los tuyos? —le preguntó casi sin voz.

Y lo puso a prueba. Una llamada al móvil y él salía corriendo. Se encargó de transportar algún paquete por la ciudad; una vez también a un pasajero, un muchacho al que no conocía, de un barrio a otro, fuera de la zona. Al final Antonio puso bajo su cargo a un par de negros que vendían cedés, quería que los vigilara para que no hicieran trampas, como fingir que les habían confiscado la mercancía.

Desde hacía unos días la cosa iba más en serio.

Se acercaba a la salida de los colegios de los ricos, en los barrios altos, y se sentaba en la moto, un poco apartado. Cuando salían los alumnos se mezclaba entre ellos y algunos se le acercaban con un billete doblado en la mano; se daban un apretón y él les pasaba la papelina. Un chico en medio de otros chicos. Vestido como ellos, con una moto idéntica. Un trabajo fácil, facilísimo.

Y Mirko recibió de manos del propio Antonio dos billetes de cincuenta euros y le dijo:

—Mucho ojo, ¿eh?

Mirko vuelve a mirarse en el espejo con cara de preocupación: ¿no será demasiado llamativa la cresta? ¿No se estará arriesgando a que alguien lo reconozca, a lo mejor algún profesor con buen ojo, de esos que se meten donde no los llaman?

Pero, tras una breve reflexión, recuerda que algunos de esos tontos del culo que se mueren por darle su dinero se peinan como él, y se tranquiliza.

Sin motivo alguno, le viene a la cabeza la rubita. Se fijó en ella enseguida, en medio de las otras pavas, a la salida del colegio. ¡Madre mía, qué guapa era! Parecía un ángel, y cuando la miró de arriba abajo se sintió todavía más pequeño que cuando Antonio lo había llamado. Y ella le sonrió, a él nada menos. Lo confundiría con otro, pero no importaba, le sonrió.

Mirko mira a su alrededor. Claro que si la rubita viera dónde vive, en ese sitio de mierda, se partiría de la risa. Pero no tiene por qué enterarse, ¿no?

Se palpa el bolsillo donde guarda los cien euros. Preferiría no cambiarlos, pero tiene que ponerle gasolina a la moto. Tal vez haga una incursión en el bolso de mamá.

Sonríe al espejo, con el cigarrillo entre los labios, un ojo entornado. Mamá. Que le dice estamos solos tú y yo. Que le da todos los gustos, desde que tiene memoria. Mamá, que se mata a trabajar, que nunca ha tenido un hombre. Que nunca ha ido al cine ni a comer a un restaurante.

Pero que tiene ese tugurio limpio como una patena y perfumado, para su niño.

Ya no soy un niño, mamá. Déjame hacer a mí, ya me ocuparé yo de ti. Seré yo quien traiga el dinero a casa, mamá. Y todas las noches te llevaré al cine y a comer fuera.

A saber si a la rubita le gustan los que llevan cresta, se pregunta mirándose al espejo. Pero, bueno, ¿y eso a quién coño le importa?

Capítulo 7

El restaurante de Letizia se había puesto de moda.

Iba gente del Vomero, de Posillipo y de Chiaia, estacionaban sus coches en los aparcamientos situados en los límites del barrio, protegidos del ojo rapaz de los ladrones.

Un día en un diario apareció el artículo elogioso de un crítico gastronómico y todo cambió; a menudo Letizia se preguntaba cuándo habría entrado en su establecimiento el hombre, anónimo como tantos, para sentarse a una de las mesas con mantel de enormes cuadros rojos, y degustar la «sublime salsa de cebollas rojas» y el «magnífico albondigón al ragú, delicia de los sentidos», tal como describió sus platos. Ella, por su parte, se enorgullecía del hecho de no haberse enterado, y de no haber preparado nada especial para el periodista.

Dado que el hombre era una autoridad en su campo, famoso por las críticas despiadadas vertidas sobre pretenciosos establecimientos de lujo, tras la publicación del artículo el ascenso del minúsculo restaurante fue meteórico. El teléfono no paraba de sonar y llovían las reservas. Letizia habría podido subir considerablemente los precios, ampliar la parte aprovechable del local restándole espacio a la cocina y la bodega, colocar más mesas a disposición de su famélica clientela y contratar a un par de camareros, pero entonces habría dejado de ser su restaurante.

Le gustaba tomar personalmente las comandas, pasearse por el comedor y charlar con todos sus clientes. Consideraba que el contacto personal, sin dar demasiadas confianzas, contribuía a entender mejor los gustos de los comensales y complacerlos con un consejo o una indicación. La comida está hecha para hablar; si no, ya os podéis ir por ahí, a tomar un bocadillo de pie.

La propia Letizia, como había escrito el periodista, era uno de los motivos por los que valía la pena subir la cuesta del callejón húmedo y oscuro; «una guapa señora morena, sonriente y simpática, de respuesta rápida y risa contagiosa».

Lo que el hombre no podía saber era que aquella risa ocultaba un carácter de hierro, bregado en fatigas, y un profundo dolor.

Nunca hablaba de su marido, fallecido hacía años; según algunos, en un accidente, según otros, tras una breve enfermedad. No tenía hijos y nadie le conocía otras relaciones, pese a que muchos se habían sentido atraídos por su hermosa sonrisa y su pecho prominente; debía sacar adelante el restaurante y ella, con cuarenta y pico años, no quería distracciones.

Poco antes del artículo y de la lluvia de reservas, se había fijado en un cliente habitual.

Ocupaba la mesita del rincón, la menos expuesta, la que nadie quería porque estaba debajo del televisor y frente a la puerta de entrada. No se quitaba el abrigo, no leía, nunca estaba acompañado. Pedía el menú del día, comía deprisa; después se entretenía bebiendo vino, una copa tras otra, con método y sin gusto, como un medicamento. Letizia lo observaba con curiosidad y un poco de lástima. Tenía una cara peculiar, parecía tallada en madera, los pómulos altos, los ojos negros y almendrados. Para sus adentros lo apodaba «el chino». Le hubiera gustado hablarle, su naturaleza comunicativa la impulsaba a romper el silencio que lo aislaba de los demás como un velo transparente, pero notaba que el equilibrio era frágil y que, tras pronunciar algún monosílabo, cabía la posibilidad de que no regresara nunca más a su establecimiento.

Un impulso la llevó a reservarle la mesa.

Aunque en la calle hubiese cola y lloviera, y los clientes se apretujaran en la acera debajo de los paraguas esperando su turno, la mesa del rincón quedaba vacía hasta que llegaba su silencioso ocupante.

Él se presentaba puntualmente, despeinado, el abrigo una pura arruga, y se sentaba debajo del televisor. Para Letizia era una cita esperada, tan esperada que para él el precio, que seguía siendo el mismo pese al creciente éxito del restaurante, experimentaba un ulterior retoque a la baja.

Una noche «el chino» se quedó dormido, apoyado contra la pared, con la copa en la mano.

La expresión de sufrimiento, perdida en quién sabe qué terrible pesadilla. Dos parejas, que ocupaban las mesas vecinas, empezaron a darse codazos y a reírse; una muchacha tiró expresamente un tenedor para verlo dar un brinco, pero él siguió sumido en su sueño desesperado. A Letizia se le encogió el corazón; se acercó a su mesa y se sentó para proteger su quietud. Sin abrir los ojos, él murmuró:

—Perdone, me duele la cabeza. Dentro de un momento me levanto y dejo la mesa libre.

—No se preocupe, puede quedarse todo el tiempo que quiera. Le traigo una aspirina, ya verá que se le pasa enseguida.

Siguió con los ojos cerrados, esbozó una sonrisa torcida y le dijo:

—El dolor de cabeza no se me va con aspirinas. Pero gracias de todos modos. Si me puede traer otra copa de vino y la cuenta.

A partir de esa noche, cuando el restaurante quedaba casi vacío, Letizia había tomado la costumbre de sentarse a comer a la mesa del rincón, en lugar de hacerlo en la cocina.

Noche tras noche, una palabra tras otra, «el chino» pasó a ser el inspector Giuseppe Lojacono, apodado Peppuccio por la familia lejana y los amigos que ya no tenía, oriundo de Montallegro, provincia de Agrigento. Su historia triste fue surgiendo en las imágenes rescatadas del fondo de las copas de tinto: su matrimonio fracasado y la hija cuya voz se le estaba olvidando.

Noche tras noche, la mujer se fue convirtiendo en una puerta a través de la cual Lojacono espiaba una ciudad muy distinta de la que él había imaginado: recelosa, húmeda y oscura, cada vez más encubierta y menos descifrable de lo que aparentaba. Todo el mundo intentaba esquivar los follones, ir a lo suyo, aunque con los ojos abiertos para poder escurrir el bulto. Una ciudad que se te escurría entre los dedos, se hacía líquida o se evaporaba en un abrir y cerrar de ojos.

Lojacono, que venía de un lugar de difícil clasificación, se preguntaba en qué se sustentaba el frágil equilibrio entre la ciudad y los encargados de vigilarla. Veía a sus colegas entrar y salir, cerrar operaciones complejas e iniciar otras sin un fin, mientras a su alrededor los pequeños trapicheos hervían sin pausa, como en un caldero.

Sacudiendo la cabeza, le decía a Letizia que era como un sistema, una red que carecía de puntos de apoyo. No entendía cómo se sostenía en pie.

La mujer sonreía, encogiéndose de hombros; y le decía que a lo mejor cada cual buscaba, con dificultad, mantenerse en pie por sí solo. Y a lo mejor eso era lo que sostenía la ciudad, que por debajo estaba vacía, física y moralmente.

Él esbozaba su extraña sonrisa torcida, que a ella le gustaba tanto, levantaba su copa y brindaba por la ciudad oscura y la luminosa carcajada de ella.

Capítulo 8

El viejo avanza pegado a la pared.

Arrastra un poco los pies, los zapatos gastados rozan las piedras sueltas y mojadas. Es cauteloso, mira el suelo para no caerse. De vez en cuando la mano saca un pañuelo del bolsillo y seca el ojo izquierdo, debajo de las gafas.

El viejo camina despacio. Al llegar al cruce con un callejón se detiene, mira hacia un lado, mira hacia el otro, espera que pasen los ruidosos ciclomotores cargados de gente, dos, tres en cada uno.

El viejo avanza pegado a la pared y nadie lo ve.

Es como un soplo de viento, como una rata en las sombras. ¿Quién iba a fijarse en él, igual a tantos otros fantasmas que, como él, pululan por la ciudad oscura?

De vez en cuando el viejo se cruza con alguien; una mujer doblada bajo el peso de los años, un negro con un capazo al hombro, un hombre con el rostro marcado por los golpes del destino. Aparta la vista, ellos hacen otro tanto, porque la muerte es fea de ver, igual que su presagio.

El viejo avanza pegado a la pared y nadie lo ve.

Pasa por delante de las ventanas de los bajos sin mirar el interior, sin mirar la miseria. La miseria tampoco lo mira a él.

El viejo avanza y la calle sube, pero él no aminora el paso. Sabe que si camina sin detenerse nadie se preguntará quién es, cosa que sí haría alguien si se detuviera y levantara la vista. Nadie ve a quien avanza en silencio, con la cabeza gacha para que todos noten que tiene preocupaciones y problemas; nadie desea arriesgarse a tener que compartir preocupaciones y problemas con solo cruzar una mirada.

El viejo avanza, dobla la espalda en un intento por parecer más viejo. La vejez es una carga pesada, una carga que nadie quiere. La vejez parece una enfermedad contagiosa, da asco, hay que evitarla.

El viejo sabe qué hacer para pasar inadvertido.

De hecho es invisible; pegado a la pared, procura ceder el paso, no ser un obstáculo en el camino de nada ni de nadie. A su paso, solo un perro dormido levanta la cabeza y una oreja cuando percibe el olor a muerte que desprende; pero el animal cree que ha sido un sueño y vuelve a dormirse.

El viejo avanza, busca una dirección concreta.

La encuentra y se detiene. Localiza la sombra más oscura, analiza un portón. Ve un ciclomotor, coteja el número de matrícula con un dato memorizado.

Se retira a un rincón que hiede a orina añeja y se dispone a esperar. Con paciencia.

El viejo sabe esperar.

Capítulo 9

Giada está acostada en el sofá de la sala y habla por teléfono con Allegra, como de costumbre. Y como de costumbre no se ha quitado los zapatos; si la viera su madre, empezaría con sus quejas habituales: pero su madre no está, de modo que se la trae floja. ¿Y tú qué le dijiste?

Allegra se ríe. Es refinada cuando ríe, Allegra es así, siempre compuesta, bien educada, cuida las formas; de rasgos delicados, el pelo siempre en su sitio, vestida de punta en blanco. Pero Giada la conoce bien, son amigas de toda la vida; sabe que esa boquita de rosa es capaz de convertirse en una letrina.

—Te lo puedes imaginar. Le dije que le aplastaré esas tetas siliconadas que tiene y que si sigue haciéndose la puta con Christian, le cuento a todo el mundo que su madre ha pillado la sífilis con el cingalés que tienen de criado.

—¿Estás loca? —se estremece Giada—. ¿De veras que su madre...? ¡No!

—Claro que no. Pero se lo creerían, saben que la madre de Marzia es una furcia. Además, de tal palo, tal astilla. Lo mejor es que tengamos cuidado, ¿no?

—La verdad es que a mí me parece que te has pasado, bastaba con que le dijese a Christian que no te gustaba cómo lo miraba esa.

Allegra resopla.

—¿Y darle la satisfacción de que se considere importante? Ay, querida, qué poco sabes tú de los hombres. Y eso que ya tienes quince años, ¿cuándo vas a abrir los ojos?

Giada hace una mueca silenciosa al teléfono; su amiga nunca pierde ocasión de echarle en cara que es un año mayor.

—No estoy preparada todavía. Eso de que me toqueteen, con esas bocas pegajosas... me da un asco que no veas. Además tú ya haces guarradas por los dos, así cumplimos con la estadística.

Su amiga se parte de risa.

—No sabes lo que te pierdes, no hay nada mejor que un buen polvo para que se te pasen las manías.

—Piensas demasiado, Gia'. Si yo tuviera tu cabello rubio y tus ojos azules, sería famosa en toda la ciudad. ¡Y ni siquiera tienes hermanos o un padre a los que rendir cuentas, estás en la situación ideal! Por cierto, ¿te ha mandado tu padre el regalo de cumpleaños desde Estados Unidos?

A Giada no hay nada que le dé más palo que hablar de su padre. Allegra lo sabe muy bien y la fastidia expresamente. Pero, para variar, Giada decide no darle el gusto.

—¡Qué va! Ha enviado dinero. Imagínate qué vulgaridad, un sobre con mil dólares y un billete de avión. El muy cabrón ni siquiera se da cuenta de que los dólares ya no valen una mierda. Y ya va para tres años que no lo veo, ni quiero.

—Haces bien, pasa de todo. Pero con ese dinero podrías por fin comprarte un ciclomotor, ¿no? Sin tener que pedirle nada a tu madre.

Al oír mencionar a su madre, Giada quita instintivamente los zapatos del sofá.

—El dinero no es el problema. Es más, mis abuelos me dijeron que cuando vaya a verlos me regalan mil euros, con eso tendría suficiente. Lo que pasa es que mi madre tiene miedo, dice que las calles están llenas de baches, que la gente conduce mal; en fin, que no quiere.

Su amiga ríe con aire de suficiencia.

—Gia', eres la única mujer en el mundo que no quiere darle un disgusto a su mamá. ¿Cuándo vas a crecer? No puede ser que a tu edad no fumes, no folles y no te pelees con tu madre. El día menos pensado me va a dar vergüenza que me vean contigo.

Giada se suma a la carcajada.

—Y si yo no estoy, ¿con quién vas a presumir de tus idioteces? Tarde o temprano me decidiré, ya lo sabes. A lo mejor más temprano que tarde. Pero al menos querría alguien que me gustara. ¿Puedo? ¿Me das permiso para acostarme con un tío que me guste?

—Pero tú tienes un paladar muy fino. No hay nadie que te venga bien, y eso que todos te siguen como perritos. Gianmarco, por ejemplo, está tan bueno que me lo cepillaría ahora mismo, si no fuera tan amigo de Christian. Me ha pedido tu número dos veces, me parece que voy a pasárselo, así damos por zanjado el tema.

Giada protesta:

—Ay, no, por favor, lo único que me falta a mí es un capullo engreído como ese. El otro día, a la salida del colegio, había uno... nunca lo había visto. A lo mejor, si vuelvo a verlo, le doy mi número.

—Así me gusta, por fin. Solo es cuestión de ponerse; cuando veas lo divertido que es, empezarás a probarlos a todos como los sabores de los helados. Por cierto, ahora que lo pienso, me parece una muy buena comparación.

A su pesar, Giada se desternilla:

—¡Eres más puta que las gallinas, vaya amiga he ido a elegir! ¡Venga ya! No sabes cómo te aburrirías sin mí, con esa vida solitaria que llevas con tu mamita. Y ahora a la mierda, te dejo, voy a arreglarme que Christian no tardará en llegar. He encontrado un sostén que literalmente lo hará enloquecer, más que las tetas de ese putón. Claro que si yo tuviese las tuyas...

—Si quieres te las presto, sabrás utilizarlas mejor que yo. A la mierda, nena, después hablamos.

Capítulo 10

Amor mío:

He localizado al chico. No ha sido difícil, la dirección era correcta, pasé por delante en taxi, después fui a pie.

Deberías haber visto qué lugar. En el corazón del barrio, un edificio pegado al otro, sin una gota de aire. No sé cómo hace para vivir esta gente sin ver nunca el cielo. En nuestro pueblo es distinto, ¿te acuerdas? Aire limpio, el olor de la tierra; y las estaciones, nieve en invierno, hojas rojas en otoño. A mí me parece que en esta ciudad ni siquiera te enteras en qué estación del año vives, pasas del verano al invierno y punto. A saber por qué quisiste marcharte del pueblo.

De todos modos el lugar es perfecto. Hay un rincón, tendrías que verlo, parece hecho a medida. Ayer por la noche me metí en él, entro justo, ya sabes que no estoy gordo; además he adelgazado. En perfecta forma, dirías tú.

En fin, que me metí en el hueco a esperar.

Identifiqué el ciclomotor, la matrícula era la misma, no quería equivocarme. Ni siquiera tuve que esperar demasiado, al cabo de una hora apareció él silbando, le quitó la cadena, se subió y se fue; sin casco, imagínate.

No es feo, tal vez un poco macizo. Lleva un corte de pelo curioso, quizá por eso no se pone el casco; qué ridiculez, arriesgar la vida para no estropearse el peinado. Claro que tiene gracia que sea precisamente yo quien lo diga, ¿no?

Perdóname, amor mío, pero hoy me siento eufórico. He esperado tanto, he pensado tanto, y ahora que estoy en ello, no veo la hora.

Estoy ultimando los detalles: fui a ver a uno de esos negros que venden bolsas falsificadas. Las exponen sobre una sábana blanca en la acera; cuando llega la policía tendrías que verlos,

recogen las cuatro esquinas con toda la mercancía dentro y salen corriendo como liebres por los callejones. Obviamente tú ya sabes estas cosas. En fin, como comprenderás, necesitaba una bolsa, algo para llevar lo necesario, que midiera por lo menos treinta y cinco centímetros de alto, con capacidad para un kilo de peso, más o menos.

Pensé: Si compro una bolsa decente, a lo mejor me dan un tirón y adiós muy buenas. Sería el colmo que me robaran y lo perdiera todo después de haberme pasado diez años preparando hasta el último detalle. Por eso compré una bolsa falsificada y de poca calidad, así el ladrón se da cuenta de que no merece la pena. Me puse a buscar hasta que por fin la encontré, fíjate que para no llamar la atención hasta regateé y todo, y así ahorré cinco euros. Si hubieses estado allí, habrías llorado de risa.

Cuánto te echo de menos, amor mío. En todo momento lo único que me sostiene es la idea de que cada paso que doy me acerca al momento en que volveré a verte. Por fin.

De modo que todo está dispuesto. Esta noche empezamos. Estoy nervioso, no veo la hora.

Esta noche empezamos.

Capítulo 11

Eleonora avanza pegada a la pared y nadie la ve.

Estruja en la mano una hoja arrugada, está llorando. No solloza, no tiene la cara desencajada; pero las lágrimas descienden solas por sus mejillas.

Los que se cruzan con ella miran para otro lado, incómodos. Las lágrimas dan miedo.

El sol la hiere a intervalos, el estómago se le encoge en un espasmo. Eleonora se detiene en una esquina y trata de contener la arcada.

Embarazada, piensa. Está escrito aquí. Estoy embarazada. Con razón tengo ganas de vomitar.

Pero Eleonora sabe que no es por el embarazo por lo que nota el corazón enloquecido dentro del pecho. Es porque no sabe cómo reaccionará él.

Lo quiere, lo quiere con desesperación. Es el hombre que ha esperado durante mucho tiempo, con el que soñaba en silencio mientras sus amigas contaban lo que hacían con sus novios, el príncipe que, entre tantas, decidió sonreírle a ella. El hombre con el que lucirse delante de todos aferrada de su brazo, con el que sentirse satisfecha, completamente mujer. El hombre que quiere para toda la vida.

Eleonora se limpia la boca con un pañuelo y levanta la vista a tiempo para captar la mirada de desaprobación de una señora que cree que es una drogadicta.

La desaprobación. ¿Cómo reaccionará la familia de él ante la noticia? De su amor está segura, jamás le mentiría. Pero sabe también que está muy unido a su padre y que se trata de un hombre muy rígido; han hablado mil veces del tema, y ella ha soñado mil veces con el momento en que lo conocería. Pero en sus sueños nunca se ha presentado ante él con esa hoja de papel en la mano.

Embarazada. De seis semanas. Intenta hacer cálculos, recordar; pero con él cada momento de amor es maravilloso, cada momento es digno de quedar grabado a fuego en su memoria. ¿Qué ocurrirá ahora?, se pregunta Eleonora. ¿Cómo voy a decírselo? ¿Y él qué me dirá? ¿Qué vamos a hacer? Todavía

estamos estudiando, nos queda mucho para terminar la carrera. No quiero que él cambie sus planes, sus aspiraciones; y yo también tengo mis sueños. No puedo echar por la borda los sacrificios de mis padres.

Surge ante sus ojos la imagen de sus padres. ¿Y cómo voy a decírselo a ellos? Un nuevo espasmo, una nueva arcada.

Eleonora avanza pegada a la pared y nadie la ve.

Capítulo 12

Mirko es feliz, o eso cree. No se le ocurre nada que pueda empañar ese momento.

Pasó la noche con sus amigos de siempre, que ya lo miran como a una especie de dios. En un momento dado, sacó uno de los dos billetes de cincuenta euros, así, como quien no quiere la cosa, para que todos pensaran que en el bolsillo llevaba más y dijo: «Eh, tíos, que esta ronda de cervezas la pago yo. Va por todas las veces que invitasteis vosotros cuando yo no tenía un céntimo». ¡Una pasada! Y un par de ellos se han hecho incluso una cresta como la suya. En fin, que se siente importantísimo.

Además, cuando le llevó el dinero de las papelinas, Antonio llegó incluso a darle un abrazo.

Hasta le pellizcó la mejilla y le dijo: «Así me gusta, chico. Lo has hecho muy bien, de verdad».

Y se lo dijo delante de dos tipos de otro barrio, a los que Mirko conoce de vista, y sabe que hacen negocios con Antonio. Esos dos lo miraron e hicieron que sí con la cabeza, las caras serias. En fin, que en el futuro, cuando se lo crucen, seguramente lo reconocerán; y en una de esas hasta lo saludan.

Esta noche, todo lo que le viene a la cabeza lo hace sonreír. Esa mañana, delante del colegio de los ricos, vio otra vez a la rubia. Siempre rodeada de sus amigas. Una de ellas, una morenita guapa, fue a comprarle una papelina, pero a él ya se le habían terminado; lástima, porque si no, se la hubiese regalado y ponía él los diez euros de Antonio, y a cambio le habría pedido el nombre de la rubia o incluso su número de móvil.

Piensa que cuando las cosas marchen viento en popa lo primero que hará será cambiarse el ciclomotor por una moto. Ya se ha fijado en que la rubia vuelve a su casa en autobús o en el cochecito, uno de esos sin matrícula, de su amiga.

Así que si se presenta delante del colegio con una moto de verdad, no como la de Antonio, pero por lo menos como una de las que llevan los

capullos de los compañeros de colegio de la rubia, entonces ella no podrá negarse a que la lleve. Y de paso se enterará de dónde vive.

Pero antes, piensa Mirko mientras se dispone a subir la cuesta hasta su casa, debe hacer algo por su madre. Un hombre, si es hombre de verdad, lo primero que hace es pagar las deudas. Y su madre lo ha sacado adelante sin que nunca le faltara de nada. Nunca ha tenido que robar, ni hacer las idioteces que hacen los otros chicos del barrio, porque su madre, aunque estuviese sola, le ha dado siempre todos los gustos.

Entonces, mamá, el primer dinero será para ti.

Te llevaré al cine y después a un restaurante. Y a lo mejor antes te compro un vestido nuevo.

Floreado, como aquel del escaparate de la via Toledo que te parabas a mirar con los ojos como platos cuando ibas a buscarme al colegio.

Ya está en el patio, deja el ciclomotor donde siempre. Mira hacia arriba, hay luz en la ventana; nunca se va a la cama, aunque a él se le haga muy tarde como esta noche. Pero esta noche es especial, mamá. Porque han pasado muchas cosas, todas buenas. Déjame que ponga la cadena, subo y te cuento.

Esta noche empezamos.

Capítulo 13

A Lojacono no le molestaba cuando le pedían que se quedara para el 24-7, el turno de noche. Le daba exactamente lo mismo permanecer despierto mirando el techo de la comisaría en lugar del de su estudio.

Por lo general lo mantenían al margen, no querían arriesgarse a implicarlo, aunque fuese marginalmente, en alguna investigación en curso; como mucho podían llamarlo por una pelea o un tirón, cosas sin importancia. Al menos entonces lo utilizaban; al fin y al cabo tenía graduación, aunque fuese superior a la de la plantilla. Un veraneante, como había oído decir irónicamente a Giuffrè. Un veraneante al que habían enviado al Cottolengo.

Pero cuando todos se iban y quedaban únicamente los que debían vigilar, la comisaría de San Gaetano se convertía en un lugar casi aceptable. El silencio, las luces apagadas, el silbido de alguien desde el fondo de algún pasillo.

Si los lugares tienen un alma, pensaba Lojacono, la de este sale de noche.

Giuffrè decía que no entendía a qué obedecía su disponibilidad. Si te han jodido poniéndote en un lugar donde no haces otra cosa que jugar a la escoba con el ordenador, quitándote todo lo que tenías, devuélveles el favor: tú a la tuya, no los ayudes en nada.

Al hombrecito de barriga abultada y gafas gruesas como culos de botella no le faltaba razón; por otra parte, él mismo utilizaba ese método, pedía la baja por enfermedad a menudo y hacía lo mínimo indispensable.

Lojacono estaba convencido de que el comisario no había visto nunca a Giuffrè; conseguía volverse literalmente invisible cuando le convenía.

Mientras la noche avanzaba en un silencio roto únicamente por algún motor esporádico que aceleraba al subir una cuesta, en el duermevela Lojacono pensaba en Marinella. Se preguntaba cómo le irían las cosas en la nueva ciudad. Era una chica espabilada, quizá un pelín introvertida; esperaba que hubiese conseguido hacer nuevas amistades, encontrar nuevos afectos. De

ese modo, tal vez con el tiempo, llegara a superar la ojeriza que sentía hacia él; y quién sabe, a lo mejor hasta aceptaba volver a hablarle.

Por otra parte, temía que hiciera malas amistades, que cayera en la red de algún malintencionado. Su mujer no era de las que tienen una adecuada capacidad de control; Marinella era más inteligente, pero seguía siendo una niña.

Se preguntó si no sería el típico padre que siempre ve a su hija como una chiquilla.

Gravísimo error. Se acordó de la última conversación con Sonia, la violencia verbal de su exmujer. Comprendía que la relación estaba terminada, no quedaba margen para reconstruir el antiguo amor después de tanto odio. Analizándose a sí mismo tumbado en el catre de servicio, descubrió que no sufría por eso; los sentimientos nacen, viven, envejecen y mueren igual que las personas. Pero la falta de Marinella era una herida viva y sangrante que no cicatrizaba con nada.

Había conseguido el nuevo número de móvil de su hija sin problemas, al fin y al cabo, seguía siendo policía; pero no se atrevía a llamarla. Le parecía una intromisión en la vida de la chica, una entrada no autorizada. Pero la echaba de menos, cómo la echaba de menos.

El duermevela transformó en sueño sus preocupaciones. Vio a su hija en la discoteca, graciosa y alegre. La vio beber y tomar una pastilla que le pasaba una amiga. La vio subirse a un coche con un chico que en el sueño llevaba la cara tapada, los vio arrancar a toda velocidad y perderse en la noche. Trataba de llamarla para ponerla sobre aviso, pero no le salía la voz. Los vio acometer una curva a una velocidad bestial.

Vio un camión que se aproximaba en sentido contrario.

Se despertó sentado en el catre, con los ojos desmesuradamente abiertos, mientras el teléfono de servicio no paraba de sonar.

Capítulo 14

El lugar se encontraba bastante cerca, era el patio de un edificio antiguo, a menos de un kilómetro de la comisaría. Lojacono pasó por el vestuario, cogió la chaqueta de un uniforme, se subió al coche patrulla y pidió a un joven policía somnoliento que lo acompañara y le hiciera de chófer. La llamada telefónica la hizo una voz anónima de mujer, hablaba de un muerto.

Delante del portón abierto a medias se amontonaba la gente, serían unas diez personas silenciosas. El inspector paseó la mirada por las ventanas de los edificios contiguos, un par de ellas con luz, alguna abierta y con curiosos asomados para ver qué pasaba. El silencio era irreal: parecía el plató de una película antes de empezar el rodaje.

Detuvieron el coche patrulla al comienzo del callejón con los intermitentes puestos, para que nadie entrara ni saliera. Fueron calle arriba y entraron en el patio.

La escena que se ofreció a sus ojos estaba iluminada por un farol que se balanceaba débilmente en la brisa, suspendido de dos cables en el centro del espacio. El exiguo patio de luces era un pozo que servía para iluminar las sofocadas ventanas del edificio. En un lado había materiales de desecho, vigas, ladrillos, un par de sacos de cemento; en el otro, se veían unos ciclomotores aparcados. Cerca del último, arrimado casi a la pared, el cuerpo de un chico, boca abajo. Un poco más allá una mujer que abrazaba a otra; las dos estaban sentadas en un escalón. La más madura, desgredada y en bata, murmuraba algo, tal vez una plegaria, mientras rodeaba con el brazo los hombros de la otra, más joven, que llevaba un inadecuado pijama rosa.

El rostro de esta mujer era un espectáculo sobrecogedor. No tendría más de cuarenta años, delgada, de cabello castaño recogido con una goma; la cara desencajada en un grito mudo, la boca abierta, un hilillo de baba le bajaba por las comisuras, los ojos abiertos a un dolor inmenso, el cuello tenso por un espasmo. No emitía sonido algo, apenas un silbido imperceptible. Lojacono no conseguía apartar los ojos de aquella cara, la imagen misma de la locura,

de un viaje sin retorno a los abismos. Lo invadió un dolor agudo y tuvo la sensación de volver a hundirse en el sueño que estaba soñando al recibir la llamada, y comprendió, sin asomo de duda, que esa era la madre del muchacho.

Hacía poco había dejado de lloviznar, el suelo aparecía cubierto por una fina capa de barro, formada por el agua tras arrastrar los restos de la obra. Lojacono se acercó al cuerpo vuelto boca abajo, procurando no pisar las posibles huellas que, de todos modos, no veía. Se agachó al lado del cadáver.

Vio el agujero en la base del nacimiento del pelo, cortado recientemente y rapado con mimo como imponía la moda del momento. El agujero era limpio y pequeño; un calibre mínimo, según sus cálculos. El chico todavía tenía en la mano las llaves del ciclomotor: no le había dado tiempo a cerrar la cadena; el candado colgaba junto a la rueda posterior. El inspector levantó la mirada y descubrió un hueco estrecho al lado del portón, una crujía oscura fruto de alguna ampliación, a saber de qué época. Miró en el suelo y vio el casquillo. Uno solo. Sacó el pañuelo y lo recogió.

El sonido de la sirena surcó la noche, llegó un segundo coche patrulla seguido de un tercero. De golpe el patio se llenó de policías.

Capítulo 15

Lojacono había hablado con Di Vincenzo, el jefe de la comisaría de San Gaetano, una sola vez: a su llegada. Recordaba a un hombre incómodo que no paraba de tamborilear sobre una carpeta cerrada que tenía delante, sobre el escritorio cubierto de papeles. En la carátula solo se leía «Lojacono».

La persona que se encontró enfrente en ese momento, con el cuello de la camisa desabrochado y la corbata mal anudada, era bien distinta. La frente arrugada, la voz contenida y segura, el aire imperioso del que está acostumbrado a manejar la situación con tranquila competencia.

Envió a los tres policías que lo seguían a que se ocuparan de las dos mujeres, el cadáver y la entrada del patio. Después se acercó al inspector.

—Lojacono, ¿qué hace usted aquí, me lo quiere explicar? Me parece que habíamos quedado en que no participaría en ninguna acción.

—Comisario, estaba de guardia. Métase con los que no quieren trabajar de noche. Porque lo que es yo, le aseguro que no me divierto.

Di Vincenzo parpadeó; no estaba acostumbrado a que le replicaran de ese modo, pero debía reconocer que el razonamiento tenía sentido. Se disponía a contestar cuando se acercó una muchacha que se dirigió a él, expeditiva:

—¿Qué sabemos, Di Vincenzo? ¿Quién es el muerto? ¿Y quién ha sido el primero en llegar aquí?

La última pregunta la formuló mirando a Lojacono, que le sacaba por lo menos veinte centímetros; pero por la cara, los rasgos afilados y, sobre todo, los grandes ojos negros de la mujer, demostraba una autoridad absoluta.

Di Vincenzo murmuró:

—La dottoressa Piras, fiscal suplente. Él es el inspector Lojacono, se ha limitado a contestar la llamada, nosotros hemos llegado inmediatamente después; le estaba ordenando que regresara a la comisaría.

La mujer seguía con la vista clavada en la cara de Lojacono.

—Será después de que nos haya contado lo que ha visto. Estamos todos de acuerdo, creo yo, en que la primera intervención es la más importante.

¿Quién es el muerto?

Lojacono registró el acento sardo y el traje chaqueta impecable que embutía el cuerpo blando y menudo de la magistrada. O estaba despierta cuando recibió el aviso o era la mujer más rápida del mundo en vestirse y maquillarse.

—Como le decía, dottoressa, acabamos de llegar. No hemos tenido tiempo de hablar con las dos señoras de ahí, que, evidentemente, tienen alguna relación con la víctima.

La fiscal Piras asintió.

—Siciliano, ¿no? O sea que acaban de llegar.

—Entonces, si no tiene ningún dato para nosotros, siga las órdenes del comisario y vuelva a la comisaría.

A Di Vincenzo le costaba creer que fuese a confirmar la orden.

—Lo dicho, Lojacono. Vuelva a la comisaría.

Sin dejar de mirar a los ojos a la fiscal Piras, Lojacono le tendió el pañuelo a Di Vincenzo.

—Como diga, comisario. Aquí tiene el casquillo que encontré al lado del cadáver, cerca de la crujía que hay junto al portón. Una veintidós, me parece. El chico tiene un solo agujero en la nuca, creo que le dispararon a quemarropa, mientras cerraba el candado de la cadena, el que sigue abierto en la rueda de atrás del ciclomotor.

Di Vincenzo tenía una fea mancha roja en el cuello.

—Si necesitáramos más datos lo llamaremos a usted en lugar de al médico forense y a la policía científica, gracias, Lojacono. Y ahora quítese de en medio, haga el favor.

El inspector se dio media vuelta y se alejó unos pasos, sin despedirse. Después murmuró para que lo oyeran:

—Ah, y no se olvide de los pañuelos.

Echó a andar otra vez, pero no había recorrido ni un metro cuando la fiscal Piras dijo en voz alta:

—¡Un momento! ¿De qué pañuelos habla?

Lojacono se detuvo y sin volverse contestó:

—En la crujía, desde aquí se ve, hay un montoncito de basura empapada por la lluvia. En el montón hay tres pañuelos usados, se nota que son más recientes que la basura que hay debajo. Me parece bastante claro que los ha dejado el asesino, porque es donde estaba el casquillo y porque esa es la única dirección desde donde podía disparar alguien que quería matar al que aparca

el ciclomotor en ese sitio. Ahora discúlpeme, dottoressa, pero me han ordenado que me vaya.

Y se alejó de la escena del delito con las manos en los bolsillos.

A su espalda, en el silencio, se oyó el silbido que provenía del grito sin voz de la madre de Mirko.

Capítulo 16

Donato cierra el libro; no hay manera, no consigue concentrarse. Para eso, mejor pone música, se tumba en la cama y deja que la mente vaya donde quiera.

No es normal en él. En general es de los que no cesa, sobre todo con un examen en puertas. Es metódico, ordenado: las clases, los ejercicios, una primera lectura del texto, una segunda con rotulador y lápices de colores y un repaso coordinado con los apuntes.

Resultado, sobresaliente con matrícula.

El método, piensa Donato, puede ser un sustituto de la pasión. La pasión, como siempre le ha dicho su padre, no es tan fundamental para el trabajo como se cree. El trabajo es trabajo. El trabajo es esfuerzo. Es una serie de tareas cotidianas que se repiten sin fin, que se enganchan las unas a las otras como los eslabones de una cadena. Cuentan la precisión, el empeño; y naturalmente el éxito. La pasión, querido Donato, déjala para otros ámbitos de tu vida.

Por eso nunca tuvo dudas sobre los estudios que debía elegir, sobre la facultad y la especialización.

Una vez eliminada la pasión de los criterios de selección, todo lo demás es absolutamente planificable del mejor modo posible. Y con un padre como el suyo, que puede guiarte, encaminarte, apoyar y situar, habría sido absurdo elegir otra cosa.

A Donato, por ejemplo, le gustaba dibujar. Y tenía cierto talento para captar luces, colores y formas y plasmarlos con su estilo personal sobre la hoja en blanco. Pero el dibujo no es un oficio, y tuvo que entenderlo enseguida. Papá dice que mamá también sabía dibujar. Pero Donato no ha encontrado nada, ni en casa ni en los baúles donde conservan todavía los trajes y las cosas de ella. Y el recuerdo de esa hermosa mujer, alta y sonriente, se fue borrando para dejar solo la imagen de la cama de hospital en la que una

especie de esqueleto recubierto de piel lo saluda agitando tristemente los dedos.

Pero está papá. Papá que piensa en todo, que siempre ha pensado en todo. Está papá al que nunca hay que decepcionar.

Y también está ella.

Donato la conoció en la universidad; entre cientos de otras muchachas, diferente a todas, preciosa y asustada miraba a su alrededor con una notita en la mano, buscando a alguien que la orientara. Un impulso lo llevó a separarse de su grupo y acercarse a ella, sonriendo, para preguntarle si necesitaba ayuda; sus ojos se encontraron. Por primera vez.

Había leído libros, visto decenas de películas que magnificaban la importancia de la primera mirada, y nunca se lo había creído. Literatura.

Siempre se había preguntado cómo es posible captar de un solo vistazo lo que otra persona lleva dentro. ¿Qué pasado, qué gustos, qué recuerdos tiene, qué fantasías, qué deseos? ¿No son esas las cosas que después sirven para construir un amor?

Sin embargo, aquella mirada había bastado. Y de qué manera. En aquella mirada estaba todo, piensa Donato contemplando el techo con las manos entrelazadas detrás de la cabeza. Todo lo necesario. Y en los meses siguientes no hubo más que confirmaciones. Donato no se distrajo de los estudios, eso no. Pero ahora tiene otras ganas, otro empuje para despertarse por las mañanas. Donato está enamorado.

Ha tenido novias, claro; está dotado de un discreto encanto y lo sabe. Pero es serio, no le gusta tontear ni perder el tiempo, y encontrar una mujer joven para el futuro, que comparta las mismas referencias, es mucho más difícil de lo que parece; por eso, cuando habla con ella, cuando sueña con ella, tiene la sensación de estar frente al mejor espejo de sí mismo.

Fue natural que intimaran, fue natural que estuvieran a solas, fue natural que hicieran el amor. Natural y hermosísimo, una unión de los sentidos y los pensamientos, del alma y el cuerpo.

Ella le estalló por dentro mucho más de lo que él estalló dentro de ella.

No le ha hablado de ella a su padre. Esa es la única preocupación para Donato. Su padre es demasiado importante para él, ha sido padre, madre, mentor, guía, apoyo, pero no amigo. Su padre es severo, recto como una vara, formal y siempre está seguro de lo que es blanco y de lo que es negro. Sin duda, no es aliciente ideal para las confidencias y las inseguridades. Papá. ¿Qué hubiera dicho, papá, de esa historia?

Donato oye la voz de su padre como si estuviera presente, en su cuarto, de pie cerca de la cama: No es el momento. Si quieres, diviértete, habrá tiempo para las cosas serias.

Pero él ahora es un hombre, no es un niño lloroso que acaba de perder a su madre. Un hombre que sabe lo que quiere, que conoce la importancia de las cosas y sabe planificarlas; un hombre que también quiere que el amor, ahora que lo ha encontrado, forme parte de su vida.

Conoce a su padre, sabe que muchas de las objeciones que seguramente le planteará se refieren a los estudios, y a la concentración necesaria. De modo que ha decidido la estrategia: hará este examen, entre los más importantes de toda la carrera. Lo hará muy bien, sacará la nota máxima, con matrícula. Hará las cosas de tal modo que el propio titular de la cátedra, amigo de su padre, lo llame para felicitarlo. Y solo entonces le revelará a su padre su amor, poniéndolo ante el hecho evidente de que eso no solo no lo ha distraído, sino que le ha servido de estímulo necesario para alcanzar la excelencia absoluta.

Conoce a su padre, y sabe que su racionalidad supera la decisión tomada y el prejuicio: por lo demás, siempre le ha dicho que el prejuicio es la confirmación de la estupidez.

Conoce a su padre, y sabe que se rendirá ante la evidencia y no se entrometerá entre él y sus sueños.

Su padre y ella. Donato no consigue imaginar cómo pueden oponerse, dos personas que aman al mismo muchacho con todo su corazón. Es optimista, no puede evitarlo. ¿Y si el día de mañana, por reducción al absurdo, se viera en la tesitura de tener que tomar una decisión? Donato nota un leve estremecimiento de miedo. Imposible, no logra imaginar la vida sin ella. Pero papá, papá forma parte de mí y yo de él.

Si le diera la espalda, lo mataría. Siempre dice que yo soy su única razón para vivir.

Donato se levanta de la cama de golpe. No ocurrirá, se dice. Todo irá bien, haré el examen, el resultado será excepcional e iremos los tres a cenar juntos. Y hablaremos del futuro.

Así que venga, manos a la obra, ponte con el último repaso.

Capítulo 17

Amor, amor mío: ¿Cómo dicen en los rodajes de cine? ¡Toma buena!

Lástima que no pueda verte hasta el final: me hubiera gustado contarte con pelos y señales cómo fue, lo orgullosa de mí que te habrías sentido. Todo salió según lo planeado, incluso en los detalles más nimios. Pese a ello, yo ya estaba preparado para afrontar imprevistos, notaba que mi mente trabajaba como un engranaje perfecto.

No es que me preocupara, no sé, por ejemplo, de no atreverme o de tener una vacilación, no, eso no. Diez años pensándolo a diario, imaginando cada paso que, por cierto, son muchísimos. Si te entran dudas, las resuelves antes.

Te cuento. Llegué a las diez. Calculé que ese era el momento adecuado, cuando en la calle ya no hay casi nadie y todo el mundo está cenando o viendo la televisión. Los días anteriores comprobé que, en ese edificio, el último en regresar a casa es siempre un tipo del segundo piso, uno que va con una bolsa de tela, a saber a qué se dedica. En fin, que a partir de las nueve y media por el patio no pasa nadie.

El chico coloca (debería decir colocaba, ¿no, amor mío?) el ciclomotor siempre en el mismo lugar, cerca del rincón, justamente donde está el hueco. Debo reconocer que en eso he tenido suerte. De todas maneras sé que si prestas atención, si caminas con la cabeza gacha arrastrando un poco los pies, si pareces viejo y cansado, la gente aparta la vista, no te mira. En una palabra, te vuelves invisible. Y yo me volví invisible y pienso mantenerme así hasta el final.

Bonito, ¿eh?

Como te decía, me metí en el hueco. Olía a pis y eso también me vino bien, si por reducción al absurdo alguien me

hubiese visto, habría fingido haber aprovechado el sitio para orinar. Pero nadie me vio.

Y ahí me quedé, esperando sin moverme. Todo lleva su tiempo, ¿no te lo he dicho siempre? Por ir con prisas la gata parió a sus hijos ciegos.

Enrosqué con calma el tubo al cañón de la pistola. En la bolsa falsa cupo todo, hasta el paquete de pañuelos. El ojo no deja de lagrimear, pero me he acostumbrado, la última vez que fui a ver a la doctora del pueblo me dijo que se trata de algo crónico y que es lo que hay.

A estas alturas, ¿a mí qué me importa? No sabes con qué ganas me habría reído en su cara antes de marcharme de la consulta.

Como te decía, enrosqué el tubo; es algo espectacular, lo probé muchas veces en casa, se oye un ruido como cuando chascas los dedos.

Destrocé tal cantidad de cojines que ni te lo imaginas. Hacia el final, en una ocasión pensé en hacerlo también con ella, para dejar de oír aquel estertor. Pero entonces, ¿cómo hubiera podido completarlo todo para volver a verte?

Me puse las gafas de cerca, porque calculé que con el brazo estirado quedarían unos treinta centímetros cuando él agachara la cabeza para cerrar la cadena. La noche anterior lo había probado bien; no oyó siquiera el susurro de mi mano; silbaba. Estaba contento, quién sabe por qué. Ayer también estaba contento. A esa edad, amor mío, hay que estar contento por fuerza.

Qué manera de divagar la mía, pero es porque yo también estoy contento. Por fin he empezado.

Cuando él llegó, yo estaba preparado desde hacía dos horas. Preparadísimo. Incluso de vez en cuando apoyaba la pistola en la bolsa, porque se me cansaba el brazo. Lo había repetido todo tantas veces mentalmente que, cuando lo hice, tuve la sensación de estar pensándolo otra vez.

Se le cayeron las llaves, tuvo que recogerlas y eso me dio más tiempo todavía, tres, cuatro segundos más de los que tardaba habitualmente.

Imagínate, apunté justo en el ángulo que el peluquero le rapó para hacerle ese peinado ridículo. Una vez concluido el trabajo, me alejé, y regresé cuando comprobé que se reunía un grupito de personas para ver lo que había pasado.

Llegó la policía. Primero un coche, después otros dos. La gente hacía comentarios, y yo ahí en medio, con la bolsa en bandolera, escuchándolos. ¿Sabes una cosa, amor mío?

Todos le tienen manía a la policía. La odian. No noté allí ninguna pena por el muchacho, solo se preguntaban quién era y se alegraban de que no tuviera nada que ver con ellos. La gente es más rara.

Del primer coche bajaron dos; uno de ellos me llamó la atención. Se movía despacio, sin prisa, como al ritmo de una música conocida. Se acercó al hueco, recogió algo del suelo, creo que era el casquillo. Después se movió siguiendo la trayectoria del disparo, miraba el suelo.

No te preocupes por mí, amor mío. Como de costumbre nadie se fijaba en mí. La verdad es que no me imaginaba que en esta ciudad cada cual fuera a la suya de esta manera. Puse mucho cuidado en apoyar los pies lateralmente, además, había alisado bien las suelas, no dejé huellas.

Pero el policía seguía la misma dirección.

Después levantó la cara hacia el grupito en el que yo estaba, por suerte no me moví. Tiene ojos achinados, ¿sabes?

Llegaron los demás, y también una mujer, creo que es la juez (¿tan jóvenes son ahora los jueces?). Y a él lo echaron. Mejor así, pensé. Me parecía el único que podía llegar a deducir algo.

En fin, amor mío, todo marcha según nuestros planes. Estoy francamente satisfecho.

Y ahora le toca a la chica.

Capítulo 18

—**A**sí que has decidido hacerte el policía, ¿eh? —dijo Giuffrè—. Comentan que parecías Serpico. Y que te encaraste nada menos que con el mismísimo Di Vincenzo.

Lojacono ni se molestó en apartar los ojos de la pantalla: tres y dos cinco, dos cartas de oros. Vas a ver cómo te jodo esta vez, pensó. El maldito ordenador le ganaba sistemáticamente.

—De Serpico, nada. Me limité a atender una llamada nocturna, es todo. Y a informar sobre lo que vi.

Giuffrè no tenía la menor intención de soltar su presa; para variar era el único que hablaba con el hombre del día, el tema de conversación de la comisaría entera.

—¿Sabes cómo te llaman? El Montalbano del Cottolengo. Y encima no tiene gracia que te tomen el pelo a tus espaldas, ¿no? Así que cuéntame tus fenomenales intuiciones, así los pongo en su sitio.

—¿De qué intuiciones me hablas, Giuffrè, eres tonto? Vi unos pañuelos que no estaban mojados y recogí un casquillo. ¿Qué tiene eso de intuitivo? Diles a esos imbéciles que aquí no hay ningún Montalbano, que, dicho sea de paso, tampoco existe en mi tierra, como tampoco existe el Cottolengo. Y que no me vengan a hinchar los cojones, porque si no, después voy y se los hincho yo a ellos. Y no lo digo en sentido metafórico. Por cierto, ¿se sabe quién era el chico?

Giuffrè se encogió de hombros.

—Un tal Mirko Lorusso, dieciséis años más o menos. No tenía hermanos ni padre, su madre trabaja de enfermera a domicilio. Un pequeño delincuente, a lo mejor le birló la pasta a alguien de la camorra y por eso lo castigaron, s'hanna 'mpara' 'a piccerille, decimos por aquí, así aprenden los chiquitines. Cuestión de buena educación.

El ordenador machacó de mala manera a Lojacono, tres y siete diez, con el siete de oros.

—La camorra no pinta nada. Lo mataron por otro motivo.

Giuffrè sacudió la cabeza, impresionado.

—Madre mía, está claro que de mayor quieres ser poli. ¿Quién eres, Maigret? Ánimo, Sherlock, dime por qué estás tan seguro de que la camorra no pinta nada.

Lojacono apartó por fin la mirada de la pantalla tras sufrir una nueva derrota.

—Primero: la veintidós. Una pistola imprecisa y difícil de por sí, y probablemente la usó con silenciador, porque el patio es pequeño y el disparo hubiera retumbado.

»Segundo: fue en su casa. Con el riesgo de que pasara alguien y que todo se fuera al traste.

»Tercero: no había por dónde huir. Una moto, un coche no pueden irse sin que se noten, es un callejón sin salida. Era mucho más fácil aproximarse al ciclomotor en otro lugar cualquiera con una moto potente, y disparar tres o cuatro veces para asegurarse. Por otra parte, esa es la modalidad típica de los ajustes de cuentas.

»Cuarto: la edad. ¿Puede un chico tan joven haber hecho algo tan grave como para merecer semejante condena? Y si lo hubiese hecho, no habría regresado tan tranquilo a su casa para dejarse matar. Te repito, para mí que la camorra no pinta nada en este caso.

El superintendente se quedó con la boca abierta.

Detrás de las gruesas gafas sus ojos parecían enormes.

—¿Y todas esas cosas las pensaste en los dos minutos que estuviste ahí? ¿Y no se las contaste a nadie?

Lojacono se encogió de hombros.

—A mí nadie me preguntó nada. Solo me ordenaron que me largara lo antes posible, y eso hice. Ya sabes que las órdenes están para obedecerlas. Además, son consideraciones mías, nada más. A lo mejor resulta que tú tienes razón y que se trata de un simple ajuste de cuentas.

—Sea como fuere, me gusta mucho tu forma de pensar. Y lo que me gustaría todavía más es que esos capullos dejaran de pensar que a esta sección vienen a parar los que no conocen el oficio. Además, a ver cómo se las arregla esta vez para resolver el caso ese Di Vincenzo, que me parece un estirado y un quisquilloso de mucho cuidado. De acuerdo que este es un barrio popular, pero hasta ahora no es que hayamos tenido muchos homicidios. Además, un chico tan joven siempre causa más impresión. Ya lo verás, le van a estar encima echándole el aliento en el cogote todo el rato.

Lojacono sacudió la cabeza.

—Para la madre es una tragedia. Tendrías que haberla visto, una tortura horrible. Me has dicho que no tenían a nadie más, ahora lo entiendo mejor. Lo ha perdido todo. Su vida ha terminado en un instante, en ese patio. Era la viva imagen del dolor, pobre mujer.

Giuffrè seguía el curso de sus propios pensamientos:

—Y encima al bueno de Di Vincenzo le ha tocado una juez bien chungu. La juez Piras, un bombón de Castellammare, de los que no se ablandan fácilmente.

Lojacono se acordó de la muchacha guapa.

—Sí, ya la vi. Llegó enseguida. ¿Por qué, la conoces?

—Ya lo creo que la conozco, de cuando estuve de chófer con el diputado, que también era abogado, la llevamos en el coche en un par de ocasiones. Dottoressa Laura Piras, de Cagliari, treinta y pocos años. Pequeña, pero matona, aunque cuando se da cuenta de que le miras la delantera, bien dotada, como habrás podido comprobar, es capaz de arrancarte los ojos. Es de las que no se rinden nunca ni ponen límites a su carrera. ¿Qué te juegas a que hace bailar a Di Vincenzo?

—¿Está casada? ¿Tiene hijos?

Giuffrè se carcajeó.

—Pero ¿qué pasa, te pone cachondo la juez Piras? ¿No será que te interesa? Eso quiere decir que hay vida dentro de esos pantalones. ¡Cómo me alegro! Me dan miedo los que no tienen pulsiones. Pero no, aunque todos lo intenten, incluso el diputado, que, dicho sea de paso, quedó como el culo delante de mí, o para ser más exacto, detrás, porque yo conducía; le dijo que pusiera la mano en su sitio, si no, se la cortaba.

Lojacono lo miró fríamente.

—No te entusiasmes, no hay pulsiones. Lo decía porque creo que solo quien tiene hijos puede entender lo que supone la muerte de un chico tan joven. Y esperaba que ella estuviese en condiciones de hacerlo. Es todo.

—En eso tienes razón; aunque me hago mala sangre porque no me estudia, siempre pienso en el cabeza de chorlito de mi hijo. Y por más delincuente que fuera, el chico tenía dieciséis años. Virgen santa, ahí llega otra vez la de los gatos, a ver con qué me viene ahora. Por favor, señora, pase y siéntese.

Capítulo 19

Allegra sale por el portón del colegio, riendo socarrona:

—Lo bueno es que nadie me ve, solo él. ¡Ay, Dios, cómo me divierto! ¿Has visto la cara que pone?

Giada sabe que su amiga es capaz de todo, pero en este caso en particular no sale de su asombro.

—Oye, ¿no te da miedo? ¿Y si se cabrea y se lo cuenta al director o directamente habla con tus padres? ¿Te das cuenta de que puede hacer que te echen de todos los colegios?

Su amiga se detiene y se vuelve hacia ella con gracia.

—¡Tú flipas! Sería un desastre descomunal. Mi palabra contra la suya, me resultaría facilísimo hacerlo pasar por un viejo maníaco, que lo es, dicho sea de paso, bastaría con que tuviera el coraje de dar el primer paso. Te lo digo yo, lo tengo agarrado por los cojones, no puede hacer nada.

—Alucino contigo, chica, no entiendo de dónde sacas el valor para hacer ciertas cosas. Lo pienso y me da miedo, te pones en el primer banco, te quitas las bragas y empiezas a cruzar y descruzar las piernas. ¿No te da asco?

Allegra se encoge de hombros y contesta:

—¿Y por qué tendría que darme asco? En primer lugar, no se lo doy, solo dejo que me lo vea. ¡Además, me vuelve loca! Se pone colorado, luego blanco, luego se llena de manchas. Después mira hacia arriba, hacia el costado, hacia cualquier parte, menos ahí; empieza a tartamudear, mira cien veces de reojo, en fin, que el tipo no entiende nada, ni siquiera la clase de griego que está dando. Y al final, ¿has visto mis notas? Me he sacado la lotería, ocho en todos los exámenes, y ya sabes que ni siquiera me he comprado los libros.

Giada sacude la cabeza y ríe.

—Acabarán deteniéndote, es cuestión de tiempo. Sin contar con que pesará sobre tu conciencia, es un viejo, tendrá por lo menos cincuenta años, harás que le dé un infarto. Y para colmo es cura. Irás al infierno.

Allegra liquida la cuestión con un gesto de la mano lleno de gracia.

—Cura o no, es un viejo baboso y nunca se atreverá a dar la cara. El otro día me dijo: «Señorita, cuando pueda deberíamos hablar, usted necesita consuelo espiritual». Ya sé yo el consuelo espiritual que me daría, imagínate si voy a permitirle que se quede a solas conmigo, ni muerta. Bueno, a lo nuestro, ¿te vienes para mi casa? Te llevo con mi cochecito.

—Ni hablar, el otro día estuvimos a punto de pegármola, que cuando voy contigo tú te pones a charlar y no miras por dónde vas. No, gracias, me voy en autobús.

—Como quieras, si te gusta ser una pringada, por mí, adelante. A la mierda, nos hablamos.

—A la mierda, hasta luego.

A Giada no le molesta tomar el autobús; es más alto que el murete de la calle y puede apreciar todo el panorama, a un lado y al otro de la colina. Nisida, la playa de Bagnoli que surge poco a poco de la vieja fábrica desmantelada; y más allá el golfo azul, cruzado por las estelas de los barcos.

En el fondo, piensa, qué bonita es esta ciudad. Vista de lejos.

Conserva un recuerdo brumoso de un día en que su padre la llevó con él a correr, cerca del mar.

Era pequeña, él fingía dejarla rezagada, luego se detenía y se echaba a reír. Conserva ese recuerdo en el fondo de la memoria. Lo recupera a escondidas, cuando está sola.

Sube al autobús, ocupa uno de los asientos delanteros, como siempre. Piensa en su madre.

Ayer volvieron a discutir, y al final, como de costumbre, ella se echó a llorar. Con su madre no se puede discutir, porque le sueltas cuatro frases y enseguida se le saltan las lágrimas, tal cual, como si abriese un grifo. Y dice: Tú eres lo único importante de mi vida. Lo único.

A Giada no le gusta esa responsabilidad. Le impide pensar en divertirse, como hacen todas las chicas de su edad. La idea de que su madre, en la práctica, solo viva para ella la bloquea.

Con la cabeza apoyada en la ventanilla sucia, repasa la pelea del día anterior. Le gustaría dejar las clases de violín, no se siente dotada, está cansada y encima la capulla de la profesora le ha puesto la clase de ocho a nueve, así que cuando regresa en el parque no hay un alma y lo pasa fatal.

Su madre le contestó que entonces también debería pasarlo fatal el sábado, cuando vuelve a las doce de la noche. Y ella le rebatió que el sábado todo el mundo regresa a las cuatro de la mañana, mientras que ella es la única

que tiene que estar en casita a las doce, y que, de todos modos, los sábados a esa hora hay mucha más gente que los miércoles a las nueve de la noche. Y su madre le dijo que si el desgraciado de su padre, en lugar de largarse con su amante a Estados Unidos, se hubiese quedado para hacerle de padre, habría podido ayudarla con su educación. Y se echó a llorar. Como de costumbre.

Giada resopla despacio al recordarlo. Piensa que tiene mucha vida por vivir, y que tiene ganas de vivirla, y no entiende por qué no la dejan.

La siguiente es su parada. Levanta la vista, el autobús está vacío. Mejor dicho, no, hay alguien al fondo, parece un viejo.

Se levanta y se prepara para bajar.

Capítulo 20

Letizia se dejó caer en la silla que había en la mesa de Lojacono.

—Madre mía, esta noche estoy hecha polvo. Me hago vieja, en otros tiempos iba de mesa en mesa saltando como una gacela.

El inspector sonrió y le hizo un guiño.

—¡Qué dices! Si pareces una chica. Vamos, que ya sabes que todos los hombres vienen al restaurante por ti, porque si fuera por la cocina...

Letizia empuñó el tenedor que había en la mesa y fingió pincharlo.

—Pero ¡bueno! ¿Cómo te atreves? Para que lo sepas, la boloñesa que hacemos aquí es la mejor de la ciudad. Pero ¿qué digo? Del mundo entero. Y a ti, que la tomas casi todas las noches, te consta.

Lojacono se dio unas palmadas en la barriga.

—Claro que sí, fíjate cómo me estás cebando, cuando llegué era un atleta y ahora parezco un comendador de sesenta años.

La mujer se sonrojó imperceptiblemente.

—No, no, te aseguro que estás en plena forma. La de boloñesa que te queda por comer. Por cierto, me he enterado de que la semana pasada estabas tú cuando murió el hijo de Luisa, la enfermera, ¿es así? ¿Qué fue lo que pasó?

—Así que la madre se llama Luisa. Sí, estaba de guardia. Es una pena, un chico tan joven.

Letizia se encogió de hombros.

—Era joven, sí, pero aquí empiezan pronto, dicen que se juntaba con gente de mala vida y que andaba muy ocupado.

—¿Ocupado en qué sentido?

—Pues que se ganaba un dinero fácil. Hacía transportes de un lugar a otro de la ciudad, distribuía mercancía. Los reclutan de pequeños, los llaman los muschilli, los mosquitos. Y así, poco a poco, los van introduciendo. Vete a saber, a lo mejor metió la pata en algo sin siquiera haberse dado cuenta.

Lojacono dio otro sorbo a la copa de vino.

—No sé. Me parece un poco raro, no lo veo yo como el típico homicidio de la mafia, esos son más arrogantes, dan una lección y la lección debe verse. ¿Qué me dices de su madre?

Letizia tendió los brazos en un gesto de desconsuelo.

—Que la conozco de toda la vida. Tuvo ese hijo, a saber con quién, y lo crio con enormes sacrificios, le daba todos los gustos. Trabajó un tiempo en alguna clínica y ahora va a domicilio, pone inyecciones, el gota a gota, cosas así. A veces se pasa las noches cuidando de algún enfermo, de manera que el chico está, mejor dicho, estaba en la calle, codeándose con esa gentuza. Así va el mundo.

Lojacono miraba pensativo el vacío.

—Cerca del lugar donde mataron al chico encontraron unos pañuelos. Varios, como si quien los utilizó hubiese pasado allí mucho rato. Tal vez horas. Un tipo que se queda ahí, en la oscuridad, bajo la lluvia, esperando durante horas a que un chico regrese para pegarle un único tiro en la cabeza con una pistola de un calibre mínimo, un juguete, una pistola que se puede llevar encima sin que se note, un tipo así no es de la camorra, te lo digo yo.

Letizia escuchaba conteniendo el aliento.

—¿Pañuelos? ¿De los de papel? ¿Y no se puede saber quién es analizando el ADN? La otra noche vi una serie en la tele en la que...

El inspector agitó la mano.

Olvídate de esos, que no hacen más que decir un montón de imbecilidades. Encuentran una huella y en un abrir y cerrar de ojos saben hasta el horóscopo del asesino. Giuffrè, mi colega de despacho, vio el informe que la policía científica envió a la comisaría: líquido lagrimal. Y células de descamación, lo que significa que al secarse el ojo lagrimoso en el pañuelo quedaron trocitos de piel de los párpados. Lo analizaron todo, pero lo único que pudieron averiguar es el sexo, se trata de un hombre.

—La mujer estaba perpleja. ¿Cómo que lágrimas? ¿Qué quieres decir, que el asesino lloraba?

—No necesariamente, a lo mejor estaba resfriado, sería posible porque estuvo mucho tiempo sin moverse con la humedad que hay. De todos modos se trata de información confidencial, en teoría ni yo debería estar al tanto, te pido por favor que no lo comentes con nadie. Eso sí, lo que me gusta es que van rápido, la juez es joven pero competente, la vi esa noche, me dio la impresión de que es de las que no se conforman con ser guapas sino que se lo curran.

Letizia notó un vacío en el estómago, pero no cambió de expresión.

—Así que también te dio tiempo a ver que la juez es guapa. Y le habrás pedido su número de teléfono, ¿no? Así comentabas mejor la investigación e incluso la traías a cenar aquí, a mi restaurante.

Lojacono se echó a reír.

—Y así nos envenenabas a los dos. Qué tonta eres, ya sabes que no soy de los que hacen esas cosas.

Letizia rio entre dientes y se sirvió un vaso de vino.

Capítulo 21

Eleonora se queda inmóvil sentada en el escalón. Y espera.

No quiso contárselo por teléfono. No son cosas de las que se pueda hablar a distancia. Son noticias que deben darse cara a cara y quedar flotando en el aire. Son noticias que deben caer en un espacio conocido, no en un éter ignoto e indefinido. Son noticias que deben comunicarse mirando a los ojos de quien las recibe, que deben percibir pupilas, boca, tez, todos los cambios.

Eleonora no ha traído el papel. Le pareció inútil, incluso perjudicial. Ni que sirviera de algo un documento de prueba, un certificado.

Es difícil dar una noticia así. No sabes si es buena o mala. Lo sabrás por la cara de él, en el mismo instante en que la palabra caiga en el espacio entre ambos y adquiera solidez, una rosa o una piedra, una nota musical o un cuchillo.

Eleonora tiembla. Tiene un miedo horrible.

Comprende vagamente, porque se lo dice una parte sólida de su feminidad, que cuando haya hablado nada volverá a ser como antes. Para bien o para mal, nada será igual que antes.

Eleonora se ha pasado las últimas noches hurgando en su interior para reunir el valor. Ha buscado rastros de valor en las conversaciones, en los comentarios, incluso en las risas de él. Por primera vez se ha sentido mayor que él al analizar su carácter, al preguntarse si estará en condiciones de aceptar la palabra que ella pronunciará y si después seguirá llevándola orgulloso del brazo, como a ella le gustaría.

De repente, mientras transcurren las horas de las noches infinitas, Eleonora descubre que no lo conoce. Siempre ha creído que lo único que cuenta es su amor, lo que lee en sus ojos cuando la ve llegar, lo que siente ella en su corazón cuando le brinca en el pecho al pensar en él; pero no lo conoce de verdad. ¿Qué hace cuando no están juntos? ¿Cuáles son sus pensamientos, sus distracciones, sus fobias? Tal vez sean esos datos los que podrían decirle cómo reaccionará. Los datos que todavía no tiene, que quizá no tenga nunca.

Eleonora se pasa la mano por la cara. Piensa que no puede perderlo. Trata de ser positiva, como le ha dicho siempre su padre: Si llamas a las desgracias, llegan desgracias. Si llamas a las cosas buenas, llegan cosas buenas. Papá, cómo me gustaría que estuvieras aquí. Aunque también tengo el problema de darte a ti la noticia.

De repente, Eleonora ha perdido toda la fe. De repente, las promesas recibidas, junto al mar o en la cama después de haber hecho el amor, le parecen escritas en el viento. Todo aquello en lo que ha creído, todo aquello en lo que ha confiado se disuelve como la nieve de su pueblo. Ahora sabe que lo ha dado todo sin vuelta atrás a alguien de quien no sabe nada.

Pero así como pierde la fe, Eleonora la recupera. Su corazón se la devuelve intacta. No puede haberse equivocado, no de esa manera. El amor es el amor, ¿no? Ya encontrará el camino.

Más allá de los obstáculos, más allá de unos cuantos sueños rotos y de otros pocos que habrá que modificar, la vida sale triunfante y la vida son ellos dos.

Eleonora piensa en el padre de él. En el hombre al que todavía no ha conocido. Piensa en la rigidez de la que él le ha hablado, en la severidad. Piensa que quizá un hombre que ama tanto a su hijo entenderá por qué ella hoy se está acostumbrando de ese modo, con tanta ternura, al fragmento de vida que lleva dentro. Los padres se entienden entre ellos. El amor es un idioma universal.

Eleonora mira a su alrededor. Ha elegido el jardín de la universidad, donde se vieron por primera vez. Es un talismán, le traerá suerte, está segura. Lo verá llegar como entonces, con su paso seguro y ágil, los hombros anchos y las orejas medio de soplillo que tanto quiere. Ella lo verá primero y le sonreirá. Él la verá y le sonreirá feliz, como todas las veces que se encuentran. Y todo irá bien.

Todo irá bien.

Capítulo 22

El viejo recorre de noche la calle donde viven los ricos. Ha leído que en esa zona el metro cuadrado llega a valer diez mil euros; a él solo le interesa saber si hay vigilantes, y cómo se comportan.

El viejo aprende deprisa. Toma nota de los horarios, las situaciones, las costumbres. Si delimitas el lugar, piensas un pequeño mundo aparte de pocos habitantes, y la gente se mueve siempre de la misma forma. Claro que si fuera uno de esos lugares donde todos lo saben todo de todos, como su pueblo, le resultaría imposible pasar inadvertido; pero aquí se ha vuelto invisible. Los ojos de las personas se deslizan sobre él y lo traspasan, como si estuviese hecho de aire.

Lo cual es un bien, piensa. Un bien enorme.

El otro día se encontró frente a frente con la chica. Se encontraba repasando el trayecto y estaba convencido de que ella iba a aceptar que su amiga la llevase, como solía hacer siempre los miércoles, cuando por la noche tenía clase de violín. Por suerte, ella tampoco lo vio, como los demás. Una ciudad llena de fantasmas.

Pasa por delante del parque. Ha pensado que precisamente cuando regrese de su clase de violín es el momento adecuado. La chica es diestra y solo usa la mano derecha: se pasará el estuche del instrumento a la otra mano, cogerá las llaves del portón y abrirá. Nunca llama al interfono. Y sus horarios varían como máximo unos diez minutos.

El parque cuenta con un vigilante, pero no empieza su ronda antes de las diez, diez y media.

Al costado del portoncito hay un árbol bajo, una especie de ciprés enano, el viejo cree que se llama tuya. Si uno no es muy alto, puede ocultarse perfectamente detrás de la planta, y él, sin duda, no es muy alto.

Saca un pañuelo de la bolsa para secarse el ojo y la mano roza el metal frío. El viejo encuentra ese contacto muy tranquilizador.

La calle de los ricos está vacía esta noche. Él la ha visto a todas horas, rebosante de coches o completamente desierta como ahora.

Empieza a caer una lluvia leve, silenciosa. El viejo ha comprobado las previsiones y ya sabe que va a llover. No es necesario, pero sin duda ayuda: serán muy pocos a los que se les ocurra dar un paseo. Aquí muchos tienen perro, pero a las nueve todo el mundo está cenando.

Es probable que alguien que saque a pasear al perro encuentre el cuerpo. No es que tenga importancia, piensa el viejo.

Capítulo 23

Giuffrè entró en el despacho jadeando y agitando un periódico.

—¡Eh, Montalbano! ¿Te has enterado?

Lojacono levantó la vista del libro.

—Oye, capullo, deja de llamarme así. Ya te he dicho que me molesta.

El pequeño superintendente puso cara de ofendido.

—Pero ¡qué modales! Soy el único en toda la ciudad que te dirige la palabra, podrías tener un poco de consideración, ¿no? De acuerdo, si no te interesa, te jodes.

Hizo ademán de marcharse y Lojacono retomó la lectura; el otro se detuvo y volvió a hablar.

—Aunque es una pena. Porque creo que la noticia que sale en el diario podría interesarle, inspector Lojacono.

Al oír por fin que lo llamaba por su nombre, el inspector bajó los pies del escritorio y cerró el libro.

—Está bien, desembucha; total, ya sé que hasta que no me lo cuentes no me dejarás en paz, y este libro es un coñazo.

—Te prefiero cuando juegas a la escoba con el ordenador. Estás frustrado porque siempre pierdes, pero no cabreado. Un notición. Ayer, en la via Manzoni, mataron a una chica de catorce años.

A la mente de Lojacono regresó nítida la imagen de la pesadilla que lo perseguía desde la noche del homicidio del chico, en la que su hija viajaba en coche y se estrellaba.

—Vaya. Pero no me parece ninguna novedad.

—No es ninguna novedad. Pero si la relacionas con el hecho de que esta mañana la juez Piras ha llamado cuatro veces a Di Vincenzo, y que aquí Giuffrè dio unos golpecitos al diario hablan de un solo disparo en la cabeza, la cosa cambia, ¿no te parece?

Lojacono calló un instante y luego dijo:

—Primero, ¿cómo sabes que la juez ha llamado tantas veces? Segundo, dame ese diario.

Cuando Giuffrè no cabía en sí de gozo se ponía de puntillas y empezaba a balancearse. A Lojacono aquel movimiento lo irritaba a más no poder.

—Porque Pontolillo, el de la oficina de secretaría, tiene una boca que parece la chancleta izquierda de mi suegra, por lo desfondada. Esta mañana me pilló cerca de la máquina de café, empezó a hablar y no callaba nunca; de hecho, creyó que entre esos dos había algo, pero no, porque en la última llamada la juez estaba tan cabreada que él, Pontolillo, llegó incluso a asustarse. Y yo até cabos. ¿O qué te crees, que tú eres el único policía que hay aquí?

Lojacono consideró la situación.

—De pequeño tenía un juguete hinchable; si no recuerdo mal, se llamaba Ercolino. Se balanceaba como haces tú ahora, y yo lo agarraba y me liaba a darle puñetazos en la cara para ver si seguía balanceándose.

Giuffrè se detuvo de golpe, con aire perplejo.

—En fin que la cosa se complica. Lee, lee. En el diario llegan incluso a relacionar los dos crímenes, vete tú a saber quién les habrá dado la noticia. Y hablan incluso de los famosos pañuelos.

—Para mí que es por eso por lo que la juez Piras estaba cabreada.

En efecto, el artículo era de los que dejan marca. El periodista daba la noticia de la muerte de G. D. M., estudiante de catorce años de un barrio bien, a la que mataron de un tiro en la cabeza cuando regresaba de su clase de violín, sobre las nueve de la noche anterior. Aparentemente no le habían robado nada. Cerca del cuerpo encontraron unos pañuelos usados, detalle que relacionaba esta muerte con la de M. L., de dieciséis años, asesinado días antes en el barrio de San Gaetano. El cronista se preguntaba qué relación habría entre las dos víctimas y qué esperaba la policía para llevar al culpable ante la justicia. El tono todavía no era manifiestamente polémico, pero prometía serlo en breve. El artículo concluía con una imagen eficaz: un asesino que esperaba a su víctima en la sombra y que dejaba en el suelo los pañuelos con sus lágrimas.

Las lágrimas de un asesino: las lágrimas del Cocodrilo.

El mote se repetía en el título, «Nuevo crimen del Cocodrilo», precisamente. Lojacono entendía el motivo y la magnitud del enfado de la juez Piras, cuyo nombre era el único que aparecía mencionado en el artículo.

El periódico era uno de los más leídos de la ciudad, los otros no tardarían en reproducir la imagen y esta habría impactado en la fantasía popular,

siempre muy sensible a la muerte de personas tan jóvenes. Mientras la cosa afectó solo a Lorusso se podía pensar en un ajuste de cuentas; pero haber tocado a una muchacha de la alta sociedad era un auténtico sacrilegio.

Lojacono se dirigió a Giuffrè, que se estaba balanceando otra vez.

—Que tú sepas, ¿ha llegado alguna información sobre los casquillos que encontraron en el lugar de los hechos?

El superintendente se detuvo.

—No, ¿cómo iba a saberlo? Pero si quieres, pregunto. Hoy no, que Pontolillo ya se ha ido, pero mañana a primera hora...

Lojacono vio al final del artículo un dato que le servía.

—Entonces hazme el favor, mañana averigua si encontraron el casquillo y si se corresponde con el hallado en el patio de la casa de Lorusso. Y una cosa más, mañana por la mañana cúbreme tú. Yo tengo que ir a un entierro.

Capítulo 24

Las mejillas ardientes. Siempre el mismo síntoma, desde que era pequeño, desde que guarda memoria: las mejillas ardientes.

Y el ruido de los latidos en los oídos, como si el corazón se le hubiese subido a la cabeza. Ahora ya sabe, porque lo ha estudiado, que se trata de las consecuencias del estrés: pero no le quita dimensión o extrañeza al efecto.

Donato sale al aire libre y lanza un profundo suspiro. Piensa que uno puede tratar de planificar, considerar todos los aspectos, medir los pros y los contras, pero siempre surgirá algo diferente, imprevisto, que hará que las cosas tomen otro rumbo.

Él sabe que no omitió nada, que estudió como de costumbre, mejor que de costumbre. Que en los últimos días encontró tiempo para hacer un último repaso y asegurarse así de que en la preparación no se había dejado ningún resquicio. Que la noche anterior se sometió a sí mismo a un sereno examen para saber si estaba realmente tan preparado como se sentía.

En una palabra, todos los controles que hace habitualmente y alguno más. Entonces, ¿qué es lo que ha fallado?

Mientras pasea la vista por los jardines que rodean el Policlínico, invadidos como siempre por multitud de estudiantes, enfermeros, profesores y ayudantes, con la bata puesta o los abrigos en la mano para aprovechar el primer sol pálido tras días de una lluvia fina y persistente, se pregunta si no será verdad lo que le dice siempre su padre: que la distracción, el esparcimiento son adversarios sutiles y engañosos, que se cuelan a escondidas y te ocupan la mente sin que te des cuenta.

Piensa en su padre, es inevitable. Y en cómo le hubiera gustado que este examen, el éxito en este examen, fuese la piedra sobre la que fundar todo el discurso que tenía pensado hacerle.

Ve otra vez al profesor sacudir la cabeza, jugar con su libreta universitaria. Nota otra vez el silencio que se hizo tras su última respuesta y su sorpresa porque estaba seguro de haber dicho lo correcto. Oye otra vez el

suspiro del profesor antes de que le aconseje regresar en la siguiente convocatoria, porque es una pena que, con sus notas y su apellido, precisamente la nota de ese examen, el más importante del semestre, esté muy por debajo de la media.

Y se ve otra vez, rígido y con las mejillas encendidas, al levantarse, asentir, dar las gracias y marcharse, llevando el peso del fracaso sobre los hombros.

Deberá decirle a su padre que el examen no ha ido bien. Deberá decírselo, porque de todos modos se enteraría a través de uno de los cientos de espías con los que cuenta, incluido el profesor que lo acaba de examinar. Es como si lo estuviese viendo, su padre guardará silencio y al final asentirá y dirá: Si has hecho lo mejor que has podido, no tienes nada que reprocharte. Lo que querrá decir: como el fracaso no es de ningún modo lo mejor que puedes hacer, seguramente algo habrás hecho mal.

Y también tendrá que decírselo a ella. Y explicarle que su plan ha sufrido una interrupción imprevista, que deberá posponer la famosa cena.

Leerá la decepción en su mirada, la tristeza que no querría ver nunca.

No es más que un examen, se dice. Un maldito examen universitario, uno entre los cien que he hecho y entre los cien que me quedan por hacer. En el fondo tengo toda la vida por delante.

A lo lejos, en un banco, alguien a quien no conoce lo mira. Y se seca una lágrima del ojo izquierdo.

Capítulo 25

Lojacono decidió ir en taxi. Con su sueldo de mil ochocientos euros al mes, menos lo que le pasaba a la vampira de Sonia, que, dicho sea de paso, ganaba más que él, y lo que necesitaba para su mera subsistencia, desde luego no nadaba en la abundancia; podría haber ido en transporte público para ahorrar.

Pero en esa extraña ciudad fiarse del autobús suponía a veces pasarse horas escrutando inútilmente el horizonte, arriesgarse a no llegar a la cita y dejar a Giuffrè demasiado tiempo solo en la oficina. Encontró la dirección en una de las numerosas necrológicas del diario y notó la diferencia: el chico del barrio de San Gaetano, cero; la chica de la via Manzoni, unas treinta. En los anuncios descubrió, además, su nombre completo, hipócritamente oculto detrás de las iniciales en el artículo de crónica: Giada De Matteis.

En las necrológicas se descubren muchas cosas.

Por ejemplo, se intuía que era hija de padres separados o divorciados desde hacía tiempo, algunos la mayoría «acompañaban en su dolor» a la madre, Marta; otros «lamentaban la gran pérdida sufrida» por el padre, Luigi. Se veía que muchos anuncios eran de los amigos de la chica, más bien adinerados si se tenía en cuenta lo que costaban; una tal Debora publicó nada menos que un largo poema que hablaba de una flor cortada.

Pocos parientes, una pareja de tíos, los abuelos maternos. Lojacono sonrió con tristeza al leer los eufemismos y las perífrasis, trágica desaparición, ausencia imprevista, doloroso incidente; como si interceptar la trayectoria de un proyectil con la cabeza fuera una mera circunstancia desafortunada.

Ya que decidió ir en taxi aprovechó para disfrutar del paseo. Desde su traslado había estado tan enfrascado con la tormenta que llevaba dentro que no había mirado a su alrededor. Había encontrado un estudio en uno de los edificios medio en ruinas, cerca de la comisaría, y sus itinerarios se limitaban a los que hacía entre el trabajo, su casa y el restaurante de Letizia. Se había preguntado por qué no tenía ganas de conocer un poco más aquel lugar

visitado por gentes que venían de todo el mundo. Y se había contestado que no se le puede pedir a un hombre que ame su propia cárcel.

En una ocasión se acercó al mar; le habían entrado ganas de aspirar su olor y sentir su brisa.

No lo consiguió. Aquel largo paseo marítimo urbano, con miles de coches que bordeaban indiferentes el acantilado bajo un cielo gris y una llovizna constante e infinita. Y el olor a rancio, las piedras blancas colocadas como una barrera. La basura acumulada, bolsas de plástico flotando en el agua estancada cual cadáveres de medusas.

Acabó huyendo de allí, tratando de reconstruir en el alma su Scala dei Turchi, con el blanco calcáreo que destella al sol frente al azul perenne de un mar amigo. Se convenció de que aquella no era una ciudad de mar; que el mar y la ciudad se miraban con indiferencia, se ignoraban como dos parientes tras una terrible disputa.

Ahora, mientras subía hacia la colina mirando por la ventanilla, creyó entender que se trataba de una metáfora que se refería a la totalidad de aquel pueblo. Una moto se coló peligrosamente entre dos carriles llenos de coches, una mujer al volante de un utilitario dio un brinco al oír el acelerón y lanzó una mirada de odio al centauro imprudente. Se odian, pensó Lojacono. Se perciben como enemigos, no tienen una identidad común.

Notaba la hostilidad como un perfume en el aire. Tal vez fuese por eso por lo que hasta ese momento no había tenido ganas de pasear y admirar de cerca las innumerables maravillas de las que había oído hablar. Mejor la indiferencia diaria de sus colegas, o de los transeúntes o del cajero del bar. No lo necesitaban, él tampoco a ellos.

Supo que estaba en la zona elegante por los edificios, por las jardineras y la calidad de las tiendas, y en el lugar donde se celebraban las exequias de la chica, por los numerosos coches mal aparcados y la gente que iba en grupo hacia una gran iglesia de construcción moderna.

Decidió apearse antes, ponerse en fila y recorrer un centenar de metros a pie. Observó a las personas, las caras desconcertadas, las miradas perdidas en el vacío. La muerte de un joven golpea a fondo: va contra la naturaleza, despierta un miedo ancestral. Vio padres y madres que estrechaban a sus hijos llorosos, para librarlos de un destino que tal vez fuese contagioso. Pensó en Marinella, y deseó que en ese preciso instante, independientemente de dónde se encontrara, estuviese sonriendo.

La iglesia era grande; el inmenso espacio circular estaba bañado por la luz que provenía de las altas ventanas y los dos rosetones decorados.

Estaba a rebosar de gente. Frente al altar, sobre unos caballetes metálicos, un ataúd blanco cubierto de flores, fotos y peluches. Una hilera de chicos y chicas seguía acercándose para depositar objetos o acariciar la madera.

Lojacono avanzó y se colocó cerca del altar, en un sitio discreto, para observar mejor.

Apoyada en el ataúd se veía la imagen ampliada de Giada De Matteis, de catorce años, cruelmente despojada de su vida, según rezaba el cartel de la entrada.

Durante unos minutos el policía y la chica se miraron, más allá de la fila de los desconsolados compañeros de ella. Lojacono vio en esos ojos la incomodidad de ser fotografiada, el deslumbramiento incómodo producido por la luz en la cara, la risa contenida a duras penas.

Emociones normales en una chica normal, en un día soleado que jamás volvería. Los ojos oblicuos no cambiaron de expresión, las manos no se movieron de los bolsillos; pero el inspector odió con toda el alma al ya famoso Cocodrilo.

Por absurdo que pareciera, aunque tal vez no tanto, le vino a la cabeza el día en que decidieron con Sonia el nombre de la criatura que esperaban, si era niña. Llovía con fuerza, y el piso de dos habitaciones donde vivían era el centro absoluto del universo. Casi enseguida se vieron reflejados en De André; y en esa historia triste y hermosa que el poeta genovés quiso ofrecer, en ese nombre dulce que recordaba a las estrellas y el mar.

Intentó concentrarse en lo que tenía enfrente. El dolor era palpable, como un hedor insoportable.

Impresionaban los chicos, reunidos delante de la hilera de bancos, aplastados por la emoción y la tristeza. Lojacono vio que una bonita chica morena, de rasgos delicados, era el epicentro del dolor: debía de haber sido la mejor amiga de Giada, todos la observaban y se turnaban para sostenerla. La muchacha estaba muy abatida, miraba a su alrededor buscando desesperadamente que alguien la despertase de aquella terrible pesadilla que estaba viviendo. Su vida, Lojacono lo sabía de sobra, jamás volvería a ser la misma.

El inspector desvió la mirada buscando a alguien; la encontró casi de inmediato. Rígida, de pie en la primera fila; el peinado perfecto, el vestido oscuro impecable, una sonrisa plasmada en la cara. Solo los ojos, demasiado abiertos y fijos, la traicionaban. Lojacono confió en no estar presente cuando la actitud anestesiada de la madre de Giada se disolviera bajo el peso de la realidad.

Pero iba a sufrir una decepción.

Comenzó la ceremonia. El cura era más bien joven, tal vez oficiaba por haber sido amigo o profesor de la muchacha. Se le quebró la voz en varios momentos con lo que aumentó la conmoción general. Lojacono seguía observando a la multitud, separaba a los curiosos, con cara de circunstancias, de los que no ocultaban su congoja y mostraban sin tapujos un dolor genuino.

El momento llegó cuando los compañeros y amigos se turnaron ante el micrófono; el tormento de esa vida cercenada pendía sobre todos como una noche oscura que jamás vería amanecer.

La chica morena subió al púlpito en último lugar, con paso inseguro, sostenida por dos amigos. Trató de hablar, pero no pudo. Al final murmuró, con ternura:

Gia', ¿cómo hago yo ahora? A la mierda, ¿cómo hago para vivir sin ti?

La palabrota quedó suspendida en el aire, en el espanto, en el dolor. Y se evaporó después. El cura se acercó al micrófono para continuar con la ceremonia cuando desde el primer banco se oyó una voz alta y clara:

No quería ir a clase de violín. No quería ir. Y yo le decía: No, Giada, tienes que ir. Porque los sábados no te da miedo volver a las doce de la noche, así que tampoco tiene que darte miedo volver a las nueve los miércoles. Yo tengo que educarte. Es mi obligación. Eso le dije. Tenía razón, ¿no? Decídselo vosotros también, por favor: Mamá, tiene que educarte, si no, ¿qué clase de madre es? Decídselo, por favor. Porque si no, no lo entenderá, y se irá sin haberlo entendido. Por favor. Por favor.

Lojacono vio que las personas que estaban cerca de la madre de Giada se apartaban como asqueadas, como si estuviesen frente a una fiera desconocida. La mujer giraba alrededor de su propia sonrisa sintética, los ojos desmesuradamente abiertos. El policía cayó en la cuenta de que nunca había visto nada tan horrendo.

Y pensó en el silbido de la madre del joven Lorusso, en su propia pesadilla, en la que Marinella salía despedida hacia la muerte a una velocidad enloquecida.

Y comprendió con meridiana claridad lo que estaba haciendo el Cocodrilo.

Capítulo 26

Amor, amor mío:

Ya está, una menos. Debo decirte que esta noche me siento realmente cansado. Voy a dormir como un ceporro.

No sin haberte contado antes el día de hoy, en que ocurrieron muchas cosas. En primer lugar, ¡me he vuelto famoso! Yo no, claro, sino lo que he hecho. No me preocupo por ocultar nada, ya sabes que lo único que quiero es terminar lo antes posible con todo y volver a verte por fin.

Resulta que han encontrado los pañuelos por culpa de este maldito ojo que no deja de lagrimear, en un diario han publicado que los dos hechos se deben a la misma mano, y me han llamado el Cocodrilo, por aquello de las lágrimas de cocodrilo. Brillantes, ¿eh? El cocodrilo que llora cuando se come a sus hijos.

Pero esos, como bien sabes, no son hijos míos.

Diría yo que esta también es una bonita ironía.

Cocodrilo o no, he tenido que ir a la iglesia.

En el caso anterior se reunió un pequeño grupo de curiosos, pude pasar inadvertido y, de paso, verle la cara a ella. Pero esta vez era muy arriesgado, en el parque cerrado solo estaban los de la comunidad de propietarios y yo habría llamado la atención, por eso, una vez que terminé con la operación, tuve que marcharme a toda prisa.

Ah, se me olvidaba contarte que estuve a punto de posponerlo todo. No hubiera supuesto un problema, un día más, un día menos, no tiene importancia. Pero habría sido una lata. Como te decía, el imprevisto siempre espera a la vuelta de la esquina: el chico de los auriculares, el del perro salchicha, salió a pasearlo antes. ¿Te acuerdas de que era uno de los temores que yo tenía? Pues lo dicho, vete a saber por qué salió

una hora antes de lo acostumbrado, y justo diez minutos antes de que la chica regresara de su clase de violín. Para colmo, el perro va y se para cerca del arbolito detrás del que me escondía yo, levanta la pata y se pone a mear. Qué risa, ¿eh?

Ríe, ríe, amor mío, que estás preciosa cuando ríes.

Aunque todo salió bien, el chico se alejó y pude completar el plan. Fue incluso más fácil de lo previsto, la chica estuvo hurgando un par de minutos en el bolso; no encontraba las llaves.

Pude secarme el maldito ojo para ver mejor, soltar el aire como hacía en el polígono y sostener la pistola con las dos manos, aunque la veintidós prácticamente no tiene retroceso, por eso mismo la elegí.

Lo único que lamento es no haber podido quedarme a mirar. Pero hoy he ido a la iglesia, como te contaba, y, modestamente, he podido darme el gusto. Un espectáculo breve e interesante.

Después miré a mi alrededor, ¿y a que no adivinas a quién veo? Al policía de los ojos achinados del que ya te he hablado. Estaba allí, en un lugar discreto, cerca de una columna. Y miraba fijamente, justo donde debía. Es inteligente, ya te lo dije.

Aunque no lo suficiente.

No lo suficiente como para detenerme.

Capítulo 27

Al regresar a la oficina, Lojacono se encontró con un Giuffrè nerviosísimo.

—Por fin, por fin has vuelto. ¡Madre mía, qué mañanita! Tengo que contarte un montón de cosas, entra.

El inspector sacudió la cabeza. Lo divertía la excitación de su colega, notaba que el hombrecillo se sentía tan partícipe de lo que estaba ocurriendo como él o más.

—Cálmate, Giuffrè, o te dará un infarto. Y después encima pensarás sobre mi conciencia. ¿Qué pasó?

Tras parpadear, Giuffrè contestó:

—Vamos a ver, Lojacono, pongámonos de acuerdo: han inventado el pretérito perfecto, ¿o no te han informado? «Qué pasó» se refiere a ayer o al año pasado, pero «qué ha pasado» se refiere, por ejemplo, a esta mañana. Si quieres que te cuente lo de esta mañana, entonces pregúntame qué ha pasado. Así te entiendo.

Lojacono lanzó una mirada disgustada al superintendente.

—Oye, profesor, si me lo quieres contar, me lo cuentas, si no, cierra la boca. Si quisiera volver al colegio, lo haría, y seguro que me venía bien, así aprendería a tratar con la gente como tú.

Giuffrè agitó la mano.

—Olvídalo, anda, total, yo soy inteligente y te entiendo lo mismo. ¿A que no adivinas quién ha venido a la comisaría cuando tú no estabas? La mismísima Piras en persona, de buen ver, como siempre, y también cabreada, como siempre. Entró y se fue directa al despacho de Di Vincenzo, sin llamar, me lo ha contado Pontolillo. Y después se puso a gritar, la oyeron incluso en el piso de abajo. Él se justificaba, pero ella casi no lo dejaba hablar.

Lojacono escuchaba interesado.

—¿Y a qué venía el arrebato?

—Ah, te interesa, ¿eh? Porque no has leído los diarios de hoy. Verás, los delitos del Cocodrilo han avivado la imaginación de los periodistas, que no

paran de plantear supuestos, que si un nuevo asesino de la camorra, que si un psicópata, que si sexo, que si pedofilia. En una cosa coinciden todos, en que la policía, como de costumbre, no se entera de una mierda. En todos los artículos citan a la juez Piras, que, en mi opinión, con este caso se juega la carrera.

El inspector se encogió de hombros.

—¿Y a nosotros qué carajo nos importa la carrera de la juez Piras? Como mucho sería interesante saber qué piensan hacer para detener al asesino, que posiblemente seguirá matando.

Giuffrè se rascó la cara.

—No se trata tanto de la juez como de la presión que ejerce sobre Di Vincenzo, que después nos presionará a todos los de la comisaría. Dice que desde que han matado a la chica va como loco, ya no vuelve a su casa por miedo a que pase algo justo cuando no está, y al pobre Pontolillo lo tiene de acá para allá dando vueltas como una peonza. En fin, que se han puesto en contacto con todos los informantes, están rastreando a fondo el barrio para averiguar qué relación podría haber entre Lorusso y la chica de Posillipo. Para mí que ninguna. Son dos ciudades diferentes y separadas; como mucho, un tipo como Lorusso podría haberle robado el bolso de un tirón a una chica como De Matteis, nada más.

Lojacono estaba mirando los diarios, abiertos sobre el escritorio de Giuffrè.

—La verdad es que nos hacen papilla. Por otra parte, te repito que se trata de delitos raros, y para mí que la camorra no pinta nada. En casos como este, la camorra es un paraguas; pase lo que pase, directa o indirectamente, la culpa la tiene la camorra. Conozco esa costumbre, en mi tierra es igual. A mi modo de ver, no debemos dejar que nos distraigan. En esta ocasión, creo que estos chicos los mataron por otros motivos.

Giuffrè se puso de puntillas y empezó a balancearse.

—Ya sé que tienes una teoría. ¿Por qué no me la cuentas, Loja'? A lo mejor tienes razón tú, coges al maldito Cocodrilo y nos sacas del Cottolengo, ¿te imaginas qué bofetada moral supondría para el cabronazo de Di Vincenzo?

Lojacono sacudió la cabeza.

—Giuffrè, tú eres capaz de producirme el mareo del viajero sin moverme de mi asiento, y eso que vengo de una isla. Deja ya de balancearte, por favor. Y no, no tengo ninguna teoría. He ido al funeral de la chica con el único objetivo de comprobar si también iba alguien que hubiese estado en la escena

del crimen de Lorusso, pero no he visto a nadie. He ido para pasar el tiempo, ya sabes que tengo orden de no ocuparme de ninguna investigación. He ido para distraerme. Y pensar en otra cosa.

El superintendente dejó de balancearse pero no de sonreír.

—Tú a mí no me engañas, Loja'. Si uno quiere distraerse se va al cine o de putas, no al funeral de una chica asesinada. Yo ya sé que se ha despertado el policía que llevas dentro; lo único que me interesa es que me hagas una promesa: si encuentras al asesino y te rehabilitan, me llevarás contigo. Estoy hasta el gorro de trabajar en la oficina de denuncias y de oír que a mis espaldas se comenta que tengo enchufe porque antes le hacía de chófer a un diputado. Soy un tipo duro e implacable y conozco a todo el mundo. Puedo serte útil. ¿Qué? ¿Me lo prometes?

Lojacono sonrió a su pesar.

—Hablas como si fuésemos dos prisioneros en la isla de Montecristo. Está bien, te lo prometo; total, no tengo nada que perder. Pero ni tú ni yo vamos a encontrar al Cocodrilo. Así que para ir matando el tiempo, seguiremos las investigaciones, al fin y al cabo, de algo tenemos que hablar, ¿no?

Giuffrè se puso a batir palmas encantado.

—Yo tengo fe en ti, Loja'. En mi opinión, igual que este servidor, eres mucho, muchísimo mejor de lo que piensan los cuatro capullos del piso de arriba. Nos basta con encontrar la oportunidad, que se nos presente una circunstancia, y les demostraremos quiénes somos. ¿Tú qué opinas? ¿Hacen bien en rastrear a fondo el barrio para buscar datos?

Sin apartar la vista de los diarios, Lojacono sacudió la cabeza.

—Los datos siempre sirven, y a ellos no les queda otra cosa que hacer. Pero ya verás que no averiguan nada. Te repito, de una sola cosa estoy seguro: la camorra no pinta nada en estos delitos.

—En ese momento la juez Piras pasó por delante de la puerta abierta del Cottolengo y paró en seco.

Capítulo 28

El viejo observa al muchacho.

Ha dejado de lloviznar, y eso tiene sus pros y sus contras, piensa.

No nos mojamos y hay más gente entre la que confundirse. Va bien para vigilar, para entender los movimientos, para tomar nota de los desplazamientos y horarios. Va mal porque aumentan la confusión y el gentío, por tanto, la posibilidad de imprevistos.

Aunque, piensa el viejo, la clave está en el tiempo. Con tiempo, sin prisas, se hace todo.

Mientras sigue sentado en el banco, al lado de una anciana que da de comer a las palomas, con el diario abierto mientras observa al muchacho, el viejo piensa en el tiempo.

Ha tenido mucho tiempo. Horas delante de una pantalla, en la oscuridad, buscando nombres, direcciones. Horas en el garaje de su casa convertido en taller, limando, roscando y llenando un tubo con lana de vidrio. Horas en el polígono de tiro, para practicar con la pistola, birlar algunos cartuchos sin tener que comprarlos y arriesgarse a llamar la atención. Horas pensando en lo que iba a hacer, repasando cada paso, cada movimiento. Horas buscando los sitios adecuados, el hotel adecuado, los ambientes adecuados.

Se seca el ojo debajo de la lente, ahora más oscura a causa del sol pálido. En la última visita la doctora le dijo que se trata de dacriocistitis, una inflamación que se ha hecho crónica; el lagrimeo constante se denomina epífora, y en caso de que se le forme pus, tiene que ponerse un colirio. Él le preguntó: «Esto que tengo, ¿podría hacerme perder la vista en poco tiempo?». Ella se rio y le contestó: «No, quédese tranquilo. Es más, no conozco a nadie que con su edad siga estando tan en forma».

Me he cuidado, piensa el viejo. He puesto todo mi empeño. Para hacer lo que debía hacer era necesario que me encontrara bien. No podía permitir que el físico cediera en el momento más importante. Me he mantenido en forma; no he hecho como ella, que se consumió hasta morir.

En el fondo, reflexiona el viejo mientras el muchacho, a pocos metros de distancia, mira el reloj, estoy aquí también en representación de ella.

Probablemente habría querido lo mismo. Nunca hemos hablado del tema, demasiado peligroso; cuantas menos cosas se sepan, menos posibilidades hay de que se pueda filtrar información.

Antes de partir, visité los lugares un millón de veces: aterricé con el satélite a pocos metros, me fijé incluso en la distribución de las habitaciones.

Es increíble lo que se puede hacer con un ordenador, y sin dejar rastros.

He tenido tiempo, piensa el viejo. He buscado la ropa adecuada, la más anónima y cómoda, que no cambia de color bajo la lluvia. Los zapatos, las gafas. La invisibilidad es un talento.

El tiempo ha servido para la organización, pero no para conseguir la determinación.

Para eso bastó un solo minuto, hace diez años.

Por encima del borde del periódico abierto por la página que habla de él, el viejo ve llegar a la muchacha. Y se acerca un poco más.

Capítulo 29

La juez Piras se quedó en el pasillo a la altura de la puerta de la oficina de denuncias, con aire interrogante, la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado, como si quisiera estar segura de lo que le parecía haber oído. Sus ojos negros se deslizaron sobre Giuffrè como si se tratara de un mueble y se detuvieron en Lojacono.

El inspector sostuvo su mirada, reconociendo para sus adentros que era muy guapa. Ahora que la veía a plena luz, contrariamente a cuando la conoció, observó las curvas suaves del cuerpo que el traje chaqueta no conseguía mortificar y las facciones perfectas.

—¿Usted quién es? ¿Lo conozco?

—No sabría decirle. Yo sí la conozco a usted, nos vimos la noche del homicidio de Mirko Lorusso. Evidentemente mi memoria es mejor que la suya.

Giuffrè suspiró, aterrado. Era legendaria la predisposición a la furia de la juez Piras: seguro que ahora pulverizaba a Lojacono por la insolencia de su respuesta.

Pero la mujer asintió despacio, y una sonrisa sardónica afloró a sus labios.

—Ahora me acuerdo. Usted es el que se fijó en los pañuelos. Y al que después echaron con una patada en el trasero.

Lojacono se encogió de hombros, sin sacar las manos de los bolsillos del abrigo.

—Así es. Cuando llegaron los competentes, los que ya tienen el caso resuelto.

—La juez sopesó la respuesta con atención.

Asintió otra vez y dijo:

—Acompáñeme. Quiero un café, indíqueme algún bar decente por aquí cerca.

Tras dejar atrás a un Giuffrè pasmado y boquiabierto, así como las miradas curiosas de un par de colegas con los que se cruzaron en la puerta,

Lojacono la llevó al bar que había a la vuelta del edificio. Sin la menor vacilación, la mujer fue a sentarse a la única mesa en una esquina. Miró a su alrededor y dijo:

—Madre mía, qué sitio. Francamente acogedor. Yo quiero un café. Caliente.

Lojacono se quedó de pie, las manos en los bolsillos, los ojos oblicuos fijos en la cara de ella.

—Yo no, gracias. Que si no, a la hora de la siesta no pego ojo.

La juez Piras sonrió.

—Haga el favor, evitemos el papel del hombre fuerte que no acepta órdenes. Si no quiere un café, déjelo estar. Pero siéntese, por favor. Tengo algo que preguntarle.

Lojacono se sentó.

—¿Qué puedo hacer por usted, dottoressa? No creo disponer de datos útiles.

La juez sacudió la cabeza.

—Nunca se sabe de dónde pueden llegar los datos útiles. Recuérdele su nombre, por favor.

—Inspector Giuseppe Lojacono.

—Ah, ahora me acuerdo. El siciliano. Hace unos meses me parece que leí algo; me gusta estar informada sobre el personal de plantilla de las comisarías con las que puedo tener relación. ¿Cómo era la historia? Un arrepentido, me parece, mencionó su nombre...

Lojacono se levantó de sopetón.

—Si me permite, dottoressa, tengo que volver al despacho. No puedo robarle tiempo a mi trabajo para escuchar cuentos que ya conozco.

La juez Piras volvió a sonreír, visiblemente satisfecha.

—Un momento, un momento. Nadie quiere ofenderlo, solo trataba de refrescar la memoria. Siéntese, por favor. No quiero hurgar en su vida, faltaría más. A todos nos ocurren cosas desagradables, pero para todo hay remedio. ¿De qué se ocupa aquí en la comisaría de San Gaetano?

Lojacono decidió darle otra oportunidad a la juez y se sentó con calma.

—Estoy en la oficina de denuncias. Pero no es más que una tapadera, en realidad, me enfrento a diario a un sangriento desafío, juego a la escoba con el ordenador.

La juez Piras sonrió.

—Comprendo. Un uso racional de los recursos humanos, como suele decirse. Utilizar a todos al máximo para poder darle al crimen la ventaja

adecuada.

Lojacono se encogió de hombros.

—No hay problema; como dice la Divina comedia, así se quiere allí donde es posible lo que se quiere, etcétera. Es una especie de purgatorio que hay que soportar. Y lo cierto es que no me muero por regresar donde estaba, de modo que no está mal.

La mujer tomó un sorbo de café.

—Nada que objetar, en esta ciudad el café es bueno incluso en los bares más infectos. Tengo que reconocerlo. Dígame una cosa, Lojacono, de isleño a isleña, ¿qué idea se ha hecho de estos dos delitos?

—¿Yo? ¿Y qué elementos tendría, desde el privilegiado observatorio de la oficina de denuncias, para hacerme una idea? Debería echarle un vistazo a la documentación, ver los informes, las actas de los interrogatorios. E intercambiar pareceres con los jefes de las comisarías competentes, saber qué opina la científica...

La juez Piras resopló y bajando la voz le advirtió:

—No me venga a dar por saco, Lojacono. Yo sé que usted tiene una idea, antes lo he oído hablar con su colega. Explíquemelo, venga.

—No sabría decirle, de veras. Se trata de una corazonada, pero nosotros no trabajamos con corazonadas; nosotros nos basamos en hechos comprobados. Yo no me limitaría a buscar en los ambientes de la camorra, es todo. Pero, ya le digo, no se trata más que de una corazonada.

La mujer lo escrutó un buen rato. Aquel hombre de extraños ojos almendrados la intrigaba. Lo notaba fuerte y al mismo tiempo un poco peligroso, pero, sin duda, inteligente. Mercancía rara, la inteligencia, pensó. Sobre todo en esta comisaría.

—Efectivamente, le faltan algunos datos, inspector Giuseppe Lojacono. Porque no le compete conocerlos, puesto que la investigación es de máxima relevancia y son pocos quienes tienen acceso a ellos. Por lo tanto, no estoy autorizada a decirle, y no le diré, que después de unos interrogatorios se supo que Mirko Lorusso, la primera víctima, había sido reclutado hacía poco por un tipo que traficaba con droga, un miembro marginal de la camorra llamado Antonio Ruggieri; y que el propio Ruggieri le había encargado distribuir algunas papelinas de coca a la salida de una escuela de bachillerato de la parte alta de la ciudad; y que a esa escuela iban, entre otros, Giada De Matteis, la segunda víctima. Una circunstancia por lo menos curiosa, ¿no le parece?

Lojacono dio vueltas entre las manos al vaso de agua mineral.

—No me he enterado de nada, pero si me hubiese enterado de algo, no me detendría en las apariencias. A menos que surjan pruebas de otras conexiones entre los dos chicos, los dos homicidios no tienen por qué depender de eso. Además, y usted perdonará, pero ¿para qué matar a los dos y llamar tanto la atención? Yo sé y usted también sabe que, en primer lugar, los mafiosos siempre tienen mucho cuidado en no comprometer sus negocios. Para eso hubieran hecho desaparecer al chico y dejado a la chica en paz donde estaba, y nadie se habría enterado de nada, aparte de la madre de él. ¿Para qué montar todo este follón?

La juez escuchaba atentamente. Después sacudió la cabeza.

—A lo mejor los dos chicos vieron algo que no deberían haber visto. A lo mejor tenían planeado timar al traficante. ¿Quién podría decirlo? Debe reconocer que este contacto es lo único con lo que contamos, ¿no?

Tras reflexionar un momento, Lojacono dijo:

—Imagino que sí. Cuando se dispone de un elemento concreto hay que seguirlo, es verdad que no se puede seguir una corazonada. Pero continuó estando convencido de que la camorra no tiene nada que ver en esta historia.

La juez insistió:

—Pero contamos con todas las características del homicidio llevado a cabo por un profesional: la vigilancia prolongada, el cuidado en la elección del momento y el lugar. Nadie vio nada, nadie oyó nada. El uso probable de un arma con silenciador. Un solo disparo, a muy corta distancia para compensar la falta de precisión del arma empleada, un calibre veintidós, fácil de transportar y esconder.

Tras escuchar en silencio, Lojacono dijo:

—Sin duda. Pero usted sabe tan bien como yo que no se trata de las atenciones típicas del crimen organizado de esta zona. Son más bullangueros, más arrogantes, sobre todo si quieren dar una lección. Por otra parte, el asesino dejó los pañuelos y no recogió los casquillos. Ni siquiera parece el trabajo de un profesional. Sigo intrigado.

La mujer suspiró.

—A mí me lo dice. Y estos imbéciles no me ayudan en nada. ¿Qué opina de Di Vincenzo?

Lojacono sonrió.

—No lo conozco de nada. Lo he visto dos veces, cuando llegué y la noche del homicidio de Lorusso, y me parece que me lo he cruzado otras dos veces en el retrete, pero no me miró siquiera. De todos modos no me parece inexperto.

—Y no lo es, pero no sabe a qué carta quedarse. Sostiene la hipótesis de la conexión con la camorra, pero eso es porque no tiene nada mejor. Y el otro comisario, el de Posillipo, sigue pasándole el muerto. El tal Ruggieri, el camello que se sirve de los chicos, no tiene mucho poder; lo interrogamos pero no le sacamos nada, lloriquea y lo niega todo. Creo que no sabe nada. Y no sé realmente a qué carta quedarme. Ya habrá visto que la prensa nos está haciendo papilla.

Lojacono asintió.

—Lo he visto. Por desgracia, me parece que seguirán insistiendo mientras sepan que no tenemos una pista con cara y ojos.

La juez Piras se puso de pie.

—Así es. Por eso daremos una rueda de prensa y diremos que estamos investigando la presencia de la camorra en la escuela de la chica donde traficaban con droga. La alta sociedad se rebelará, se producirán enérgicas protestas. Pero nos servirá para alejar un poco de la zona a los camellos.

Lojacono comprendió que la conversación había terminado. En cierto modo lo sentía: aquella mujer era muy competente, además de muy hermosa.

—Tal vez sea la mejor solución, quién sabe. Solo una cosa podrá desmentirnos.

—¿Y cuál sería?

Lojacono, que ya iba hacia la salida, se detuvo.

—Otro homicidio.

Capítulo 30

Está tumbada en la cama, inmóvil, mirando el techo. Eleonora piensa que debería morirse. Ruega para que así sea.

Lo absurdo, lo más raro de todo, es que se siente culpable. Como si la decisión la hubiese tomado ella sola; como si las premisas las hubiese planteado ella sola, como si ella sola hubiese concebido un hijo y quisiera imponérselo a él como una pena, una condena.

Piensa que a lo mejor solo se ha equivocado al elegir el momento. Que a lo mejor debería haberle hablado en la cama, después de hacer el amor, cuando todo es tierno y dulce y existe el reconocimiento por el placer mutuo. A lo mejor debería habérselo contado en voz baja, en la sombra, cuando la luz de la tarde se filtra en láminas por la persiana a medio bajar y tiñe de oro los cuerpos y de azul los pensamientos.

A lo mejor no debería haber ido a buscarlo a la universidad, donde empezó todo. Debería haberle tenido miedo a un lugar que podía cerrar un círculo, apresar los sentimientos en el cristal como los príncipes de los cuentos.

Los cuentos no existen, Eleonora lo sabe. Su madre se lo dijo claramente cuando hablaron antes de su marcha: No sueñes. No sueñes. Si no vas con cuidado, los sueños te matan.

Por desgracia, yo soñé, piensa Eleonora. Me dejé arrastrar a otro sueño en el que era la princesa pobre a la que el príncipe rescata para llevarla al paraíso. Pero no era una princesa, no. Y él no era un príncipe.

Se lo dijo cuando notó que un rayo de sol se abría camino de repente. Había esperado ese rayo de sol; había confiado en recibir un presagio. Le perdonó esa primera mirada de pánico, de extrañamiento, no era para menos, no se lo esperaba. Y también le perdonó el eterno momento de silencio que siguió.

Las palabras no, esas no se las perdonó. Esas fueron inequívocas, terribles. Una sentencia.

—No puedo, es imposible —le dijo.

—¿Qué quieres decir? ¿Qué es lo que no puedes? —le preguntó ella.

Él estuvo un rato largo negando con la cabeza, en silencio. Después se levantó de golpe y le dijo:

—Perdona, ahora me tengo que ir. Tengo que pensar.

Habló con él por la noche, a la hora de siempre.

El teléfono sonó una, dos, tres veces. Después oyó su voz, qué diferente, qué fría, qué distante.

—Tengo que pensar le repitió. Esto me supera, ¿lo entiendes? No lo había previsto. Tengo que pensar.

—Pero ¿y yo qué? —preguntó Eleonora. ¿No entiendes que estoy yo también? ¿O es que piensas que no tengo sueños, planes, proyectos? ¿O es que tú no estabas cuando ocurrió?

Silencio. Silencio al otro lado del teléfono, silencio en el corazón, silencio en el alma. Y entonces:

—Piensa en lo que diría mi padre. ¿Te das cuenta? Debería, deberíamos irnos. Y él se moriría. Además, me falta mucho para acabar la carrera; debería buscar un trabajo, abandonar los estudios. Ir tirando a la buena de Dios el resto de nuestra vida, tú, yo y... él.

Eleonora piensa que podrá perdonárselo todo, menos que se refiriese por primera vez a su hijo como un límite en su camino hacia la felicidad.

Guardó silencio largo rato. Oía su respiración en el auricular y le pareció un auténtico desconocido.

Al final le dijo:

—Yo no quiero perderte. No puedo perderte. Cuando lo sepas, dime qué quieres hacer.

Y colgó.

Ha pasado un día entero. Una noche, una mañana, una tarde. Ahora es otra vez de noche.

Eleonora no ha probado bocado, no ha salido, no se ha levantado de la cama, no recuerda haber dormido pero ha soñado.

Ha soñado con la muerte.

Se ha visto tendida en una cama, en el centro de una habitación. Ha visto pasar a su madre, pálida, los ojos secos. A su padre, destrozado por el dolor, incrédulo, desesperado. A los amigos de la universidad, de uno en uno, abochornados por haber perdido una ocasión, apenados por no haber tenido más tiempo.

También ha visto pasar al padre de él, al que seguía sin conocer, afligido, rígido, la sombra de la incertidumbre, la hipótesis de una culpa reflejadas en el rostro.

Pero a él no. En el sueño él no estaba.

Eleonora se pregunta si volverá a verlo.

Y suena el teléfono.

Capítulo 31

Se pasó toda la noche observándolo, pensativo, los ojos perdidos en el vacío, mientras bebía una copa tras otra, y no veía la hora de que la sala se vaciara un poco para dejar a su ayudante que sirviera solo e ir a sentarse con él.

Hacía mucho tiempo que Letizia no lo veía tan mal como cuando había llegado a la ciudad, desorientado, incómodo, afligido. Poco a poco, un día un comentario, otro día una sonrisa, se fue abriendo y se dejó conocer; y entonces surgió su naturaleza calmada e irónica, acompañada de fragmentos de muchos recuerdos de otra vida.

Con el corazón, no con la mente, Letizia sentía que Peppuccio, como lo llamaba solo ella, estaba dejando atrás la soledad; aunque con esfuerzo, pesar y dolor, poco a poco empezaba a mirar a su alrededor, como se hace tras haber sufrido una pérdida terrible. En el fondo, el hombre había dejado atrás no solo un amor, un matrimonio, sino una vida entera. Y una hija, a la que lo unía un vínculo imposible de borrar.

Había conocido hombres sin instinto familiar, que una vez lejos ya no pensaban en sus hijos más que como una carga económica. Él no era de esos.

El silencio de su hija, la barrera levantada por su mujer y la incapacidad de violar el evidente deseo de su hija de borrarlo de su vida eran heridas que no dejaban de sangrar.

Le gustaba aquel hombre. Comprendía que debía ser sincera consigo misma. Y el hecho de que el vínculo de Lojacono con su pasado fuese el mayor obstáculo para construir el presente enternece a Letizia y, de un extraño modo, la atraía todavía más a él.

En los últimos meses, noche tras noche, había visto ese dolor transformarse en un regusto, en una atmósfera del alma de Lojacono. Las melancolías imprevistas seguían ahí, pero se fueron espaciando. Nos acostumbramos a todo. Y se hicieron más frecuentes las sonrisas, las tomaduras de pelo a ella y a la ciudad, los comentarios sobre la comida. Peppuccio se estaba descongelando, pensó Letizia con alegría.

Pero esta noche volvían a hacer acto de presencia el dolor y la tristeza, densos como la niebla en invierno. Y buscaban la solución en el fondo de la botella.

Cuando por fin pudo tomarse un descanso, Letizia no perdió el tiempo:

—¿Qué quieres conseguir, el récord de copas de tinto en una noche? Y fíjate, apenas has probado la pasta. ¿Pido que te preparen otro plato? ¿Hay algo que no te gusta?

El hombre levantó la vista y la miró.

—No, no. Es que no tengo hambre.

La mujer se sentó secándose las manos en el delantal, y lanzó una carcajada fingida. Sabía que no tenía sentido hacerle preguntas: si quería, ya hablaría solo.

—Mala señal. Eso quiere decir que estás enamorado.

Lojacono calló, dando vueltas al vaso entre las manos. Luego habló.

—Cuando murió el chico y nos llamaron, yo me había quedado dormido en el catre, donde nos echamos cuando hacemos el turno de noche. No suelo soñar con Marinella, aunque siempre pienso en ella, ya lo sabes. Y esa noche, precisamente esa noche, soñé con ella.

—Letizia escuchaba con atención. ¿Y qué soñaste? ¿Cómo estaba ella?

—Como la última vez que la vi, cuando me fui y no quiso darme un abrazo. Estaba en una discoteca, al principio, luego... bueno, que el sueño no terminaba bien y no quiero recordarlo. Y justo cuando el coche en el que viajaba... oí el teléfono y me desperté. Como te puedes imaginar, sigo llevando ese peso aquí metido, en el pecho.

—Entiendo. No le des más vueltas, fue un mal sueño y nada más. Ya sabes que dicen que cuando sueñas que alguien muere le estás alargando la vida.

Lojacono sonrió con tristeza.

—Ya lo sé. Ya sé que un sueño es un sueño y nada más. Pero después vi la cara de la madre del chico. La acompañaba una mujer, una vecina, una pariente, no sé, que la sostenía. Y ella no decía nada. Pero esa cara... estaba descompuesta.

Letizia se estremeció.

—Me lo imagino, pobre Luisa. Solo tenía a ese hijo. Me han dicho que desde entonces no sale de casa, ni siquiera para hacer la compra; de vez en cuando, la gente del edificio le lleva algo de comer. Yo no me atrevo a ir a verla, a lo mejor un día de estos lo intento.

—Te comprendo. Es un dolor insoportable de ver, incluso de lejos. Era... parecía como si estuviese gritando sin emitir sonido alguno. Mejor aún, una especie de suspiro, de silbido. No consigo quitármelo de la cabeza. Con la de muertos que he visto a lo largo de mi vida. Y parientes de muertos asesinados, también, los que quieras. Pero nunca así.

—Oye, Peppu', me parece que estás dándole demasiadas vueltas. Esos chicos no son tu hija. La ciudad es malvada y, por desgracia, estas cosas pasan.

Lojacono tenía la mirada perdida en el vacío.

—Y después fui al funeral de la chica. No sé para qué fui, quería entender. Y allí también, todos los amigos, los compañeros del colegio, no sabes... fue terrible. Y la madre, la madre... en un momento dado se puso a hablar en voz alta, como si nada. Y dijo unas cosas... en fin, desvariaba. Como si se hubiese vuelto loca. Yo estaba justo enfrente y le vi los ojos. Tuve la sensación de asomarme al infierno.

Letizia decidió poner fin a aquel tormento. Le aferró la mano.

—Vamos a ver, escúchame bien. No me gusta esta historia. Estás cargando con un peso que no te corresponde, y en tu situación no te lo puedes permitir, acabarás enloqueciendo y entonces sí que no te dejarán ver más a tu hija. Los homicidios de estos dos chicos son atroces, espeluznantes, estremecedores. A saber quién los cometió y por qué. Dinero, drogas, chantajes; esta ciudad tiene muchas caras. Pero tú no tienes nada que ver, tu hija no tiene nada que ver, ni nadie que tú conozcas tiene que ver. Y no resolverás nada bebiendo hasta hacerte pedazos el hígado.

Lojacono la miró. En sus ojos oblicuos brilló una luz.

—No te das cuenta. Han escrito que es un cocodrilo por las lágrimas, pero eso es una chorrada. Es un cocodrilo, sí, pero por el método. ¿Sabes cómo cazan los cocodrilos? No nadan deprisa, tienen patas cortas y no pueden seguir a sus presas. Sin embargo, se encuentran entre los animales más antiguos que existen, prácticamente no han evolucionado a lo largo del tiempo. ¿Sabes por qué? Porque son perfectos. El cocodrilo es un arma letal perfecta.

Letizia sacudió la cabeza.

—No entiendo nada. ¿Qué tiene que ver ahora el cocodrilo? Es algo que se ha inventado un periodista.

—Sí, pero sin saberlo ese periodista ha dado en el clavo. Escúchame: el cocodrilo elige el lugar, en los pantanos, en las aguas turbias de la sabana. Elige el lugar y se toma su tiempo, mucho tiempo. El lugar donde sabe que,

tarde o temprano, la presa irá a beber. Y espera oculto bajo el agua, rozando la superficie, de vez en cuando asoma unos milímetros de morro para respirar. Y espera. Espera.

Letizia contenía el aliento. Lojacono hablaba en un susurro apenas audible.

—Al final, llega la víctima. Olfatea, mira a su alrededor. El instinto le señala el peligro, pero tiene que beber. En ese lugar, en ese preciso lugar, no ve nada de peligroso. Y baja la cabeza hacia el agua. Silencio. —En una mesa cercana alguien se echó a reír, y unas carcajadas se hicieron eco de esa risa.

Lojacono continuó.

—Así es como caza. El método del cocodrilo. Conoce los movimientos, las costumbres, los tiempos. Sabe adónde irán los chicos, cómo se pondrán. Y cuando se acercan a sus fauces, les dispara. Un solo tiro, con una pistola ligera, imprecisa. Pero no puede fallar. Porque lo ha analizado todo. Se ha preparado, vete tú a saber durante cuánto tiempo. Y como los cocodrilos, tiene sangre fría.

Letizia comprendió por primera vez el infierno que llevaba su amigo en el alma, y hasta qué punto era policía. ¿Y todo eso se lo has dicho a los demás? ¿Lo has comentado con alguien?

—No. Le dije a la muchacha, a la juez, que a mi modo de ver la camorra no pinta nada en esto. Y lo que acabo de decirte no son más que sensaciones, ideas, corazonadas. No se trabaja con la imaginación, se trabaja con hechos. ¿Qué quieres que le cuente, que como soñé con mi hija y les vi la cara a dos madres creo que el asesino no pertenece a la camorra?

Letizia analizó el comentario. En la calle el rugido de una moto desgarró la noche.

—Pues yo que tú lo comentaba. A lo mejor podrías hablar con esa juez. Por lo que me cuentas es la única que te escucha.

Lojacono sacudió la cabeza.

—Sí, claro. Esos se creen que soy un corrupto, un inepto que redondeaba el sueldo cobrando de un mafioso de poca monta por pasarle información sin importancia. Ellos cuentan con todos los datos, los informes, las pesquisas. Y yo no tengo más que un mal sueño.

—Entonces, no pienses más, deja que ellos se ocupen si son tan competentes. A lo mejor es una historia de celos, una chica enamorada. A lo mejor se gustaban, a saber. A lo mejor tienes razón y la camorra no pinta nada, a lo mejor son cosas de amores.

Lojacono guardó silencio y tras reflexionar un buen rato dijo:

—A lo mejor. En estos casos, tarde o temprano la verdad sale a relucir. Después de otra investigación, o puede que el asesino meta la pata. Pero lo dudo. Alguien capaz de preparar tan bien dos homicidios, tan seguidos, no es una persona que se deje llevar por las emociones, sino alguien que ha meditado a fondo. Se trata de alguien que ha visitado el lugar un montón de veces, que ha efectuado infinidad de controles e inspecciones oculares.

Letizia rio nerviosamente. ¿En serio? ¿Y pasando una y otra vez por un lugar como el patio del edificio donde mataron al hijo de Luisa? ¿O dejándose ver en los alrededores de la casa de la chica, a la que, por lo que he leído, mataron cerca de la entrada de un edificio apartado de la calle? ¿Y según tú nadie reparó en un asesino que merodeaba con una pistola en lugares tan apartados?

Lojacono se pasó la mano por el pelo.

—Tú vives en esta ciudad. Vives y trabajas en ella. Has nacido aquí, conoces a todos tus vecinos del barrio. Pero yo vivo aquí desde hace poco. Un año, tal vez menos. Y te digo que aquí es muy fácil ser invisible. Todo el mundo tiene miedo de verse metido en un lío que ni le va ni le viene, de modo que todo el mundo va a la suya. Probablemente no os falte razón. Pero la ciudad está llena de fantasmas que se mueven entre vosotros sin que nadie los moleste.

Letizia sonrió.

—Ahora quieres meterme el miedo en el cuerpo. Ya verás como encuentran a tu fantasma y tú volverás a dormir tranquilo.

Lojacono asintió.

—Ojalá. Porque algo dentro de mí me dice que el cocodrilo todavía no ha terminado de cazar.

Capítulo 32

Donato se armó de valor y la llamó. Habló, escuchó. Analizó los sueños, los deseos y las fantasías de ella, los vio reflejados en los suyos y los encontró intactos después de la tormenta.

Evidentemente, habría sido mejor que no hubiese ocurrido nada. Pero todo tiene remedio si dos se quieren y siguen juntos; si al final del día, aunque el viaje haya sido arduo, aflora la sonrisa adecuada.

Primero habló con su padre, fue lo más difícil.

Le contó lo del examen, pero no le dijo nada de ellos dos; no por cobardía, sino porque no le parece justo hablar de ella a sus espaldas, prefiere analizar el futuro con ella presente. Porque confía en que su padre, siempre tan contenido y mordaz, se ablande cuando vea esos ojos y esa sonrisa.

Donato cree que en la naturaleza no existe nada con la dureza necesaria para resistirse a esa sonrisa.

Ahora él también sonríe ante la preocupación de ella. Está tensa, nerviosa, agitada. Teme ese encuentro, pero Donato sabe que esos miedos son inútiles. Él mismo se había preocupado en exceso por el examen que le fue mal; su padre le hizo entender con lucidez que, siguiendo sus propias indicaciones, el profesor, su viejo amigo, esperaba la excelencia absoluta y que el aplazamiento no tenía otra finalidad que completar su preparación.

Esperaba un reproche, un estallido de ira gélida y un largo silencio, como cuando era pequeño y hacía alguna trastada; pero no, encontró comprensión y calma. Era un hombre realmente excepcional, su padre. Por eso se armó de valor y, aprovechando esa calma, le habló de ella. No le contó todo, para no comprometer su opinión, que no podía ser más que positiva; le refirió solo lo esencial. Y consiguió arrancarle la promesa de una cena.

Donato sabe que todo va bien, que todo irá bien.

Sabe que tuvo mala suerte al perder a su madre a tan temprana edad, pero que tuvo la suerte enorme de contar con el padre que tiene; y que la suerte

siguió estando de su lado al permitir que conociera a la mujer más maravillosa del mundo.

Los exámenes van y vienen, se dice Donato, mientras entra silbando en el garaje para coger el coche e ir a verla. Se hacen y se pueden repetir. La vida siempre da otra oportunidad. A partir de mañana, vuelta a hincar los codos: y esta vez va más en serio que nunca.

Porque tengo toda la vida por delante, piensa Donato, y un centenar de páginas aburridas no serán las que van a impedirme que la viva.

Toda la vida, piensa Donato. Y busca el mando a distancia de la puerta del garaje.

Capítulo 33

Tras comprobar que ya no podía seguir leyendo porque se le cerraban los ojos, Laura Piras decidió apagar la luz y tratar de dormir. Fuera la noche había enmudecido al fin, lo que significaba que eran más de las dos.

Hacía tanto tiempo que no lograba dormirse hasta la madrugada, que ya había perdido la cuenta. En otra vida.

Cuando pasaba revista a su pasado, le resultaba fácil dividir el tiempo en dos partes: antes y después.

Había sido una chica brillante, alegre. Le gustaba reír, leer, estudiar, hacer deporte, bailar.

Disfrutaba con todo. Estaba contenta de vivir, era curiosa, todo la atraía con el mismo entusiasmo de cuando era niña; y el entusiasmo tenía un nombre: Carlo.

Lo conoció en la escuela secundaria en Cagliari; un chico flaquísimo, larguirucho, con el pelo permanentemente alborotado que ella trataba de peinar sin éxito con las manos. Carlo, todo el invierno con jersey de cuello alto. Carlo, y su compromiso político apasionado. Carlo, y la obstinación de jugar al fútbol pese a ser un negado. Carlo, que la hacía reír hasta en un entierro. Carlo, que la amó desde el momento en que la vio hasta el instante en que los ojos se le cerraron.

En la oscuridad, buscando el sueño sin encontrarlo, Laura se vio recorriendo su camino con Carlo. Eran inseparables, estudiaban juntos, militaban en el mismo partido, hacían el amor. En la ciudad todo el mundo se había acostumbrado a verlos, la chica sonriente y exuberante y el chico larguirucho con gafas. Laura sonrió al recordar que querían cambiar el mundo empezando por su isla. Al recordar que nacer en una isla te hace diferente y decidido para el resto de tu vida.

Al pensar en su isla, vio sus recuerdos atravesados por una mirada oblicua y una media sonrisa que se borró antes de aflorar a su conciencia. Y ahí estaba Carlo otra vez, con las máximas notas en el bachillerato; los dos se

decantaron por la carrera de derecho, más concreta que la de filosofía y menos enrevesada que la de arquitectura.

Y después, tras terminar la licenciatura con matrícula, llegaron las oposiciones. Ella se retrasó un poco, por la enfermedad de su padre, un tumor se lo llevó después de atroces sufrimientos, y Carlo se mostró absurdamente incómodo cuando le comunicó que, con veinticuatro años, ya era juez.

Ella se rio como de costumbre y le dijo: «Ya sabes que no tardaré en alcanzarte y superarte». Y él le contestó, serio: «Ya lo sé. Ganas siempre, hasta en el billar».

Juntos analizaron los posibles destinos, y juntos descartaron Lombardía, que, indefectiblemente, le tocó en suerte. En los primeros tiempos se le hizo muy raro hablarle del sol por teléfono, estudiar sola, darse la vuelta para hacerle un comentario y no encontrarlo cerca. Pero disponían de los fines de semana. En el aeropuerto recuperaba la alegría cuando lo veía aparecer, una cabeza más alto que ella, con aquella cabellera que parecía un casco de plátanos: ¿Cómo hacen los comeplanta del Norte para tomarte en serio, con ese pelo? Y él, todo inocente: ¿Por qué, qué tiene mi pelo? Y los dos venga a reír.

En aquella época tampoco faltaban hombres que intentaban conquistarla. Laura era hermosa y siempre había lucido con orgullo una carga enorme de feminidad. Pero con alguien como Carlo no se tienen ganas de nada más. Es todo.

Ocurrió precisamente de camino al aeropuerto de Malpensa. A saber por qué. Quizá se quedara dormido. Quizá aún no se había acostumbrado a la niebla. Quizá tuvo un momento de distracción, el muy tonto del culo. El hecho es que un viernes por la mañana habló con él, la llamada apresurada de siempre para confirmarle a qué hora llegaba, y el viernes mismo, por la noche, en el aeropuerto de Cagliari, un policía de guardia se le acercó con cara de circunstancias para comunicarle que Carlo no desembarcaría del avión. Nunca más.

Una sirena lejana surcó la noche mientras Laura trataba de recordar el dolor. Era extraño: parecía una amputación, dicen que sigues notando el miembro que ya no tienes, que el cuerpo no borra la memoria del trozo perdido.

Laura cambió. Se dedicó todavía más a sus estudios, ganó enseguida las oposiciones y se fue, para poner el mar entre ella y esa pareja extraña de jóvenes que parecían el punto y la i, entre ella y el espíritu con el pelo permanentemente alborotado, entre ella y la que siempre se reía demasiado.

No quiso volver a ver a nadie más, ni parientes ni amigos. Telefoneaba a su madre de forma rápida para tener sus noticias, como quien cumple con un penoso deber; y colgaba con alivio, libre al fin hasta la semana siguiente.

Aceptó el destino, difícil y peligroso, que nadie quería. Habría podido elegir. Habría podido ir a otro lugar, a sitios más cómodos y tranquilos donde habría podido acelerar su carrera de por sí brillante. Pero no quiso. Quería trabajar, sumergirse por completo en el sueño de cambiar el mundo desde abajo, el sueño que había pertenecido a aquellos dos jóvenes.

Sabía que su actitud, las aristas que mostraba, la dureza cortante de sus respuestas eran interpretadas como soberbia: la típica juez, joven y mona, que presenta una fachada áspera y rígida para imponerse. No era así. La dureza no era más que una expresión de la noche que había descendido sobre su corazón, cuando en el aeropuerto el policía, sin parar de darle vueltas a la gorra entre las manos, le comunicó que se había quedado sola.

No quiso a nadie más a su lado. No más. No porque permaneciera fiel a un recuerdo, sino porque le parecía imposible mostrarse a sí misma a alguien que, de todos modos, jamás llegaría a conocerla como Carlo. La llamada de la carne era sorprendentemente rara y se agotaba en momentos solitarios que la dejaban sumida en una melancolía todavía más profunda. A veces pensaba que estaba envejeciendo sin darse cuenta. Se veía rígida, dura y fea y no se explicaba la fascinación que seguía ejerciendo en los hombres con los que se cruzaba, a los que indefectiblemente rechazaba sin admitir réplicas.

La noche avanzaba y el sueño fue envolviéndola como una niebla oscura. Esos chicos, esos homicidios. La prensa y su maldito Cocodrilo. No le fastidiaba el hecho en sí como las prisas que la presión mediática ejercía sobre todos. Y le constaba que las prisas solo conducen a hacer tonterías, a cometer errores.

A lo mejor tenía razón el siciliano, Lojacono, y la camorra no era la pista que debían seguir.

Lojacono. No estaba nada mal. Notó cómo la miraba, pero no le dijo nada ni siquiera cuando, siguiendo un impulso, lo invitó a tomar un café. Le parecía distinto de los otros. Era inteligente, por descontado: lo demostró en el lugar del crimen cuando fue el primero en ver los pañuelos. Y el razonamiento que hizo en el bar también era coherente. Recordaba el informe sobre él, quiso echarle otro vistazo tras regresar a su despacho: un feo asunto, un arrepentido con tendencia a hablar de más. A lo mejor lo hizo para quitarse de encima a un policía competente.

Se estremeció de pronto y se tapó con la sábana.

Allá fuera, en alguna parte, estaba el Cocodrilo, tal vez solo, tal vez seguía hambriento. Y también estaba un policía siciliano de ojos almendrados, al que imaginó igual de solo.

Cuánta gente sola en esta ciudad caótica, pensó Laura Piras.

Y por fin se durmió.

Capítulo 34

Amor, amor mío, dentro de poco partiré.

Como siempre, lo he preparado todo y estoy dispuesto a todo, incluso a regresar aquí sin haber concluido nada por culpa de algo que se tuerza a último momento.

Porque esa es la clave, amor mío. No tener prisa. No comprometer el resultado por querer concluir el plan a toda costa. Es preciso dejar que la situación se adapte al plan, el tiempo necesario es el tiempo necesario.

Si lo piensas, los diez años que pasaron han sido así. Un día tras otro de construcción, en mi cabeza, en el papel, en el ordenador, en el polígono, en el garaje. De preparación, segundo tras segundo. No preparé un plan A, un plan B y un plan C; yo preví un solo y único plan. Y antes de actuar, debo esperar a que las piezas encajen, todas las piezas.

Recorro la ciudad para hacer lo que debo hacer. La observo a escondidas, sin clavar nunca la vista en nadie, camino pegado a las paredes. Y pienso que toda esta gente que corre, impreca y maldice, que escucha música enchufada a unos auriculares y mastica chicle con los ojos ausentes, toda esta gente me protege. Soy como una pared móvil tras la cual uno puede ocultarse.

Pienso en ti, amor mío. En todo el tiempo que pasaste aquí, sola. Sin mí. Pienso en tus penas.

Falta poco, ya lo sabes. Muy poco, la verdad.

Esta vez será todavía más fácil, esta vez no existe el riesgo de que alguien salga a pasear al perro. Todavía me estoy riendo. ¿Sabes que encontré unas salpicaduras de pipí del perro salchicha en la vuelta del pantalón?

Escribirte me hace mucha compañía, quién sabe si a ti te gusta. Me reconforta el alma, tengo la sensación de estar

hablando contigo, aunque no oiga tus respuestas. Pero dentro de poco nos sentaremos frente a frente, y no pararemos de hablar, nos lo contaremos todo hasta que se nos seque la garganta.

A veces oigo tu risa. Me ocurrió muchas veces a lo largo de estos años. Me refugiaba en tu risa para no escuchar el estertor de ella.

Me he preguntado por lo que siento. Y he pensado mucho, durante mucho tiempo, en todo esto, en cada detalle, en cada consecuencia práctica, pero jamás me he preguntado qué iba a sentir. Qué sentimientos surgirían dentro de mí.

Y me parece que ahora tengo la respuesta.

No siento nada.

Te quiero, mi dulce amor, mi único amor, eso es lo único que siento. No siento alegría, ni dolor. Los veo morir, los veo caer. Los veo apagarse, perder la vida. Y no siento nada.

Me aseguro de que ocurra lo que he buscado, y me quedo a mirar. Veo a la muerte trasladarse de un cadáver a otro, veo surgir la expresión que abre el infierno en la tierra. Lo que buscaba.

Pero no siento satisfacción, ni el menor asomo de arrepentimiento.

No siento nada.

Solo siento muy fuerte el inmenso amor que te tengo.

Capítulo 35

El amanecer de un día lluvioso.

En un día lluvioso el amanecer pasa de puntillas, no se deja ver. Llega de repente y ahí está, mirándote mientras tú estabas pensando en otra cosa.

Lo notas en el aire. Ves que la noche abandona la lluvia, pasito a pasito, y de repente se ve una luz pálida, translúcida como una sábana de seda mojada.

Llega despacio, como una enfermedad. Cae sobre los árboles grises de humo, colma de lágrimas los muros, opaca los adoquines relucientes de las calles.

El amanecer de un día lluvioso corta la respiración y añade dolor a la tristeza de quien sigue despierto.

Una muchacha enamorada ha mirado cien veces el reloj, ha marcado cien veces el número de un móvil, hasta que se ha resignado a que esté fuera de cobertura y se ha dormido vestida en un sillón.

El amanecer llega bajo la lluvia y la acaricia desde la ventana, sin despertarla, con nostalgia.

Un padre se despierta y al ir hacia el lavabo descubre un dormitorio vacío y una cama intacta.

Se asusta, se asoma a la ventana, contempla el amanecer mojado y ve la puerta del garaje abierta.

Baja las escaleras en pijama y pantuflas, sale sin reparar en el agua y el frío. Entra en el garaje.

Un grito desgarró el aire.

El amanecer mojado se cierra alrededor del desgarro.

Como un sudario frío.

Lojacono no pudo evitar darse cuenta de que algo había pasado: en el callejón, a la entrada de la comisaría, había dos furgonetas y un coche con grandes antenas parabólicas en los techos, y en las puertas lucían los logotipos de las grandes cadenas nacionales de televisión. Los vehículos obstruían

parcialmente la calzada, de por sí estrecha, y un policía de uniforme discutía animadamente, aunque sin éxito, con los conductores para que se apartaran.

En el patio la cosa era todavía peor. Un pelotón de periodistas armados de micrófonos y grabadoras empujaba para entrar, y dos colegas de Lojacono bloqueaban la entrada con la vista perdida en el horizonte. Tuvo que llamar la atención de uno de ellos para que lo dejaran pasar; en cuanto se dio cuenta de que era policía, una muchacha con gafas trató de agarrarlo de la manga, pero él se soltó sin esfuerzo.

En el interior reinaba una relativa calma. Se encontró a Giuffrè balanceándose nervioso.

—¿Se puede saber qué diablos pasa? ¿A qué viene todo este follón?

El hombrecillo rio, socarrón.

—Se me había olvidado que como eres un troglodita no tienes ni radio ni televisión. ¿Cómo haces para dormir con tanto silencio? Yo me volvería loco.

—¿Quién te ha dicho a ti que duermo? ¿Me vas a contar lo que pasa sí o no?

El superintendente sacó pecho con orgullo y contestó:

—Primera noticia en el telediario nacional. El país sabe que existimos, como habrás visto. El Cocodrilo ha vuelto a atacar. Un estudiante de la parte alta del Vomero, el mismo procedimiento, esta vez ha sido en el garaje de la casa de la víctima. Probablemente ocurrió anoche, lo ha encontrado el padre, un famoso médico de la ciudad, ginecólogo, me parece, esta mañana al amanecer.

Lojacono se dejó caer en la silla.

—¿Y están seguros... no hay duda de que ha sido él?

Giuffrè asintió, serio.

—Está claro. A menos que tenga algún imitador, ya sabes que hoy en día basta con aparecer en la primera plana de los diarios para que surjan imitadores. Están todos los elementos: los pañuelos en el suelo, el casquillo de una veintidós, el disparo en la cabeza hecho a corta distancia. Esperó a que se sentara al volante y disparó antes de que pudiera cerrar la puerta del coche. En fin, que es él.

El inspector miraba al vacío.

—Otro más. Y van tres. ¿Qué se sabe del muchacho?

Giuffrè tendió los brazos en un gesto de impotencia.

—No te puedo ser de gran ayuda, solo sé lo que han dicho en el telediario, ocurrió anoche y a los periódicos les ha faltado tiempo. Se llamaba Donato Rinaldi, tenía casi veintitrés años y estudiaba medicina. Aprobaba todos los

exámenes, era un buen alumno. Vivía solo con su padre, viudo y sin más hijos, uno de los ginecólogos más famosos de la ciudad, dinero a espuestas, se vieron imágenes del chalet. Vivían en esa zona y no en Posillipo, como hacen otros tan ricos como ellos, porque así estaban más cerca del hospital donde el padre es jefe de servicio. No sé más.

—No lo entiendo: si ocurrió en otro barrio, ¿por qué están todos esos periodistas ahí fuera?

El hombrecillo puso cara de pícaro:

—Porque fuimos los primeros, por tanto, los que tuvimos más tiempo para investigar, aunque sin llegar a solucionar una mierda. Y por eso somos los más culpables, ¿no te parece? Están esperando a Di Vincenzo para despellejarlo un ratito.

—¿Y él lo sabe?

—Claro que lo sabe. Está aquí encerrado desde las siete y cuarto de la mañana, ni siquiera permite que le pasen llamadas. Me ha contado Pontolillo que la juez lo ha llamado ya tres veces. Pero él no la atiende y, además, ha apagado el móvil.

Lojacono sacudía la cabeza.

—Un padre solo. Viudo. La madre de Lorusso está sola, nunca se supo quién era el padre del chico. La madre de De Matteis está divorciada, el padre de la chica ni siquiera asistió al funeral, oí a dos personas comentar que en Estados Unidos no encontró billete de avión para llegar a tiempo. Todos eran hijos únicos.

Giuffrè estaba pendiente de sus labios, los ojos enormes a causa de las gafas de gruesas lentes.

—Lo sé, mira que lo sé, se ha puesto en marcha el engranaje del gran policía. Reflexiona, Loja', reflexiona. Estoy seguro de que eres nuestra única esperanza para salir de este agujero.

—Resígnate, Giuffrè. Entiendo menos que nadie. Me limito a relacionar los hechos que conozco, es todo.

En ese momento, el comisario Di Vincenzo pasó por delante de la puerta, en dirección a la salida.

Estaba pálido. Caminaba rígido, mirando al frente.

Un momento después, se oyó cómo el pelotón de periodistas estallaba en un griterío.

Capítulo 36

Ahora sabe que no lo verá nunca más. Su temor se ha convertido en certeza.

Eleonora se levanta de la cama, rígida. Se siente completamente sin fuerzas. Lucha con un violento mareo y las consiguientes arcadas. Se apoya en la pared, respira hondo.

Mientras se lava la cara con agua helada, nota una sensación rarísima: se ve desde fuera.

Justamente allí, en el cuarto de baño del apartamento donde vive, como si se tratara de una película, y ella la única espectadora, sentada en su butaca. Mira con indiferencia a esa mujer pálida, despeinada, con el vestido arrugado, el maquillaje corrido por el sueño y el llanto. Podría tener cualquier edad y ser de cualquier condición. La imagen misma de la soledad y el dolor.

Sola. Ahora está sola. Y asustada.

La aterra la idea de tener que enfrentarse a un mundo hostil. De tener que decidir sola y mantener su decisión. De no tener a nadie con quien compartir su situación.

Es la primera vez que le ocurre en toda la vida.

Siempre hubo alguien que se ocupó de ella, que le indicó el camino adecuado. A veces actuó según su propio criterio, pero sabía que, llegado el caso, podía contar con la ayuda de muchas personas.

Le vienen a la cabeza su familia, su pueblo. Y cae en la cuenta de que hace mucho que no piensa en ellos. Lo que entonces le parecía una cárcel, una red de constricciones, apariencias y formalidades vanas, ahora se le presenta como un puerto seguro, cercano, fácil de alcanzar. Quizá cometiera un error al marcharse; pero ya es tarde.

Se cambia de ropa con movimientos lentos y desganaos. Se echaría otra vez en la cama, dormiría horas y horas, para comprobar si logra encontrar un poco de paz en sus sueños agitados.

Pero no puede. Debe resolver el tema, por lo menos una parte de él. La más importante, la más urgente. Qué paradójico, piensa: quedarse sin él le ha

dado la fuerza para hacer lo que él quería para continuar con ella.

Empieza a reírse, despacio. Después cada vez con mayor fuerza, hasta que, exhausta, se deja caer en una silla y estalla en llanto.

Al final se estremece y se levanta. Coge el bolso, hurga en su interior, encuentra una notita arrugada en la que ha apuntado un nombre y un número.

Recuerda cuándo anotó con lápiz esos datos.

Una mañana soleada, en la universidad. Esa colega alegre, que no está en su curso, bastante mayor que ella. Rica, feliz y descarada, una de las que pasa el invierno en la facultad, total, papá paga, y algo hay que poner en el apartado de ocupación del carnet de identidad.

En las pausas entre clase y clase hablaban en grupo de la vida, los profesores, los hombres. A Eleonora no le gustaba demasiado entretenerse con esas charlas; y sus compañeras eran todas unas cabezas de chorlito. Pero en esa ocasión el sol estaba tibio y no había nubes en el horizonte.

Resultaba agradable perder el tiempo así, sabiendo que ninguna de las tragedias de las que chismorreaban las chicas le habría ocurrido a ella.

Ahora cuando lo piensa, sentada en el borde de la cama, con la nota en la mano, Eleonora siente una punzada de melancolía por la serenidad perdida.

Aquella compañera era la mayor. Parecía dueña del mundo, experta en todo. Conocía la ciudad y a toda la gente importante, se jactaba de tener acceso a quien fuera en cualquier momento. Como ejemplo de su poder contó una anécdota que ahora le viene a la cabeza a Eleonora, una anécdota prepotente y violenta como una bofetada.

Le da vueltas a la nota entre las manos. Trata de acordarse de qué pensamiento o qué presentimiento la empujó entonces a apuntar el nombre y el número de aquella chica. Después, en alguna otra ocasión, volvió a cruzarse con ella en los pasillos de la facultad, y se sonrieron. Nada más.

Y ahora, mírame, aquí me tienes. Al final tienes razón: tarde o temprano todo el mundo necesita algo.

Eleonora se levanta. Va hacia el teléfono.

Capítulo 37

El viejo se levanta del escritorio.

Desde que está allí no ha hecho otra cosa: escribir, dormir, cambiarse y utilizar el cuarto de baño. Pocos recorridos definidos en los intervalos de las largas horas dedicadas a las inspecciones oculares y el estudio de los lugares.

Tras secarse la lágrima perenne del ojo izquierdo, el viejo se detiene, aún de pie. Su mente vuela hacia lo que hizo. Lentamente, con método, lo archiva todo y se concentra en los movimientos siguientes.

Es lo que hace cada vez: vacía la mente de todos los detalles que ya no le sirven, de las cosas que se han vuelto inútiles, redundantes respecto de lo que le queda por completar. El orden, piensa. El orden es lo primero.

El muchacho, el estudiante, fue en ciertos aspectos el trámite más sencillo de despachar.

Analizó con calma sus movimientos y descubrió aliviado que él también era metódico, de costumbres fijas que nunca variaban. Una en especial: la del viernes por la noche.

Aunque el mundo se viniera abajo, los viernes por la noche el muchacho se iba a casa de su novia y regresaba muy tarde. Antes se dedicaba a estudiar, después se duchaba, se vestía y bajaba al garaje a coger el coche para ir a la otra punta de la ciudad, al apartamento de su novia. El viejo sospechaba que el padre del muchacho no sabía nada de la chica; desde la distancia de seguridad habitual había asistido a agitados diálogos de la pareja en el curso de los cuales ella le pedía insistentemente que hiciera algo y él le daba largas. A la luz de la vida que llevaba el estudiante, de casa a la universidad y de la universidad a casa, y teniendo en cuenta el hecho de que la chica no iba a la casa de él, no podía tratarse más que de una petición de oficializar la relación. Los tiempos cambian, piensa el viejo, pero al parecer no tanto.

Probablemente el muchacho le mentía a su padre diciéndole que iba a casa de un compañero de la facultad para estudiar hasta tarde. Daba igual, lo importante era que los viernes, a las doce de la noche, el padre se iba tan

tranquilo a dormir y no se preocupaba demasiado si su hijo no había regresado todavía.

El viejo vuelve a pensar en cómo decidió que el garaje era el lugar ideal para definir la cuestión.

La puerta se cerraba automáticamente un minuto y cuarenta segundos después de que el coche cruzara la verja del chalet, que a su vez permanecía abierta un minuto. En resumidas cuentas, disponía de cincuenta segundos para entrar sin problemas en el jardín, recorrer el sendero del lado en que las cámaras de seguridad quedaban tapadas por las ramas sin podar de los árboles, comprobar que no hubiese nadie mirando desde las ventanas y colarse en el garaje.

Lo había hecho por lo menos tres veces, eran las pruebas técnicas de un homicidio. La expresión le provoca una sonrisa fugaz. Qué divertido.

El interior del garaje era perfecto. Amplio, con espacio para dos coches, pero con uno solo aparcado, el del muchacho, porque el padre dejaba el suyo en el lugar reservado a tal efecto delante del chalet. Un montón de trastos, un armario y una motocicleta tapada con una lona. La elección del viejo recayó precisamente en el lugar detrás de la moto: hasta la puerta del conductor había medio metro, no más. Se había prometido no disparar nunca desde una distancia superior al metro; para colmo, con el silenciador, su pistola no garantizaba la absoluta precisión que necesitaba.

La ayuda adicional le vino del mando a distancia, quizá con poca batería, que funcionaba solo desde fuera del auto y no con la puerta del coche cerrada; de modo que el momento adecuado era cuando el muchacho, tras subir al auto y abrocharse el cinturón, abría el portón del garaje antes de cerrar la puerta del coche.

Quizá la parte más agotadora, piensa el viejo, fue esperar el amanecer para observar al padre bajar las escaleras, en pijama y con esas ridículas pantuflas, verlo entrar en el garaje y encontrarse con el espectáculo. Pero era necesario. Después pudo volverse para el hotel, tras salir por el sendero de peatones, sin olvidarse, claro está, de ponerse guantes: no podía arriesgarse a fracasar por culpa de la huella de un pulgar en la llave de apertura de la verja, aunque sabe bien que sus huellas, como el ADN, no sirven de nada si no hay con qué compararlas. Pero más vale prevenir, ¿no?

Nunca se sabe.

En esta fase, la prudencia es necesaria. Y la prudencia es la clave para poder llegar hasta el fondo.

El viejo debe reconocer que sus fatigas han dado un resultado satisfactorio. Todo ha sido hecho de forma limpia, impecable. Pero ahora empieza la parte interesante.

Se vuelve hacia el armario, se acerca solemne y abre la puerta. Sube el estante de madera y accede al hueco del fondo al que fijó una cajita de plástico en la parte inferior del mueble; sabe que en el hotel las limpiezas son superficiales y veloces, pero más vale prevenir, ¿no? Nunca se sabe. Así que es mejor prepararse para lo peor.

De la cajita saca la pistola, una Beretta 71 con cañones intercambiables, oportunamente modificada para albergar el silenciador que él mismo construyó, siguiendo las instrucciones que encontró en una web eslovaca escrita en inglés.

Sonríe fugazmente al pensar en el trabajo que le costó traducir las instrucciones, operación mucho más difícil que la propia construcción del silenciador. Desmonta el arma y la limpia con cuidado, lubrica los engranajes encima de un paño desplegado en el escritorio. No puede correr el riesgo de que se encasquille en el momento crucial. La vuelve a montar con precisión y cuidado, comprobando su funcionamiento. La carga. Piensa que la utilizará dos veces más. No muchas, a fin de cuentas. La deja en la cajita y vuelve a colocar todo en su sitio, a salvo de la curiosidad de la descuidada limpiadora que cada dos días sube a arreglarle la habitación.

Cada cuatro días paga la cuenta, para no llamar la atención de la recepcionista. Ha llegado a la conclusión de que es el tiempo adecuado para crear la impresión de provisionalidad que aleje de él las sospechas del personal. El viejo de la segunda planta, siempre a punto de marcharse, pero que sigue aquí unos días para descansar.

De pie frente al armario, respira hondo. Una vez que ha limpiado la pistola para borrar los rastros del último uso, limpia también su mente y su memoria, borra todo lo que se refiere a la muerte del estudiante. Cada detalle es eliminado con método, ya no sirve. Después enumera todo lo que necesita saber del próximo movimiento, que completará en los días siguientes con inspecciones oculares y la recogida de todos los detalles, hasta los más nimios. Si uno dispone de un método que ha resultado efectivo, piensa, no debe cambiarlo.

Por lo demás, hasta en la televisión lo han dicho: el Cocodrilo. Yo soy un cocodrilo. De manera que mi principal característica debe ser la frialdad.

Tras respirar otra vez, se dirige a la ventana.

Recorre los dos metros que lo separan de ella y, por primera vez desde que llegó, descorre las cortinas un par de dedos.
Y se pone a observar el otro lado de la calle.

Capítulo 38

Di Vincenzo volvió a entrar al cabo de pocos minutos; el clamor de los periodistas, alternado con los silencios del comisario, resultó ensordecedor. Entró con cara pálida e inexpresiva: no sabía adónde ir a parar.

Giuffrè se había enterado por su amigo de la secretaría de que la juez Piras iba a pasar por la comisaría a lo largo de la mañana, y le había pedido que avisara al comisario de que esperaba encontrarlo en su despacho. El ambiente estaba francamente muy cargado.

Lojacono esperó un poco, después salió y abordó a la mujer gafuda que había querido entrevistarle y que en ese momento guardaba con tristeza la grabadora semivacia. Tras dejarle claro que no sabía nada del Cocodrilo que ella no supiera, le pidió datos del último homicidio.

La periodista, una freelance llamada Ornella Cresci, aceptó acompañarlo al bar a tomar un café.

—Es una historia fantástica dijo, en una época en la que, dejando de lado algún muerto de la camorra en los barrios habituales, no pasa nada interesante, y de pronto aparece un asesino en serie de chicos, que deja su firma y, encima, llora. ¿Se imagina? Un artículo de premio periodístico, que promete hacer época. Y la policía... disculpe, pero es la verdad... la policía investiga en los ambientes de la camorra, mientras que los miembros de la camorra se caen de espaldas. ¡Una pasada!

Lojacono insistió:

—¿Y este último homicidio? ¿Qué se sabe de la víctima?

Ornella Cresci era diminuta y muy delgada, las gafas constituían casi la tercera parte de su peso; pero tras asegurarse de que pagaba el inspector, se apoderó de una pizzeta y se la zampó a grandes bocados.

—Pues... un chico como tantos. Magnífico estudiante, con una nota media muy alta, claro que era hijo de un médico famoso, y ya se sabe que entre ellos se hacen favores, ¿no? Llevaba los cursos al día, no tenía amistades peligrosas, al parecer se dedicaba por entero a la universidad, a su

casa y a la novia, una buena chica, no era de aquí, llevaban un par de meses saliendo. Hijo único de padre viudo, como se comenta. ¿Puedo tomar otra? Es que anoche no cené.

—Sí, sí, adelante. Coma despacio o se va a atragantar. ¿Y el padre?

—Gracias. Tráigame un agua con gas, por favor. ¿El padre? Es un ginecólogo rico y famoso, el preferido de las mujeres de futbolistas y profesionales, tiene una espléndida consulta en la via dei Mille, imagínese. Tendría que haberlo visto esta mañana. Salió para pedirnos que lo dejáramos en paz, que nos marcháramos de su casa: estaba hecho polvo. Calculo que tendrá unos cincuenta años, pero aparentaba cien. No tenía más hijos, su mujer murió hará cosa de veinte años y no ha vuelto a casarse, dudo mucho que se recupere. Cuando te encuentras en estas situaciones te preguntas qué sentido tiene ahorrar dinero, hacer carrera, conseguir fama.

Lojacono asintió. Un esquema que se repetía.

—¿Y el delito? ¿Cómo hacen ustedes, los periodistas, para estar tan seguros de que se trata del Cocodrilo?

—La muchacha se echó a reír esparciendo trocitos de *pizza* hasta el barrio de al lado. Alcanzado en la solapa, un cliente asiduo la miró con asco. ¿Bromea? Todo encaja: los pañuelos, el casquillo. Y como dicen ustedes, el *modus operandi*: el lugar apartado, la vigilancia, la velocidad en la ejecución, el tiempo para largarse sin que lo molestaran, la hora avanzada. No faltaba nada. Fue él, como me llamo Ornella, y ahora pido un café cortado, no, mejor un capuchino. Puedo, ¿no?

El inspector hizo una seña en dirección a la caja para indicar que él pagaría. El cajero asintió, abriendo los ojos como platos para subrayar la voracidad de la mujer.

—¿Y cómo entró, por el garaje?

—No. Esperó a que el chico abriese con el mando la última vez que guardó el coche, sobre las dos de la tarde, por lo que recuerda el padre. Y debe de haberse metido después que él. Según averiguamos gracias a un colega suyo de la científica, que se ocupó de la inspección del lugar. Se ve que se sentó detrás de una moto aparcada y cubierta con una lona. Allí fue donde encontraron los pañuelos. Rico, el capuchino; mejor le pongo otras dos cucharaditas de azúcar. Por los rastros hallados, parece que esperó hasta eso de las nueve, cuando el muchacho entró en el garaje para coger el coche y salir, entonces aprovechó y le descerrajó un tiro en la sien.

—¿Uno solo?

La muchacha tragó.

—Uno solo, obviamente, como las otras veces. Porque ya sea por su capacidad de cálculo o por pura chiripa siempre se encuentra a pocos centímetros de la cabeza de las víctimas. En esta ocasión parece que no fueron más de treinta centímetros. Disculpe, ¿me puede poner un poco de leche? Déjela, no se la lleve, gracias. Lo bueno es que se marchó tan tranquilo, a pie, porque en el sendero no encontraron huellas de neumáticos que no pertenecieran a los coches del médico y de su hijo.

—¿Y qué se sabe de los pañuelos?

La muchacha dio un largo sorbo al capuchino, y después le echó más leche.

—Son pañuelos normales, de los que se compran a los negros en los semáforos. Nada especial. Por lo que se ha podido averiguar hasta ahora, parece ser que no llora después de haber disparado, como hacen los cocodrilos, es obvio que los cocodrilos no disparan, es un decir; sencillamente le lagrimean los ojos. A lo mejor tiene conjuntivitis, yo soy alérgica y lo entiendo. A propósito de su jefe, por las pocas declaraciones que nos ha hecho, me parece que está realmente desesperado, no sabe ni por dónde empezar. Es así, ¿no?

Lojacono se encogió de hombros.

—Ni idea, yo me ocupo de otros asuntos. De todos modos, no me parece fácil resolver un caso así. Hay que comprobar los vínculos entre los chicos, las posibles relaciones entre ellos, buscar alguna conexión. Suponiendo que exista, claro; porque nada excluye que pueda tratarse de un loco, un maníaco que sale con una pistola, se esconde en huecos oscuros y espera a que pase alguien para meterle un tiro en la sien. Corren tiempos extraños, ¿sabe?

Ornella había terminado el capuchino y ya estaba picoteando pensativa las galletas saladas que el camarero acababa de poner en la barra, pues no faltaba mucho para la hora del aperitivo; el cajero tendió teatralmente los brazos.

—En efecto, eso también es posible. No se puede excluir ninguna posibilidad. Pero la idea es más bien que ese tipo, el Cocodrilo, está cumpliendo un plan. No tiene pinta de ser de los que actúan sin ton ni son, yo lo veo un tipo organizado. ¿No le parece?

—Le repito, ni idea. Preguntaba por preguntar, pura curiosidad. Disculpe, pero tengo que volver al despacho. ¿Quiere tomar algo más?

—No, gracias, prefiero mantenerme ligera. Pero si quiere más datos, a lo mejor puede invitarme a comer o a cenar. Le dejo mi tarjeta.

Al regresar a la comisaría, Lojacono se encontró con Giuffrè, que se balanceaba de tal modo que daba la impresión de estar saltando:

—Eh, Loja', ¿se puede saber dónde coño te habías metido? Di Vincenzo te ha mandado llamar tres veces: quiere que vayas ahora mismo a su despacho.

Capítulo 39

Orlando Masi pensaba en su padre, fallecido diez años antes. Había sido un hombre importante, riguroso, de trato difícil, poco dado a las efusiones y a manifestar sus sentimientos. Una de esas personas que, ante la sola idea de tener que tratarlo, inspiran temor.

Pues bien, el viejo ingeniero Masi, que había exigido lo máximo de su hijo hasta el punto de hacerse odiar, que había sido severo hasta la crueldad, cuando se encontró al borde de la muerte, derrotado por un mal que se lo había comido desde dentro hasta convertirlo en una larva, había querido quedarse a solas con Orlando.

Había levantado la mano para posarla en la cara de su hijo, con firmeza, como para comprobar la consistencia de su piel más que para acariciarlo.

Después le había dicho:

—Un hijo. Me has partido la vida en dos. Después de que llegaste, nada volvió a ser como antes. Nada, ¿me entiendes? Nada.

Orlando había esperado. Aquello le había parecido una introducción, como si su padre se dispusiera a decir algo más. Pero el viejo había bajado despacio la mano y se había adormecido.

Durante mucho tiempo creyó que se había tratado del desvarío de un hombre al borde de la muerte. Pero cuando sintió que le fallaban las piernas, cubierto con una bata que le quedaba corta de mangas, presa de las náuseas tras haber visto y oído parir a su mujer, de pronto comprendió con claridad lo que el viejo ingeniero había querido decir.

La vida partida en dos. Nada vuelve a ser como antes.

Mientras subía por la via Orazio empujando el cochecito bajo un sol pálido, y se aseguraba de que la humedad del aire y el frío punzante no penetraran el protector de plástico que lo cubría, observaba la nariz minúscula de su hija Stella. Y pensaba que no había nada más bonito, ni más milagroso sobre la tierra.

En apenas siete meses su vida había cambiado en todos los aspectos.

Tal vez al observador poco avisado la existencia de Orlando le habría parecido igual que antes. Su trabajo como ingeniero jefe en una gran empresa constructora; su mujer, la dulcísima Roberta, querida por cuantos trataban con ella incluso un solo minuto; la hermosa casa, con jardín incluido algo muy raro en la ciudad, que él mismo cultivaba con escrúpulo y atención. Todo hermoso, todo tranquilo.

Y sin embargo, todo había cambiado desde el momento en que habían puesto en sus brazos aquella cosita sucia y vociferante, envuelta en una toalla. Su hija. Stella.

En ese preciso momento había elegido el nombre, por superstición nunca habían hablado de ello con Roberta. En los largos años de tratamiento, de intentos por tener ese hijo que no llegaba, ni una sola vez fantasearon con el nombre.

Su mujer siempre había sostenido que a uno de los dos se les ocurriría en cuanto lo vieran, y le había tocado precisamente a él. Stella. Porque una estrella sirve de guía, y en el preciso instante en que la tuvo entre sus brazos, comprendió que a partir de ese momento cada paso que diera en la tierra iría en dirección a ese pequeño envoltorio vociferante.

Mientras sonreía y respiraba la humedad de la que protegía a la niña, Orlando pensó que la vida sabe ser maravillosa. Y dirigió un afectuoso pensamiento a ese padre huraño, cuya dureza le había servido para no perderse.

Sin duda, había vivido momentos en que esa dureza le había parecido una carga demasiado pesada de sobrellevar; ciertas imposiciones le habían parecido incomprensibles. En otras ocasiones, la idea de la desaprobación paterna lo había mantenido alejado de decisiones que, de haberse sentido más libre, habría tomado.

Cuando quiso ser futbolista profesional. Cuando quiso dar la vuelta al mundo. Cuando quiso cursar filosofía en la universidad. Y naturalmente cuando...

Pero ya no quería pensar. Había tardado un poco más, sin duda. Y bien mirado algunas cosas habrían podido ser más fáciles con la ayuda de ciertas amistades que su padre no había querido utilizar, convencido de que en la vida todo debía lograrse con esfuerzo. La vida no regalaba nada, pensó Orlando mientras atacaba el último tramo de la cuesta y pasaba por delante de la puerta del hotel.

Después de la cuesta se encontraba el lugar más seguro del mundo: su casa. Y Roberta, con un té caliente. Y sobre todo, su maravillosa Stella a la

que ver sonriendo.

Capítulo 40

Un pálido Di Vincenzo estaba sentado a su escritorio. Ordenaba una y otra vez las carpetas como si en ello le fuera la vida. Lojacono, que esperaba en el umbral a que le dieran permiso para entrar, sintió pena por él: la que le había caído encima superaba a todas luces su capacidad.

—¿Se puede? ¿Me ha mandado llamar?

—Ah, Lojacono, sí. Pase, siéntese. Y cierre la puerta.

Aferrado al usted, para mantener la distancia adecuada. A los otros mandos los tuteaba. Por lo demás, a Lojacono ya le iba bien así.

—Voy al grano. Por algún motivo que escapa a mi comprensión, la juez Piras quiere que se incorpore usted a la brigada que se ocupa de esta maldita investigación, la de los homicidios relacionados entre sí, en los que estamos metidos a causa de Mirko Lorusso, el menor asesinado de un disparo en la cabeza. Creo recordar que es porque usted, contraviniendo mis órdenes, aunque mejor dejémoslo correr, fue el primero en presentarse en el lugar de los hechos. Por eso nos han llamado de la jefatura provincial de policía para asistir a una reunión dentro de media hora.

El malestar del comisario por verse obligado a convocar a Lojacono era manifiesto. No ocultaba su irritación: los labios apretados, sus ojos evitaban los del inspector.

—Dispone de poco más de diez minutos añadió Di Vincenzo, para que Savarese, que se ha ocupado hasta ahora de la investigación, le pase toda la información de que disponemos. Poca cosa, me temo; imagino que estará al tanto de la mayor parte porque los diarios se han hecho eco del asunto con abundantes artículos, y no hablemos de las entrevistas de televisión y a saber cuántas cosas más. Con esto no quiero decir que lo hayan hecho mejor. Pero al parecer nosotros somos más culpables porque el primer delito de sangre ocurrió aquí. Qué absurdo.

Lojacono hizo ademán de ir a ponerse de pie.

—Entonces, dottore, me voy a hablar con Savarese...

—Un momento, Lojacono. Dígame una cosa, ¿qué le dijo la juez Piras el otro día cuando fueron al bar? Y sobre todo, ¿por qué la invitó?

Lojacono sopesó la pregunta. No dudaba de que Di Vincenzo se había enterado de inmediato del episodio; lo que le sorprendía era que hubiese tenido el valor de hacerle la pregunta.

—Sus informantes no son exactos; deberían haberle contado que fue la juez la que me invitó y no al revés. Quería más detalles de mi primera inspección ocular, es todo. Pero yo no tenía nada que añadir a mi informe. Y aprovecho para aclararle que esa noche yo estaba de servicio, cubriendo las guardias que usted autorizó. Y no tengo ningún interés en participar en ninguna investigación: salvo orden contraria. Como la que acaba usted de darme. ¿Me puedo retirar?

A Di Vincenzo se le tiñó el cuello de rojo; aparte de ese detalle, el hombre no dejó traslucir emoción alguna. Señaló la puerta con un gesto vago.

—Puede retirarse. Nos vemos en el coche dentro de veinte minutos.

El breve trayecto hasta la jefatura provincial de policía transcurrió en silencio. Los documentos recibidos de un Savarese contrariado y hostil no añadían mucho a lo que Lojacono ya sabía.

Habían sometido a análisis balístico el casquillo y el proyectil extraído en el curso de la autopsia de la cabeza de Lorusso; quedó confirmado el calibre del arma, una veintidós. Las copias de los informes correspondientes al otro homicidio, enviados por fax, corroboraban la coincidencia. El arma era la misma. También habían llevado a cabo una búsqueda en el IBIS, con un *software* innovador que compara las pruebas, y no cabía duda.

Los pañuelos no decían mucho.

Además de los residuos de líquido probablemente lagrimal, había trazas de células epiteliales de descamación producto del frotamiento de los párpados. La secuencia del ADN, completada en unos plazos ajustados teniendo en cuenta la urgencia que imponían los crímenes en serie, confirmaba la relación entre las pruebas, pero, por desgracia, en el banco de datos no constaba ninguna filiación que permitiera descubrir a un probable culpable.

Ningún rastro dactiloscópico: en las prendas de los chicos y el casco de Lorusso solo hallaron las huellas de las propias víctimas. El Cocodrilo no había tocado nada o se había puesto guantes.

Faltaban los datos del tercer homicidio, demasiado reciente; pero Lojacono sabía que ya contaban con las confirmaciones necesarias, de lo contrario no habría estado allí.

Sentado en el asiento posterior, al lado de Savarese, un cincuentón corpulento, perpetuamente ceñudo, el inspector se preguntaba por qué la juez Piras había decidido convocarlo. No tenía la impresión de haber demostrado poseer una perspicacia especial, ni de estar en posesión de capacidades peculiares; el único motivo podía radicar en el hecho de que desde el principio, más por una corazonada que por un razonamiento, había opinado que no se trataba de delitos atribuibles a la camorra. Era evidente que el tercer homicidio había convencido también a la juez.

Una vez en la jefatura superior de policía siguieron a Di Vincenzo, que sabía adónde ir, y los llevó a una sala del segundo piso. Alrededor de una mesa cubierta de documentos se encontraban sentados cuatro hombres de paisano, una mujer armada de cuaderno y bolígrafo y la juez Piras, que los saludó con un gesto.

—Muy bien, ya están aquí. Creo que se conocen todos; el inspector Lojacono ha venido porque lo he convocado yo, después les diré por qué. Lojacono, estos son los comisarios que se ocupan de los delitos y los encargados de las investigaciones de cada departamento; para ganar tiempo, les pido por favor que se presenten ustedes mismos, a medida que vayan interviniendo. Ha sido necesario convocar esta reunión porque el último delito, el cometido en la parte alta del Vomero, creo que arroja una luz distinta sobre la situación, de modo que debemos prepararnos.

Un hombre atildado, no demasiado joven, intervino un tanto molesto.

—Scognamiglio, comisario de la via Manzoni. Dottoressa, quiero aclarar antes que nada que no estoy tan convencido de que la dirección de las investigaciones anteriores no sea adecuada. Gracias al interrogatorio de Antonio Ruggieri, llevado a cabo por el colega Di Vincenzo, pudimos comprobar que Mirko Lorusso, la primera víctima, vendía droga delante del colegio donde estudiaba Giada De Matteis, la segunda asesinada. Me parece que como relación es más que suficiente para continuar.

La juez lo miró con frialdad.

—Scognamiglio, Ruggieri declaró también que Lorusso no era más que un miembro marginal, un pequeño aprendiz de camello que no había realizado más de tres salidas con ese encargo. Y no existen indicios y mucho menos pruebas de que los dos se conocieran, ni de que De Matteis, una chica a la que tanto su madre como sus compañeros definen como absolutamente intachable, consumiera drogas. Además, el último homicidio, el de Rinaldi, resulta completamente ajeno a los dos primeros, aunque está bien claro que tiene la misma factura. ¿No es así, Palma?

El hombre interpelado era el tercer comisario allí presente, un cuarentón de aspecto desaliñado, con los puños de la camisa desabrochados y cara de quien lleva más de veinticuatro horas sin pegar ojo.

—Diría que sí. En vista de la urgencia, los de la científica han emitido ya el informe balístico: el proyectil y el casquillo se corresponden. La colega que dirige el departamento, con la que acabo de hablar, me comentó extraoficialmente que los análisis de las pruebas, me refiero a los pañuelos, confirman que se trata de la misma persona. De momento no sabemos nada más.

La juez asintió.

—Efectivamente. Según lo previsto, entonces. Ahora todo depende de la rapidez con la que consigamos reordenar nuestras ideas y formular nuevas hipótesis, en este sentido...

Di Vincenzo carraspeó:

—Disculpe, dottoressa, pero permítame que deje constancia de que coincido con Scognamiglio. Descartar tan rápidamente la pista de la camorra al día siguiente del homicidio de Rinaldi, sin haber comprobado antes las posibles conexiones del estudiante con las otras víctimas, me parece cuando menos apresurado. Opino que antes deberíamos permitir que Palma y su gente hagan las comprobaciones del caso, y aplazar esta reunión, que podríamos mantener luego de forma más restringida, sin apartar a los colegas de las investigaciones.

El breve discurso de Di Vincenzo cayó en el silencio como una piedra. Todos paseaban la mirada por la sala sin posarla nunca en la cara de la juez Piras. Lojacono no tuvo ninguna duda de que Di Vincenzo se refería a él cuando habló de reunión más restringida. La juez Piras golpeteó la mesa con el bolígrafo al tiempo que asentía; el inspector ya la conocía lo suficiente para comprender que era su manera de canalizar la ira y contener el estallido de rabia.

—Di Vincenzo, usted tuvo más tiempo que los demás para reflexionar sobre los homicidios, así que debemos escucharlo con atención.

La clara referencia al fracaso de las investigaciones fue como una bofetada. El comisario siguió impasible, pero tragó saliva. La juez continuó diciendo:

—No obstante, hay algunos datos que me inclinan a cambiar de rumbo. Primero: la prensa nos está vapuleando de lo lindo. Todos los periódicos, telediarios y webs se sienten autorizados a tacharnos de incompetentes. La gente está molesta, el homicidio siempre es algo grave, pero cuando se trata

de jóvenes, lo es todavía más. Segundo: nos encontramos en un punto muerto. Nadie dice que no se investigarán adecuadamente todos los elementos de la vida de Rinaldi, pero debemos empezar a pensar también en algo más, de lo contrario corremos el riesgo de que se nos escapen aspectos fundamentales. Como tal vez haya sucedido ya. Tercero, lo más importante: este maldito Cocodrilo que, dicho sea de paso, como animal siempre me ha parecido repugnante, tal vez no haya terminado. Y la verdad, Di Vincenzo, corríjame si me equivoco, creo que no estamos en situación de prever sus movimientos.

Calló e hizo una pausa cargada de significado.

No había apartado la vista de la cara de Di Vincenzo, que le sostuvo la mirada.

—Por último, y espero que sea la primera y la última vez que me veo obligada a recordarlo, la investigación la coordina una servidora. En caso de que quiera un consejo o una opinión, la pediré. A menos que haya alguien que se considere más adecuado, en cuyo caso puede ponerlo por escrito y cursar un informe al señor fiscal. ¿Alguien tiene esa intención? Me gustaría saberlo, por favor.

El silencio podía cortarse con cuchillo.

—Aclarado ese punto, les debo la explicación sobre la presencia del inspector Lojacono. En calidad de funcionario de guardia fue el primero en presentarse en la escena del crimen de Mirko Lorusso. En esa ocasión constató la presencia de los famosos pañuelos. Tras el asesinato de la joven De Matteis hubo alguien que tuvo la gentileza de filtrar el dato a la prensa, dando así pie a la creación del ya célebre Cocodrilo. Nos reunimos más tarde, en la comisaría de San Gaetano donde presta servicio, y en el curso de esa reunión tuve la impresión de que no se inclinaba por considerar que la camorra está detrás de esos delitos. Mientras la investigación seguía esa dirección, no me pareció oportuno implicarlo; pero ahora que, de hecho, no sabemos a qué carta quedarnos, creo oportuno escuchar a todo aquel que tenga alguna idea, la que sea.

Scognamiglio, el comisario de Posillipo, se removió en el asiento, contrariado:

—Vamos a ver, dottoressa, de ese modo nos descalifica, tenga paciencia. Hay una investigación en curso. Marotta, mi subcomisario, interrogó a un centenar de chicos para reconstruir el fenómeno del tráfico de drogas en las inmediaciones de los colegios de la zona, se rompió los cuernos a base de bien y usted ahora viene a decirnos que no sabemos a qué carta quedarnos.

Esta vez la juez Piras no se preocupó por disimular su irritación. Golpeó la mesa con la palma de la mano haciendo saltar bolígrafos y lápices y dar un brinco a su secretaria.

—¡Maldita sea, Scognamiglio! ¿Se rompieron los cuernos a base de bien y qué consiguieron? ¡Nada! ¡Absolutamente nada! Y siguen muriendo chicos de distintas edades, de distintos barrios, sin que entre ellos haya un nexo aparente. ¡Por culpa de nuestra incapacidad hay tres muertos y a lo mejor habrá más! Deberían ser los primeros, usted, Palma, Di Vincenzo, en mostrar cierta humildad y aceptar ayuda, de quien sea. Si no le parece bien, puede marcharse, el jefe de policía o yo misma le comunicaremos directamente el curso que deberán seguir las investigaciones.

Pasado el huracán, se contaron las víctimas.

Scognamiglio tenía las orejas coloradas y la vista baja. Di Vincenzo parecía una estatua de granito.

Marotta, adjudicatario de los interrogatorios de los chicos, cuyos cuernos rotos estaban en tela de juicio, parpadeaba con una frecuencia equivalente a la de las alas de un colibrí; por un momento, Lojacono temió que rompiera en llanto. Palma se abrochó velozmente el cuello de la camisa, como si fueran a pasarle revista.

La juez carraspeó y siguió hablando como si tal cosa.

—Como les decía, creo que Lojacono no seguía la misma línea de investigación. Por favor, ¿quiere contarnos por qué?

El inspector estaba medio repantigado en la silla, con las manos en los bolsillos del sobretodo que, contrariamente a los otros, no se había quitado, quizá para subrayar la precariedad de su presencia.

—Para mí, dottoressa, los delitos no reúnen las características de los homicidios de la mafia. Por su procedimiento, quiero decir. Y, tal vez, por el móvil.

Di Vincenzo resopló y murmuró, venenoso:

—Y de mafia usted sabe mucho, Lojacono.

El inspector no dio señales de haber acusado recibo. La juez Piras se volvió hacia el comisario de forma brusca.

—Otro comentario como ese, Di Vincenzo, y como hay Dios hago que lo suspendan. Y si digo que lo hago no me provoque, por favor. Se arrepentiría amargamente. Lojacono, ya me había manifestado su perplejidad, y por otra parte, nosotros también habíamos notado la diferencia en el procedimiento de actuación. También es cierto que no sería la primera vez que el crimen organizado utiliza a profesionales de fuera, por llamarlos de alguna manera,

para llevar a cabo ciertas operaciones. Aparte de eso, ¿tiene algo más que contarnos?

Se hizo un silencio. Todos miraban a la juez, que miraba a Lojacono, que a su vez miraba la mesa. Al final, el inspector levantó la vista y dijo:

—¿A alguien se le ha ocurrido que las víctimas podrían ser los padres y no los hijos?

Capítulo 41

Ella ha hecho el gorrito rosa, lo ha tejido con dos agujas. Igual que el vestidito, que ha abrochado hasta el cuello antes de enfundar a la niña en el enterito acolchado y meterla en el cochecito.

Roberta echa un poco de menos el tiempo dedicado a la espera del acontecimiento. Horas y horas buscando modelos, tejiendo, bordando. Y sonriendo mientras imaginaba. No es para menos, piensa, después de tantos años. Una serie infinita de días en pos de un único deseo, de un solo pensamiento: tener un hijo. Sostener entre los brazos un pedazo de ti misma dotado de vida propia, de aliento propio. Disfrutó de cada minuto del embarazo, de cada patadita, cada malestar le pareció una bendición.

Hay mujeres que no están hechas para la maternidad: Roberta había conocido a muchas.

Profesionales dedicadas a su carrera, deportivas, enamoradas de la vida nocturna o coleccionistas de aventuras, que jamás hubiesen puesto en juego su libertad por un ser débil y necesitado de atención continua.

Pero también hay mujeres como ella, cada vez menos en un mundo donde triunfa el individuo y el egoísmo: las mujeres nacidas para ser madres.

No es que Roberta haya tenido que renunciar a su profesión o a su carrera. Cumplió con su trayectoria, empleándose a fondo como arquitecta, primero en un estudio y después como profesional autónoma; obtuvo sus satisfacciones, algunas relaciones y un gran amor; pero siempre tuvo la sensación de moverse alrededor de un cráter, de un vacío en el centro de su vida.

Roberta echa un vistazo fuera: la temperatura es aceptable, no llueve; es más, un rayo de sol se filtra entre las nubes e ilumina el sendero frente a la puerta de su casa. Stella puede salir a tomar un poco del aire nuevo que viene del mar.

Stella. Tan pequeña y tierna, la meta de toda una vida.

Roberta recuerda cuando le diagnosticaron que era estéril, diez años atrás. No se lo creyó ni por un momento; no lloró, no se hundió en la depresión. Sonrió y de inmediato se armó para la lucha.

Al otro lado de la calle, el viejo abandona las sombras y echa a andar. Debe poner atención, hoy no hay mucha gente entre la que esconderse.

Una no se pasa la juventud esperando al hombre adecuado, el gran amor con el que finalmente formar una familia, para después resignarse ante una frase escrita en una hoja de papel. Ni en sueños.

Roberta no se resignó. Involucró a Orlando en su lucha; su marido la siguió, pero muchas veces se vio obligada a avivar su determinación. Ya se sabe, para los hombres es distinto. Para ellos un hijo se vuelve importante cuando ya está, no antes; en cambio la mujer nace con el instinto de la maternidad. Así lo quiere la naturaleza.

El viejo se para en seco, porque la mujer está remetiéndole una manta en el cochecito. A diez metros, al otro lado de la calle, ni un centímetro menos. Invisible. Debe permanecer invisible.

Orlando. Lo conoció en el trabajo, una sonrisa, una mirada algo más insistente y surgió la magia.

Era quince años mayor que ella; seguro, fuerte, sensible. El hombre adecuado, el marido adecuado. El padre adecuado. A la idea de la familia, a la idea concreta, se llega gradualmente, piensa Roberta. Se la desea en abstracto, pero cuando se trata de construirla, de ponerla en pie, la cosa cambia. Hubo alguna historia en el pasado de Orlando; él hablaba poco del tema, pero se notaba que las cicatrices seguían allí; por otra parte, conocer a un hombre como él que a su edad siguiera solo hacía pensar en un pasado difícil. Y la larga enfermedad de su padre, al que estaba muy unido y al que ella no había conocido, acabó marcándolo.

Sin embargo, un sentimiento muy fuerte los unió de inmediato. Quizá llevaban toda la vida buscándose. Quizá ese tiempo había servido precisamente para que se esperaran.

De ninguna manera iban a detenerse ante el primer diagnóstico. Roberta siempre supo que iba a ser madre; y que tendría un hijo suyo, sin necesidad de recurrir a la adopción, a viajes esperanzadores, a mercados de niños que la horrorizaban. Un hijo suyo.

El viejo reemprende la marcha, arrastrando los pies, la vista baja, pegado a las paredes de los edificios. Nadie lo conoce. Nadie lo ve. Diez metros, ni uno más, ni uno menos.

A Roberta siempre le gustó dibujar, por eso eligió arquitectura. Y siempre dibujó la cara de su hija, no dejó de hacerlo ni siquiera cuando el segundo y el tercer médico confirmaron el diagnóstico del primero.

Ella escuchaba, sonreía y buscaba otro médico.

Entretanto, seguía dibujando. Orlando mandó enmarcar los retratos más bonitos, aquellos que, como un presentimiento de la belleza futura, como un presagio, recordaban vagamente los rasgos maravillosos de su hija, y ahora estaban colgados en el cuarto rosa, ese donde conservan al más preciado de los tesoros.

El viejo se detiene cuando la ve entrar en una tienda. Retrocede un poco hasta un banco, saca el diario del bolsillo y se pone a leer. Pero no lee. Observa y espera.

Al final acabaron encontrando al médico adecuado. Nunca se dieron por vencidos, claro está. Tras sonreír, ese médico les explicó que con una pequeña intervención y un tratamiento farmacológico tendrían una gran probabilidad de conseguir el objetivo; lo dijo exactamente con esas palabras: Roberta recordaba el sonido de su voz como un coro de ángeles.

El viejo incumple la regla que se ha impuesto y se acerca; la mujer se ha refugiado en un recoveco detrás de un portón para cobijar a la niña del viento, de modo que no lo verá. Ocho metros, cinco, tres. Así está mejor. Se apoya en la pared, como si estuviese recobrando el aliento tras una larga caminata. Saca el pañuelo, se seca una lágrima de la mejilla y luego se restriega el ojo. Ya ve mejor.

La niña abre los ojos y sonríe a su mamá. Stella.

El espectáculo más hermoso del universo.

Roberta aceptó enseguida la decisión de Orlando, no habría podido encontrar un nombre mejor. Stella. Luminosa, bellísima. Una luz en la noche, la más intensa. Su estrella polar, la que le señalará el camino el resto de su vida. La hija deseada, querida, buscada. El sueño hecho realidad.

No resiste la tentación y la besa antes de tumbarla en el cochecito. La niña pía como un pollito, y sonríe otra vez.

El viejo mira a la niña. Es la primera vez que tiene la oportunidad de hacerlo tan de cerca; el riesgo vale la pena. Es graciosa, nariz diminuta, mejillas regordetas.

El viejo busca un sentimiento, aunque sea una emoción. No encuentra nada.

Sus ojos permanecen inexpresivos, la mano que sostiene el pañuelo no tiembla. Mira la sonrisa de Roberta y piensa que esa mujer debe de ser una

buena persona, de las que aman el mundo. Por lo tanto, tiene fe en el mundo.
El viejo vuelve sobre sus pasos. Por lo menos diez metros, calcula.

Capítulo 42

Las palabras de Lojacono cayeron sobre la mesa como una bomba. Todos lo miraron como si acabara de pronunciar una palabrota.

El primero en reaccionar fue Scognamiglio, el comisario de Posillipo.

—¿Qué diablos dice usted, como se llame? —ladró—. ¿Qué tendrán que ver los padres?

Di Vincenzo resopló y volvió los ojos al cielo.

Palma, el jefe del Vomero, se inclinó hacia delante:

—¿Y por qué, ya que estaba, el Cocodrilo no se los cargó directamente a ellos?

Scognamiglio se volvió hacia él, rabioso:

—Oiga, Palma, ¿ahora usted también lo llama Cocodrilo? ¿Es que vamos a dejarnos influenciar por la prensa como todo el mundo?

La juez Piras no apartó en ningún momento la vista de la cara de Lojacono, que, a su vez, se puso a contemplar el tablero de la mesa, como un alumno llamado a capítulo por el director.

—¿Qué quiere decir, Lojacono? ¿En qué sentido las víctimas podrían ser los padres?

Lojacono levantó la vista y miró a la juez.

—Creo que solo hay una cosa peor que la muerte: perder a un hijo. Es una pena de la que uno no se recupera nunca.

Di Vincenzo murmuró entre dientes:

—Hay que jorobarse, ahora toca filosofía.

La juez le lanzó una mirada aviesa, y el comisario apartó la vista. Inesperadamente Lojacono retomó la palabra.

—Tres hijos únicos. Tres padres solos. La señora Lorusso, madre soltera. La señora De Matteis, divorciada, su ex vive muy lejos. El padre de este chico de ayer, según me dicen, es viudo.

Laura se volvió hacia Palma:

—¿Lo confirma usted? ¿Es cierto ese dato sobre el padre del joven Rinaldi?

El comisario del Vomero asintió, absorto.

—Sí, creo que sí. Seguramente vivían los dos solos. La verdad es que nos centramos en las modalidades del delito. Perdona, Lojacono, ¿usted cómo lo sabe?

El inspector se encogió de hombros.

—Por una periodista de las que esta mañana montaban guardia delante de la comisaría. La invité a café.

A la juez Piras le tembló un músculo de la mandíbula.

—Bonita costumbre esa de conseguir información tomando café. Habrá que tenerla en cuenta. ¿De qué más se ha enterado por esa periodista?

El tono cortante de la juez no escapó a la atención de los presentes, que se miraron desconcertados. Lojacono contestó como si tal cosa:

—Que el tal doctor Rinaldi está destrozado, vacío, sin ninguna gana de sobrevivir, al borde de la locura. Igual que las señoras Lorusso y De Matteis.

Scognamiglio soltó:

—Dottoressa, ¿realmente tenemos que estar aquí escuchando estos desvaríos? Han asesinado a tres jóvenes, a lo mejor elegidos al azar, a lo mejor porque era fácil acceder a ellos, a lo mejor porque por algún motivo participaban en el mismo negocio de trapicheo. Debemos contar con el tiempo necesario para investigar a fondo; a lo mejor este Rinaldi tenía algún contacto que podría permitirnos relacionarlo con los otros dos. Estamos perdiendo el tiempo.

Lojacono se dirigió directamente a él.

—Cierto, a lo mejor ese es el camino. Pero nadie nos prohíbe valorar esta hipótesis, ¿no? Eso no implica dejar de investigar, faltaría más. Pero si yo quisiera que alguien tuviese un destino peor que la muerte, le mataría a su hijo.

Palma se rascó el mentón en el que comenzaba a notársele una sombra de barba.

—Tiene razón, este último homicidio no parece guardar ninguna relación con los dos anteriores. Y aunque será laborioso, podríamos empezar a investigar también la vida de los padres. En el fondo, no perdemos nada.

Di Vincenzo le rebatió fríamente:

—Habla por ti si cuentas con más hombres que asignar a tu caso. Por mi parte, tengo a toda la plantilla investigando al chico, y su madre es una simple

enfermera a domicilio, una pobre mujer que, seguramente, no puede haberle hecho mal a nadie.

La juez Piras consideró oportuno intervenir:

—Hay algo que me deja perpleja. Estos homicidios se llevan a cabo de una forma extraña, curiosa. He estudiado el *modus operandi*, los movimientos, las costumbres; el último asesinato también confirma esta impresión. Por una parte tenemos un análisis, una preparación, una atención que parecen fruto de un trabajo de organización largo y minucioso. No puede tratarse únicamente de una cuestión de suerte, de no ser visto por nadie, de disparar a tiro hecho y quedar impune en tres ocasiones nada menos. Por otra parte tenemos unos comportamientos que hablan a las claras de un aficionado, como los pañuelos o el arma utilizada. Es incoherente.

Lojacono se enderezó en la silla.

—Exacto. Un cuadro que encaja con alguien que dispuso de mucho tiempo para prepararse, pero que es cualquier cosa menos profesional. Un chantajista, por ejemplo. O alguien que quiere vengarse de algo. Pero no es un criminal de oficio.

Todos reflexionaron sobre el intercambio entre Lojacono y la juez Piras; intentaron modificar su planteamiento, tras haberse basado durante días en las conjeturas sobre la conexión con la camorra de los dos primeros homicidios. Intervino Savarese, con el ceño fruncido, como si estuviera ofendido.

—Muy bien, supongamos que la camorra no tiene nada que ver. ¿Cómo hace alguien para moverse con tranquilidad en tres lugares apartados, sin tránsito, donde los vecinos se conocen más o menos entre ellos, o bien donde no hay vecinos como en el caso de Rinaldi, cómo hace para matar a tres chicos y levantar campamento sin que nadie lo vea? ¿Me lo puede explicar?

—Savare', en esta ciudad es mucho más fácil de lo que tú crees pasearse por ahí sin que nadie te vea. En todo caso eso nos ayuda. Tenemos que buscar a alguien anónimo, un hombre común desde todos los puntos de vista.

La juez asintió.

—Según usted, Lojacono, ¿qué deberíamos hacer? ¿Cuál debería ser nuestro próximo movimiento?

El inspector no pareció percatarse de los gestos de irritación de Scognamiglio y Di Vincenzo. No apartaba la vista de la cara de la juez.

—En mi opinión, lo primero que hay que hacer es someter a un careo a los tres padres. Y a ver si así descubrimos qué los une, o qué los unió en el pasado.

Scognamiglio extendió los brazos con impotencia.

—Absurdo. Absurdo. Someter a un interrogatorio a tres personas que acaban de sufrir una desgracia de ese calibre, como si fueran criminales. ¡Y a un careo, nada menos! Interroguémoslos al menos por separado; mencionemos los nombres con discreción, vayamos despacio. La señora De Matteis tiene amistades importantes, lo mismo que el profesor Rinaldi. Podemos meternos en camisa de once varas, yo lo aviso.

Palma asintió.

—Es verdad. En mi comisaría recibimos algunas llamadas telefónicas, una de ellas desde aquí, de la jefatura. Tampoco sería sencillo interrogar individualmente al profesor sobre su pasado, y menos someterlo a un careo con otras personas. Por no mencionar el hecho de que no creo que esté en condiciones de soportarlo, esta mañana parecía haber muerto él también, tenía los ojos como platos y una cara que mejor no les cuento.

Scognamiglio no podía creer que lo respaldaran en su perplejidad.

—Y de la señora De Matteis mejor ni hablar; creo que su declaración ni siquiera sería fiable, es probable que haya perdido el juicio.

Lojacono asintió.

—Me lo imagino. Y me hago cargo, tienen razón. Pero es necesario, no queda más remedio, y debemos darnos prisa.

—¿Por qué? —preguntó Di Vincenzo—. No se van a escapar. Podemos esperar a que se recuperen. Tenerles un poco de consideración.

—Es sencillo. Porque el Cocodrilo, o como queramos llamarlo, podría no haber terminado su trabajo.

Esta vez el silencio que se produjo en la sala adquirió los tintes del miedo. Al final la juez Piras anunció con calma:

—Haremos lo siguiente: ustedes seguirán analizando el caso, pero ampliando el campo de investigación, sin pasar por alto ni un solo rastro, deberán mirar también en otras direcciones no relacionadas con la camorra, algo que de todos modos habríamos hecho después del tercer homicidio. Olvídense de la citación de los tres padres, de eso me ocuparé yo directamente, así no recibirán presiones. Del interrogatorio me encargaré yo con Lojacono, que a partir de este momento queda asignado a esta investigación.

Di Vincenzo estuvo a punto de protestar, pero la juez lo mandó callar con un gesto.

—Hemos terminado por hoy. Pueden retirarse.

Capítulo 43

No basta. Saber lo que hay que hacer, haber decidido. No basta.

Eleonora lo ha descubierto en carne propia.

Ha esperado hasta último momento. Una llamada telefónica, una palabra. Ha esperado que la recogieran y se la llevaran, ha esperado oír una palabra de aliento. Aunque más no fuera para decirle que no está sola en esta cuesta tan empinada, en esta montaña altísima que deberá escalar.

Pero nada, solo silencio. Ha luchado contra el deseo de romper el silencio, levantar el auricular o directamente presentarse ante él, en la puerta de esa casa que no conoce. Y decirle: Aquí estoy.

Aquí estamos. Ahora dime tú qué quieres que haga. Y dímelo claramente, no dejes que lo deduzca por tu ausencia.

No es por orgullo por lo que no lo ha hecho. El orgullo se le murió hace días, desde el momento en que vio el desconcierto y el miedo reflejados en los ojos de él. Y el recelo. Tal como había decidido hacía días una parte de ella, en ese mismo instante debería haberles dado la espalda a él y a sus sueños y salir corriendo. ¿Y qué hubiera hecho después?

Si hubiese tenido el coraje que no tiene, habría tenido el niño. Habría regresado al pueblo, desafiado las miradas de desaprobación y el júbilo secreto de aquellos que habían envidiado su independencia, su talento y sus ganas de afirmarse.

Si hubiese tenido el coraje que no tiene, habría buscado en la mirada de su madre, de su padre, la nueva conciencia de sí misma. La antigua ternura y un sentimiento nuevo, y la aceptación de ver reorganizados sus sueños.

Si hubiese tenido el coraje que no tiene, habría sabido olvidarse del amor, poco a poco, y habría esterilizado su alma contra los sentimientos y el miedo a la soledad, que ahora nota adherida a las paredes de su corazón como una incrustación irremediable.

Si...

Pero no tiene ese coraje en el alma. Solo dolor y silencio.

Mientras busca el número bajo la lluvia piensa en el dolor y el silencio. Y en lo paradójico que le parece que, en definitiva, si tiene ese niño, encontrará la fuerza de enfrentarse a la desaprobación de su familia, a las murmuraciones de la gente de su pueblo, incluso al abandono, a la vergonzosa huida del hombre que ama cuando se vio ante las responsabilidades de un adulto. Y si no lo tiene, se condenará para siempre al silencio y a la ausencia de toda caricia.

Su compañera, la que está al tanto de todo, supo dónde mandarla, y por quién preguntar. La llamó al cabo de diez minutos con una dirección y un número de teléfono. Solo le quedaba por resolver lo del dinero.

Disponía de un solo recurso, de una sola persona a la que pedir ayuda. No recurrió a él, al hombre lo bastante adulto para hacerle un hijo, pero no lo suficiente para traerlo al mundo.

Recurrió al otro. Al hombre al que estaba acostumbrada a pedir ayuda y a confiarle sus penas y sus pensamientos más recónditos. Aunque sabía que le infligiría una herida mortal. Aunque sabía que lo condenaría a saber para siempre aquello que permanecería secreto para todos.

Fue a él a quien quiso contárselo. Solo a él. Y consiguió el dinero, enseguida.

Ahora, delante del portón cerrado y de un interfono sin el nombre escrito, bajo una lluvia fina que penetra en el corazón como una aguja, en el silencio de su propia alma y en el desierto de su corazón. Ahora.

Ahora debe encontrar la fuerza para decir adiós a sus sueños, y a la chica sonriente que fue.

Ahora debe encontrar la fuerza para decir adiós a su niño.

Capítulo 44

Lojacono se durmió al fin.

Se pasó el resto del día leyendo informes, actas y documentos relacionados con los otros delitos.

Di Vincenzo le preguntó con brusquedad si necesitaba un despacho, pero él prefirió quedarse en su escritorio. Podía concentrarse y, de todos modos, el trajín era más bien limitado. Giuffrè no cabía en sí de gozo, y de vez en cuando le hacía alguna pregunta sobre el Cocodrilo, a la que él no contestaba.

No había respuestas. La documentación corroboraba lo que ya se sabía. Y cuanto más lo pensaba, más se afirmaba Lojacono en la idea de que entre los tres chicos no existía ninguna relación.

El día siguiente iba a ser una fecha señalada: los padres se verían por primera vez. El inspector confiaba en que se reconocieran, que pudieran desvelar la relación que les permitiría enfilar el camino adecuado.

Hubiera sido mejor descansar; no era fácil. Al cabo de un año, por fin podía volver a hacer su trabajo, para el que estaba preparado, el trabajo que había querido hacer desde que era niño. Debía reconocer que notaba crecer en su interior un entusiasmo, una euforia que no esperaba. El instinto del cazador.

Se tendió en la cama y jugueteó con el móvil.

Repasó los pocos números de la agenda y se detuvo, como siempre, en uno. La pantalla indicaba: «Marinella». La imaginó en el dormitorio donde nunca la había visto, en la nueva casa de Palermo, concentrada en la lectura de sus extraños libros de amor; o chateando en el ordenador con alguna amiga. Sonrió en la oscuridad y se durmió.

Soñó que volaba, transportado por el teléfono móvil como si fuese un reactor o una alfombra voladora. Sobrevolaba en silencio el golfo envuelto en la noche, la costa de Calabria; cruzaba el estrecho, a una decena de metros sobre el agua que separa la isla del continente. Soñó que volaba sobre Mesina dormida, que en pocos segundos recorría el camino que lleva a Palermo.

Llegaba desde el mar, desde el puerto. Cruzaba la via Crispi y subía por la via Notarbartolo, recordando en el sueño la elegancia de los edificios, las grandes tiendas con las persianas bajadas.

Recorría la via Leonardo da Vinci donde, por lo que sabía, Sonia había decidido vivir. En el sueño sabía el número, y aterrizaba suavemente en el balcón del dormitorio de su hija.

Entraba. De espaldas, inclinada sobre el escritorio, Marinella no lo veía. No quería asustarla y se quedaba mirando la curva de su espalda. El corazón se le encogía de ternura, notaba que inclinaba la cabeza hacia un lado, como cuando era niña. Entonces echaba un vistazo al dormitorio y sus ojos se detenían en la puerta entornada de un guardarropa, un cuartito oscuro.

Desde el interior del trastero un par de ojos amarillos observaban a la muchacha.

Eran ojos de reptil, con la pupila vertical, sin movimiento de párpados. Lojacono miraba hipnotizado, incapaz de moverse. No conseguía apartar los ojos y no podía intervenir: como ocurre en las pesadillas, estaba paralizado. Su hija seguía escribiendo, concentrada, ajena al peligro. La puerta del trastero empezaba a abrirse despacio.

En el sueño Lojacono gemía, en el sueño su boca no emitía sonido alguno. Presa de la desesperación, comprendía que el monstruo se disponía a salir de la oscuridad y devorar a su hija.

De repente, a su espalda, oía dos disparos de pistola y en la oscuridad veía cerrarse los ojos amarillos. Como liberado de un encantamiento se daba la vuelta y veía a la juez Piras en perfecta posición de tiro, las piernas ligeramente separadas, el cuerpo inclinado hacia delante, el revólver reglamentario firmemente asido con ambas manos. Lo miraba y le sonreía. Le parecía preciosa.

Se despertó sobresaltado, empapado de sudor.

Se levantó, fue a la ventana y la abrió.

Cuatro plantas más abajo, la calle estaba reluciente por la lluvia. Vio parpadear las luces de un camión de la basura y a dos barrenderos que enganchaban los cubos al mecanismo de carga.

Paseó la vista por encima de los tejados, en dirección a las luces encendidas en la noche. Estás en alguna parte, ahí fuera. Lo noto, lo sé. Es posible que todavía no hayas terminado con tu horrible tarea. Debo detenerte.

Desde el mar llegó el silbido de la sirena de un barco que zarpaba. Lojacono pensó en Sicilia y en Marinella.

Los dos estamos aquí solos. De lo contrario alguien te habría visto, te habría reconocido. Pero eres invisible, igual que yo. Esta ciudad no es más que un maldito muro detrás del que tú te resguardas, y yo no consigo derribarlo.

Pero te voy a encontrar.

Puedes estar seguro.

Capítulo 45

Estaban citados a las diez. A la juez, que se había encargado personalmente de telefonar, le habría gustado darle al profesor Rinaldi algo más de tiempo para digerir, al menos en parte, el terrible trauma de la pérdida. El funeral de su hijo, cuya autopsia seguía en curso, no podría celebrarse hasta el día siguiente; y no se podía esperar tanto.

Para su sorpresa, y contrariamente a lo que Scognamiglio había imaginado, se encontró con la colaboración inmediata de los tres padres de las víctimas. Bastó con decir que el encuentro era fundamental a los fines de la investigación.

Lojacono llegó a la jefatura temprano, directamente de su casa. Tenía pinta de haber dormido poco y mal. La juez Piras lo recibió enseguida.

—A ver, Lojacono, ¿cómo pensamos proceder? ¿Los recibimos a todos juntos?

—Lo que nos urge comprobar es si se conocen, si hay una relación entre ellos. El contacto entre los tres podría ser la causa de todo. No debemos dar por sentado que sean conscientes de ello, ni que se acuerden enseguida; para ellos podría ser algo irrelevante, un acontecimiento de hace mucho tiempo. Lo que debemos comprobar en esta fase es si se conocen. Solo eso. Después, si fuera así, profundizaremos.

La juez se pasó la mano por los ojos.

—Estoy cansada, Lojacono. Cansada y preocupada. ¿Ha visto los diarios de esta mañana? Un periódico ha llegado incluso a entrevistar a un experto en perfiles criminales estadounidense que ha llegado a la conclusión de que los pañuelos no son más que una puesta en escena, y que probablemente el asesino es un loco que volverá a matar. El tono de los artículos, de los telediarios, es amenazante.

Lojacono se encogió de hombros.

—Pero eso, dottoressa, nos importa hasta cierto punto, ¿no? Lo importante es que averigüemos si este asesino tiene intención de volver a

matar y detenerlo a tiempo. Para eso debemos comprender por qué ha matado, y qué esquema ha seguido.

La juez sacudió la cabeza.

—No, no es así. El ruido de la prensa, de los órganos de información, cubre al asesino. Nos paraliza y nos influye; y así, él puede actuar en paz. Debemos darnos prisa antes de que todo se pudra. Incluso tengo miedo de que nos aparten de la investigación y envíen a algún asesor de Roma. En estos tiempos se presta atención a la imagen.

Lojacono sonrió, sarcástico.

—No lo pongo en duda. Por eso debemos darnos prisa. Yo diría que hagamos lo siguiente: que pasen de uno en uno, observamos sus expresiones. Después hablaremos sin tapujos, les diremos cuál es el motivo que, en nuestra opinión, puede relacionar los delitos. Y a ver qué opinan.

La mujer se mostró perpleja.

—Le diré una cosa, Lojacono. Que conste que pienso apoyar y comprobar hasta el fondo su idea, pero no es el único camino posible. Oyó lo que dijeron ayer sus colegas, ¿no? Existe siempre la posibilidad de que la camorra tenga algo que ver, o que se trate simplemente de un loco que mata al azar, en barrios distintos para no crear alarma. Los padres de los chicos tienen acceso a los diarios, a las televisiones; dos de ellos seguramente cuentan con amistades importantes. Yo no los pondría al corriente de su teoría y no permitiría ni remotamente que pensaran, incluso por su propio bien, que estamos dando palos de ciego.

El inspector reflexionó un momento.

—De acuerdo, como usted quiera. Nos limitaremos a observarlos y a hacerles alguna pregunta neutra. Pero si no averiguamos la relación, no estaremos en condiciones de detener al Cocodrilo. Lo sé yo y usted también lo sabe.

Antes de que la juez Piras pudiera contestarle, la secretaria asomó la cabeza y anunció la llegada del profesor Sebastiano Rinaldi, padre de la tercera víctima.

El ginecólogo era un hombre muy elegante, de entre cincuenta y sesenta años. Llevaba un impecable traje gris, corbata azul y, doblado sobre el brazo, un impermeable mojado. El cabello gris, largo y peinado hacia atrás, le daba un aire de autoridad. Lucía un esmerado afeitado. La imagen cuenta, había dicho la juez Piras; Lojacono pensó que se encontraba ante una confirmación de esa tesis.

Todo perfecto menos los ojos. Una ventana abierta a la desesperación y el dolor. La emoción que emanaba de ellos convertía en grotesco el cuidado con el que trataba de enmascarar su auténtico aspecto: el de un hombre destrozado.

Tratando de evitar su mirada, la juez lo invitó a sentarse en una de las cuatro butacas que rodeaban el escritorio.

—Profesor Rinaldi, en primer lugar lo acompaño en el sentimiento. Y le pido disculpas por haberlo citado tan pronto; pero necesitamos ganar tiempo para llevar lo antes posible al asesino ante la justicia...

El hombre se sentó, rígido. Su voz era áspera y ronca.

—Señora, quiero decirle una cosa, y quiero decírsela ahora mismo. Mi vida terminó ayer. Tras la muerte de mi mujer, Donato, mi hijo, es... era el único motivo por el cual me levantaba por las mañanas e iba a trabajar. Preparaba su futuro minuto a minuto. Conocía su vida, lo que hacía, sus pensamientos, y puedo asegurarle que nada, nada de lo que era o pensaba puede haber dado pie a... a lo que pasó. En las últimas veintiséis horas no he pensado en otra cosa. He repasado su vida minuto a minuto y nada ni nadie tenía el menor motivo para quitársela.

El sonido de las palabras inundó el aire como un olor pestilente. Como perdida en sus pensamientos, la juez Piras se miraba las manos, abiertas sobre el escritorio. Levantó entonces la vista, y Lojacono notó en la voz de la juez una dulzura que no imaginaba.

—Lo comprendo, créame. No tengo hijos, pero lo comprendo. Usted sabe que el de su hijo es el tercer homicidio; por lo que creemos, ha sido cometido por la misma persona. No sabemos si el asesino ha terminado o no con esta... esta secuencia. Debemos pensar en lo peor, de manera que solicitamos su colaboración. Este es el inspector Lojacono, uno de los encargados de la investigación. Si no le importa, le hará algunas preguntas.

Rinaldi fijó la mirada en Lojacono, como si en ese preciso instante acabara de percatarse de su presencia. El inspector leyó en sus ojos el dolor, pero también la incapacidad de entender y la rabia.

—No podré descansar hasta que se castigue a quien lo haya hecho. Cueste lo que cueste.

—Pregunte usted, inspector.

Lojacono no perdió tiempo en preámbulos.

—Doctor Rinaldi, tengo que hacerle una pregunta concreta, y le ruego que no la tome como una ofensa. No tiene más finalidad que la de alcanzar el objetivo común. Acaba de decir que ha reflexionado mucho sobre la vida de

su hijo, y que no encontró ningún motivo para lo que, por desgracia, ocurrió. ¿Es así?

El médico asintió con un lento movimiento de la cabeza.

—Sin duda. Desde hacía un par de meses tenía una novia; me había hablado de ella de pasada, supongo que se proponía volver a hacerlo cuando las cosas fuesen más en serio. Me informé, una buena chica. Ha venido a mi casa esta mañana, estaba destrozada. He tenido que ser yo quien le diera ánimos a ella, ¿se lo imagina?

—Lo lamento. Pero mi pregunta es otra y tiene que ver con usted. Le ruego que piense bien antes de contestar. ¿Había alguien que, por algún motivo, lo odiara tanto como para decidirse a hacer algo así?

La pregunta fue recibida con un silencio. El hombre no cambió de expresión, inmóvil y rígido en la silla, el impermeable sobre el regazo.

Contestó:

—Ahora lo entiendo. Ha llegado el momento de hurgar en las vidas ajenas, ya que en la de los chicos no hay nada.

La juez consideró oportuno acudir en auxilio de Lojacono.

—No, doctor Rinaldi, no es así. La cuestión es que debemos analizar todas las posibilidades. Usted es un hombre importante, con una gran notoriedad, y trabaja en relación con la salud de las personas: si alguien hubiese tenido motivos para descargar en usted su rabia, habría podido pensar en vengarse de este modo. ¿Y de paso matar a otros dos jóvenes que no tenían nada que ver para ocultar su verdadero objetivo?

—¿No le parece exagerado, señora?

La juez no cambió de expresión, pero endureció el tono.

—¿Tiene usted alguna hipótesis mejor? ¿Puede indicarnos algún otro camino?

El médico estuvo callado un momento. Después se volvió hacia Lojacono:

—No, inspector. No se me ocurre que nadie me odiara hasta el punto de... perdone. De poner fin a la vida de mi hijo. La señora tiene razón, trabajo en el sector de la sanidad, a veces algunas intervenciones no terminan bien. Pero he sido afortunado; nunca me ha ocurrido, como a otros colegas por lo demás muy competentes, ser acusado de un error médico. Con el tiempo he conseguido un buen número de pacientes que pertenecen a un ámbito, llamémoslo, restringido. Tuve la ventaja de ocuparme de situaciones que, en la mayor parte de los casos, no eran muy urgentes, por tanto, con un bajo margen de error. Cuento con el apoyo de las estructuras hospitalarias, de modo que, en la medida de lo posible, no corro riesgos en mi trabajo.

Lojacono asintió.

—¿Y por lo que respecta a lo demás? Situación financiera, inversiones, por ejemplo. O afectos.

La juez sacudió la cabeza. Rinaldi inspiró hondo, y contestó.

—Inspector, abusa usted de mi paciencia. Le contestaré porque me he comprometido a hacerlo, pero lo haré solo por esta vez. Tras la muerte de mi mujer, hace muchos años, me dediqué por entero a mi hijo y a mi trabajo. De la gestión de mi dinero se ocupa un asesor fiscal, antiguo amigo de mi familia, que me ha aconsejado no invertir con grandes riesgos ni con entidades privadas. Pueden comprobarlo, está todo declarado. No me intereso por los detalles, solo me fijo en el estado de cuentas a final de año y, que no salga de aquí, me limito a comprobar que el importe sea mayor que el del ejercicio anterior. Probablemente, de ahora en adelante, ni siquiera eso. Por lo que respecta a los afectos, como usted las llama, nada de nada. No me hubiera sentido con ánimos de proponerle a mi hijo una figura alternativa a su madre, que era maravillosa en todos los sentidos. Y ahora, a mi edad, ya no siento la necesidad de tener a nadie.

Lojacono pensó en el Cocodrilo y encontró el valor.

—Lo lamento, doctor Rinaldi. Pero créame cuando le digo que lo único que quiero es atrapar a ese mal nacido. Y si tengo que quedar mal, quedaré mal sin que eso me preocupe. De modo que no puedo pedirle disculpas por la indiscreción.

Inesperadamente, Rinaldi hizo una mueca que podía interpretarse como una sonrisa.

—El que se disculpa soy yo, inspector. La del orgullo es una enfermedad fea, que no tiene cura. Pensaré en sus preguntas, descuide. Y si en mi pasado llegara a encontrar algún aspecto que pudiera conducir a... a lo ocurrido, lo llamaré enseguida.

La juez intervino:

—No me queda más remedio que abusar un poco más de su paciencia, profesor Rinaldi. Hemos citado a las madres de las otras dos víctimas, y quisiera que las viera un momento. Quisiera decirles algo a todos juntos. ¿Podría ser tan amable de esperar?

Rinaldi asintió.

—Creo que no tengo nada más importante que hacer, señora. Estoy a su disposición.

En ese momento se asomó la secretaria y dijo:

—Han llegado las dos señoras.

Capítulo 46

Amor, amor mío:

Ya casi estamos. La última vuelta del tiovivo.

Bonita metáfora, tienes que reconocerlo.

Adecuada, ¿no? Aunque pensándolo bien, tal vez no. Todavía es pronto para el tiovivo.

He abierto por fin la ventana. No demasiado, digamos que me he limitado a descorrer un poco las cortinas.

Me impresiona un poco el panorama de esta ciudad. Parece un telón de fondo de cartón, como esos que usan en los programas televisivos de cuatro cuartos. Y en realidad no hay nada de nada.

Todos caminan con la cabeza gacha, corren, si se miran, lo hacen con odio o con miedo. A mí me va estupendamente, claro está, tú sabes lo que debemos hacer; pero ¿ellos? Recuerdo tus palabras, cuando me hablabas de la gente de aquí, y, como de costumbre, estoy de acuerdo contigo. Tienes más razón que un santo.

Pero no dispongo de tiempo para pensar en estas cosas. Tengo mucho que hacer, ¿sabes? No puedo distraerme con nada.

Ayer hice un primer esquema, creo que tendré que abandonar la idea de hacerlo con él en casa.

Demasiado peligroso, demasiadas variables.

Esta vez no es como las otras, solo tendré una posibilidad y no puedo fallar. Así que puse manos a la obra y transcribí todos los horarios y los desplazamientos. No es fácil, porque él tiene un trabajo que varía, visita las obras, se mueve, no tiene horarios fijos. Para colmo, a veces se queda en casa toda la tarde, lo veo desde aquí.

Juega con la niña.

Es raro, ¿no te parece? Que un padre que ya no es tan joven esté tan encandilado con su hija.

Si tienes un instinto tan fuerte, si para ti es tan importante, lo piensas antes, ¿no te parece? En fin, eso no es importante para nosotros, amor mío.

Para nosotros, lo importante es que yo casi he terminado y dentro de poco podré volver a abrazarte.

Ella, en cambio, parece una mujer de otra época, me recuerda un poco a mi madre. Es madre de los pies a la cabeza. Deberías verla cuando mira a la niña, se transforma, parece tener una luz interior.

Se me ocurre que voy a tener que equiparme de una forma algo diferente a lo que había previsto.

Pero no te diré cómo, quiero dejar un margen para que te sorprendas, si no, es de lo más aburrido.

En cualquier caso, falta realmente poco.

Cuestión de días.

Apenas unos días.

Amor, amor mío.

Capítulo 47

Lojacono se concentró al máximo, consciente de que el primer momento en que los tres se vieran sería decisivo. Ordenó que en cuanto las dos mujeres llegaran a la jefatura las acompañaran a dos salas distintas; quería captar si al producirse el encuentro alguno de ellos daba una señal de reconocimiento o incertidumbre.

Junto con la juez Piras evaluó la posibilidad concreta de que Rinaldi y De Matteis se conocieran. Formaban parte de la gente bien de la ciudad cuyo ambiente era más bien reducido, por tanto, era prácticamente imposible que no hubiesen coincidido nunca.

De Matteis entró acompañada de un policía.

Como en el funeral de su hija vestía con esmero, iba bien peinada y discretamente maquillada, lucía un traje chaqueta oscuro de corte elegante y un pañuelo de seda alrededor del cuello. Se cubría los ojos con unas gafas de sol. Lojacono recordó su expresión alucinada la última vez que la había visto. Al entrar, saludó con una inclinación de la cabeza a la juez Piras, que ya la había interrogado, y luego reconoció a Rinaldi y le tendió la mano.

—Ah, doctor Rinaldi. Me he enterado. Mi más sentido pésame.

Rinaldi esbozó una sonrisa con los labios que no se reflejó en sus ojos y estrechó brevemente la mano de la mujer.

—Señora. Yo también la acompaño en el sentimiento.

Solo conocidos, concluyó Lojacono. Los dos no compartían más que amistades en común. No obstante, preguntó:

—¿Se conocían?

Rinaldi se volvió hacia él:

—Coincidimos en unos actos benéficos, y creo que en un par de fiestas. No hago mucha vida social, y la señora De Matteis no es paciente mía.

La señora lo confirmó asintiendo.

—Así es, creo que la última vez fue hace más de un año, en casa de los Piromalli, si no recuerdo mal.

Nada por ese lado. La mujer ocupó una butaca y Rinaldi volvió a sentarse rígido como antes. Los dos se mostraban incómodos por su mutuo dolor.

La falta de familiaridad les impedía dar rienda suelta a la pena como hubiesen querido: la larga y arraigada costumbre de mantener las formas lo impedía. Era una situación difícil de manejar.

La juez Piras lo intentó.

—Señora, tal como le estaba explicando al doctor Rinaldi, estamos aquí para buscar otro camino que nos permita entender la tragedia que acaban de sufrir. Comprenderán ustedes que una conexión entre las víctimas, si la hubiera, reduciría el campo y nos ayudaría muchísimo a identificar al posible culpable. Está claro que esto nos obligará a hacer preguntas que podrían parecer... ¿cómo decirlo? Indiscretas. Les rogamos que tengan paciencia.

La mujer hizo una mueca.

—¿Paciencia, dice? Estamos más allá de la paciencia, dottoressa. Estamos hundidos en un abismo del que no saldremos nunca. Poco cambiará, créame, aunque encuentren a quien lo ha hecho y lo despellejen en nuestra presencia. Para esta... para esta tragedia no hay remedio. Y punto.

Fue apenas un murmullo, el de la señora De Matteis; pero Lojacono notó que un escalofrío le recorría la espalda. No obstante, la juez no era de las que se dejaba amedrentar fácilmente. Contestó con amabilidad extrema:

—Razón de más para echarnos una mano. Le hago la misma pregunta que al doctor Rinaldi: ¿hay algo en su vida, reciente o pasada, que pudiera dar lugar a una venganza o un chantaje? ¿Alguna persona que abrigue animadversión contra usted o tenga motivos para odiarla? Hasta hoy nos limitamos a investigar entre los conocidos de su hija, y como ya sabe, no hemos encontrado nada. Ahora me refiero a usted, en primera persona.

La señora De Matteis guardó silencio un buen rato mientras pensaba. Luego dijo:

—Dottoressa, no tengo un carácter fácil. A menudo mi Giada discutía conmigo. Ahora, porque cuando era pequeña las cosas eran diferentes. Pero no hay nada que pueda llevarme a imaginar, ni remotamente, algo así. Hace un par de años despedí a una criada porque me robaba; pero regresó a su pueblo y no hemos vuelto a saber de ella. Naturalmente hay una persona que me odia y a la que yo odio, pero es el padre de Giada, de modo que yo lo excluiría por eso y porque regresó de Estados Unidos precisamente para acusarme de todo lo habido y por haber. Y ya se ha vuelto a marchar.

La juez asintió.

—Muy bien. Y no hay relaciones con el doctor Rinaldi que lleven a pensar en una conexión entre las familias. Estamos otra vez en el punto de partida. Hagamos pasar a la señora Lorusso, a la que ninguno de ustedes conoce, imagino.

Los dos se miraron; Rinaldi dijo que no con la cabeza, la señora De Matteis se acomodó mejor en la butaca. Lojacono pensó que no aguantaría mucho y que al cabo de nada se levantaría para marcharse.

Al recibir una indicación de la juez, su secretaria salió y volvió a entrar acompañada de Luisa Lorusso, la madre de Mirko.

La mujer iba toda de negro, muy desaliñada, y su cara demacrada era la máscara trágica del dolor sin remisión. El cabello le colgaba gris y sin vida, tenía las manos enrojecidas, no presentaba ni rastro de maquillaje o adorno. Llevaba al cuello un medallón con la foto de su hijo cuando era pequeño. Sus ojos, vacíos e inexpresivos, recorrieron la sala lánguidamente y sin interés.

Lojacono, que recordaba el terrible grito sin voz que había desfigurado la cara de la mujer la noche en que le mataron al hijo, sintió una pena inmensa por una persona que, al contrario de las otras dos que también estaban destrozadas, no tenía intención alguna de continuar. La mujer era una muerta en vida. El hecho de que siguiera respirando era fortuito, y no duraría mucho.

Sumido en esos pensamientos, poco faltó para que el inspector pasara por alto el único destello de conciencia que se reflejó en la mirada de la señora Lorusso. Fue un instante, duró tan poco que Lojacono tuvo dudas de lo que acababa de captar: pero la madre de Mirko acababa de reconocer a alguien, y ese alguien era el doctor Rinaldi. El inspector miró de inmediato al hombre, y notó un ligero rubor en sus mejillas; pero apartó la mirada para clavarla, inexpresivo, en el impermeable pulcramente doblado sobre el regazo. ¡Bingo!, pensó el inspector.

Se volvió hacia la juez Piras y comprobó que ella también había captado el detalle. Los grandes ojos negros, abiertos como platos, sabían. Había visto, vaya si había visto.

—Gracias por haber venido, señora. Como ya sabe, estamos investigando, y por los datos de que disponemos, su hijo fue asesinado con el mismo procedimiento que los hijos de estos señores. ¿Se conocían ustedes?

Lojacono se fijó en el método: una pregunta casual, planteada en el curso de la presentación de los allí reunidos. La señora Lorusso recuperó la circunspección y se puso a observar fijamente a la juez Piras. Seguía de pie pese a que la había invitado a sentarse.

—No. No conozco a estos señores. Y no entiendo para qué me mandan llamar. Ya les he dicho todo lo que sabía. Además, ya interrogaron a todo el edificio y a los amigos de Mirko. Creo que ya tienen todo lo que les hace falta.

La hostilidad de la mujer era evidente. Provenía de un ambiente donde se considera a la policía como a un enemigo, de ninguna manera como una ayuda o un apoyo; a Lojacono también le resultó evidente que mentía cuando decía no conocer a nadie. Decidió seguirle el juego.

—Señora, nosotros ya nos vimos esa noche. Tiene razón, la interrogamos y también interrogamos a toda la gente que pudimos. Tratamos de averiguar qué fue lo que pasó para encontrar a quien mató a su hijo. Para ello necesitamos la ayuda de estos señores y la suya. No digo que sea así, pero podría ser que el asesino no la tuviera tomada con los chicos sino con... otros. Es posible que en esta ocasión el crimen organizado no tenga nada que ver. Y si logramos encontrar una relación entre ustedes, a lo mejor encontramos el motivo. Y con el motivo, al culpable.

La señora Lorusso siguió callada. Sus ojos trastornados miraban fijamente al inspector, como si quisieran traspasarlo.

—¿Qué se piensa, dotto', que si encuentran al que mató a mi hijo yo voy a seguir viviendo? ¿Se piensa que cuando lo metan en la cárcel yo voy a tener un nuevo motivo para levantarme por la mañana, vestirme y salir a la calle?

El mismo concepto expresado por la señora De Matteis, pensó Lojacono. Como un destello revivió su sueño y vio la curva de la espalda de Marinella, su cabeza inclinada, mientras se concentraba en la escritura. La señora Lorusso concluyó:

—De todos modos le repito que yo a estos señores no los conozco. Y en mi vida, como en la de mi hijo, no hay nada tan terrible como para mandarlo matar. Yo trabajo de enfermera, dotto'. Todos los días veo gente que sufre, que se desespera, que quiere morirse. Mi hijo quería vivir, y yo vivía para él. No había nadie que nos deseara el mal, y si en los últimos días estaba haciendo alguna pequeña tontería, lo hacía para mejorar nuestra existencia. Pero no habría tardado en contármelo y yo habría conseguido que dejara de hacerlas. ¿Puedo irme ya, por favor?

Rinaldi y la señora De Matteis se levantaron.

Con gesto cansino, la juez Piras les indicó la puerta y los tres salieron.

Capítulo 48

Stella respira. Siente los olores y recuerda los sabores.

Reconoce a su madre, su calor. La silueta no es nítida, pero en contacto con su piel, cuando siente su mano en la cara, la reconoce, vaya si la reconoce. Inconfundible.

En cuanto nota la presión, ese olor especial, Stella empieza a chupar; sabe que de un momento a otro, junto con ese olor, llegará el sabor de la sustancia viscosa y caliente que la alimenta. Se le hace la boca agua, pero si la comida no llega enseguida, no llora. Stella es una niña alegre.

Stella también reconoce el olor de su papá. La mano fuerte, los brazos largos. Con él la sensación es distinta. Se siente protegida, segura. Le entra sueño y se duerme tan tranquila, sonriendo, en brazos de su papá.

Stella juega.

Le da la risa cuando prevé la estrofa de la rima infantil que ya conoce. Y cuando la mecen de aquí para allá. Y reconoce los colores de las pelotitas, le gusta la rosa, que da vueltas, se detiene cuando la sujetan y se la dan. Le gustaría morderla, pero no la dejan, se la quitan enseguida. Pero Stella no llora, se resigna.

Stella reconoce su nombre.

Lo pronuncian con infinita ternura, se lo susurran al oído. Cada vez que lo dicen, alguien la acaricia, y entonces ella está contenta y vuelve a sonreír.

Stella reconoce el amor.

Su minúscula nariz lo percibe como un olor. Lo oye, como oye el latido del corazón que la acompañó durante nueve meses, siente que le llega como una oleada caliente de quienes le cantaron una nana mucho antes de nacer, cuando apenas era una magnífica idea en la mente de quien tanto la deseaba.

Stella ama a su vez.

Se queda embelesada cuando su padre habla, cuando la vibración cálida y profunda de su voz le resuena en el pecho.

Y aprieta la cara contra la mejilla de su madre cuando la saca de la bañera en el vapor suave que las envuelve a ambas.

Stella duerme feliz y se prepara para la vida.

Capítulo 49

Cuando se quedaron a solas, la juez Piras se volvió hacia Lojacono y le dijo:

—Tú también te has dado cuenta, ¿no? La señora Lorusso ya conocía a Rinaldi. Nada más verlo, un destello le cruzó los ojos y enseguida se contuvo.

Lojacono notó el tuteo. Y se adaptó.

—Sí, me he dado cuenta. Él también la reconoció y bajó la vista. Ya te decía yo que había una relación. Ahora habrá que averiguar de qué tipo.

—Y tenemos que darnos prisa. Me preocupan los plazos de todo este asunto: una semana entre el primer delito y el segundo, apenas tres días entre el segundo y el tercero. Si el Cocodrilo tiene algo más en mente, no tardará mucho. Qué raro me parece todo: delitos tan difíciles en apariencia, a los chicos los mataron prácticamente en sus propias casas, uno tras otro, pero el asesino se marchó de lo más campante. Debe de tener una suerte increíble para que nadie lo viera.

Lojacono se puso en pie y empezó a pasearse por la sala. Sus ojos parecían dos hendiduras que acentuaban el aspecto oriental de su cara.

—La suerte no pinta nada. Es cuestión de método. Se prepara, nada más. Lo prepara todo, paso a paso, minuto a minuto. El método del cocodrilo: acecha, observa, espera. Y cuando la presa se pone a tiro, ataca. No puede permitirse un solo fallo, actúa únicamente cuando está seguro.

La juez Piras seguía el razonamiento, pero estaba perpleja.

—¿O sea que quedan pocos días? ¿No es demasiado breve el intervalo entre los delitos para poder prepararse tan bien?

Lojacono se detuvo y se volvió para mirarla.

—No, si empezó a hacerlo con mucha antelación. No, si planificó todos los delitos juntos.

La juez reflexionó un buen rato y luego dijo:

—Entonces tenemos que averiguar cómo y por qué se conocían la señora Lorusso y Rinaldi. Si hay una sola posibilidad de que lleguemos hasta el Cocodrilo es sabiendo esto. ¿Qué propones?

Lojacono cogió su abrigo.

—Voy yo a ver a la señora Lorusso. Si no saco nada en limpio, probaremos con el médico; si fuéramos a verlo a él primero, advertiría a algún conocido y nos impedirían continuar.

La juez sonrió.

—Ve, entonces. E infórmame de inmediato. Ya va siendo hora de que nos toque a nosotros un golpe de suerte.

Antes de regresar a su casa, Luisa Lorusso pasó por el cementerio. Iba cada dos o tres días; era una necesidad. En cierto modo solo se sentía viva entonces, cuando podía arreglar las flores, comprobar que la lamparilla estuviese encendida.

Se había sentido viva por Mirko y solo por él, cuando le planchaba las camisas, cuando le ordenaba el cuarto donde parecía que había estallado una bomba, tan inmenso era el desorden.

Se había sentido viva cuando lo esperaba despierta, para que supiera lo peligrosa que era la noche de la que él se sentía un príncipe. Se había sentido viva soñando día tras día un futuro para ese muchacho alegre e invencible. El futuro que no tendría, aunque entonces ellos no podían saberlo.

En el camino de regreso a su casa, Luisa se preguntaba dónde encontraría la fuerza para vivir un día más. Qué motivos tendría. Había sido una sorpresa volver a ver al médico, pero bajo todo aquel dolor no sintió más que el eco lejano de un remordimiento, sepultado desde hacía tiempo. Una casualidad, no era otra cosa. El loco, el asesino, había matado a otros chicos, ¿y qué? ¿Qué cambiaba para ella? Ella se había muerto con Mirko, y punto. Podía acabarse el mundo, que a ella le daba igual.

Al final de la escalinata, en el arco de la puerta, vio al policía de aquella noche, el mismo que estaba en la jefatura.

—¿Otra vez? ¿Qué quiere ahora? ¿Qué tengo que hacer para que me dejen en paz?

Lojacono la miraba sin expresión.

—Tengo que hablar con usted, señora. ¿Puedo?

Luisa cruzó el umbral sin responder, pero dejó la puerta abierta a sus espaldas. El inspector entró y la cerró.

—Señora, no puedo creer que a usted le importe un rábano que el asesino de su hijo siga libre, por ahí, dispuesto a matar otra vez. Yo también tengo una hija, y si creyera que alguien quiere hacerle daño me gustaría verlo muerto. ¿Cómo es posible que en su caso no sea así?

La mujer no se movió, tenía los ojos clavados en la cara del policía, las manos ocultas bajo el chal negro. Parecía una estatua. Después, poco a poco, apartó una silla de la mesa y le indicó al policía que se sentara.

—Yo tuve un solo hombre. Estaba casado, tenía hijos. Un «malamente», lo llamamos nosotros; un tipo que hacía cosas, digamos, peligrosas. Pero nos queríamos. Y cuando me quedé embarazada, él murió. Ni siquiera pude ir a su entierro. Estaba su familia. Me habrían molido a palos, todo el mundo conocía lo nuestro. Yo tenía el diploma de enfermera, me gustaba estudiar, no como mis hermanos y mis hermanas que se pasaban todo el santo día en la calle; así que me puse a trabajar.

Lojacono esperaba. Sabía que obtendría la información que necesitaba y sabía que ese relato era un hilo tenue, el único que podía conservar viva esa esperanza.

—Al niño me lo cuidaba una vecina, la misma que usted vio llorar conmigo abajo, en el patio, esa noche. Aquí es así, ¿sabe usted? Los hijos son de todo el edificio. Después, una vez que cruzas el portón, empieza la guerra. Pero a mi hijo se lo llevaron de aquí dentro, de su propia casa.

La mujer hablaba en un murmullo, Lojacono debía esforzarse para entender lo que decía. Desde un apartamento cercano, una radio difundía a todo volumen canciones en dialecto.

—En la jefatura, la dottoressa dijo que a lo mejor la camorra no tiene nada que ver. Yo no tengo ninguna duda, la camorra no tiene nada que ver. Estas cosas no las hacen así. La camorra hace ruido, porque todos deben enterarse de que hay ciertos errores que no se pueden cometer. Pero este se escondió en las sombras. Como una rata.

Lojacono confirmó asintiendo con la cabeza.

—Estoy convencido de que estos delitos, los tres, son fruto de otra cosa. De otro pensamiento. Y si consigo, si conseguimos entender ese pensamiento, podremos agarrarlo. Podremos detenerlo.

Luisa se echó a reír de improviso. La carcajada de una loca, con la boca, no con los ojos. Al verla reír, Lojacono notó con un estremecimiento que era una mujer muy joven irremediablemente envejecida.

—¿Quieren detenerlo? ¿Ahora que ya hizo lo que quería?

Lojacono esperó a que la carcajada histérica terminara y luego habló.

—Señora, ya le he dicho que tengo una hija. Anoche soñé que alguien la miraba desde las sombras, que la amenazaba. Y yo no podía hacer nada. En esta ciudad es así: muchos miran desde las sombras y nadie los ve. Su hijo fue el primero, nadie podía preverlo, nadie podía hacer nada. Después mató a la

chica de Posillipo, en ese caso ocurrió lo mismo, nadie podía imaginar o entender. Pero ahora han matado al hijo del profesor Rinaldi. Me di cuenta de que usted ya conocía a Rinaldi, no lo niegue, por favor; me di cuenta yo y también la dottoressa Piras. Los reunimos por eso, para comprobar si se conocían, y ustedes dos se conocían.

La señora Lorusso miraba el vacío. Por sus mejillas descendían las lágrimas de la frenética carcajada, o tal vez fueran lágrimas nuevas.

Lojacono siguió diciendo:

—Hasta hoy, señora Lorusso, lo que ocurría no era culpa suya; usted no podía saber, no podía ayudarnos a prever. Pero de ahora en adelante, que sabe que estas víctimas inocentes pueden depender de algo que usted sabe, la culpa es suya. Si muere otro chico, será como si su hijo, mi hija y todos los hijos hubiesen muerto por culpa suya. ¿Se siente con ánimo de cargar con ese peso?

El silencio que siguió pesaba como el de la muerte. Fuera, el cantante hablaba de una traición y de la infamia de un amigo. Desde hacía unos minutos el aire apestaba a cebollas. La señora Lorusso levantó la vista y miró al inspector a la cara.

—Lo conozco, sí. Lo conozco bien al profesor Sebastiano Rinaldi. Lo conozco de cuando no era profesor y necesitaba dinero, mucho dinero. Y hacía abortos clandestinos, en un edificio de la via Foria. Yo era su enfermera.

Capítulo 50

Las palabras de Luisa Lorusso salieron rotas, fragmentadas, partidas por su sufrimiento actual y el tiempo transcurrido.

Se mezclaron con las notas de los temas melódicos que transmitía la radio de los vecinos.

Se mezclaron con el olor a ajo y cebolla de las comidas que estaban cocinando, con el sonido de las sirenas y las bocinas que surcaban el aire y con el ruido de los motores en el tráfico que ahogaba la ciudad.

Se mezclaron con la luz plomiza de otro mediodía envuelto en una llovizna calmosa, entre las lágrimas de un cielo que lloraba a sus muertos sin interrupción.

Y así surgieron los cuatro años de colaboración entre la enfermera del barrio canalla que se mantenía al margen de ambas familias para sacar adelante la relación con el miembro de la camorra, que necesitaba dinero para comprar ese apartamento donde seguía viviendo, donde nacería su hijo y el ginecólogo arribista, que lo quería todo al momento, al que el dinero le serviría para abrir su importante consulta en el centro noble de la ciudad.

Se conocieron por casualidad en la casa de una vieja señora inválida, a la que ella iba a cambiarle el gota a gota. Al médico le había parecido perfecta: no tenían conocidos comunes, era totalmente ajena a su ambiente; competente, rápida, decidida y sin un incómodo concepto de la legalidad; capaz de frenar a la clientela que se insolentara.

La organización era simple: un apartamento de alquiler en una zona de paso, anónima y bien comunicada. El contrato estaba a nombre de una sociedad ficticia, cuya denominación no constaba en el interfono. El número telefónico y el nombre se transmitían con discreción. Aquello se convirtió en una rápida y silenciosa fábrica de ángeles, la intención era dejarlo en cuanto hubiesen alcanzado el objetivo: el apartamento en el último piso del viejo edificio del barrio popular, la consulta en la via dei Mille. Y así sucedió.

Desde el noventa y dos al noventa y seis, cuando nació Mirko. Después, Luisa Lorusso lo dejó, había tenido un niño, ahora esas cosas le causaban impresión. Y otra vez se dedicó a subir y bajar las escaleras de las casas de los enfermos, a poner inyecciones y el gota a gota. Ganaba menos, mucho menos: pero por las tardes estrechaba entre sus brazos a Mirko y le sonreía, y él le devolvía la sonrisa. Con eso le bastaba.

No olvide que se lo he contado todo por esto: cuando nació Mirko, no quise ayudar más a matar niños. No quiero volver a empezar ahora que él ya no está.

Lojacono reflexionaba: cuatro años.

—¿Recuerda algo, a alguien, una intervención que saliera mal o algo por el estilo?

Luisa Lorusso negó con la cabeza.

—Eran cosas sencillas. Las intervenciones duraban media hora, anotábamos en un papel los antibióticos que las pacientes debían tomar y adióos muy buenas. Ya no regresaban, así que no sabíamos nada más. Pagaban en efectivo y se marchaban. Algunas lloraban, otras sonreían aliviadas, porque se habían quitado el problema de encima. A mí, que me dedicaba a eso, cuando me enteré de que estaba embarazada de Mirko, ni se me pasó por la cabeza hacer algo así.

Lojacono se levantó. De pronto lo asaltó toda la urgencia del mundo.

—Señora, ha hecho bien, créame. Le prometo que no le causarán ninguna molestia por lo que acaba de contarme.

Luisa, que había permanecido de pie durante todo su relato, en ese momento se dejó caer en una silla, como si la hubiesen despojado de todas sus fuerzas.

Levantó la vista, la posó en la cara de Lojacono y sonrió con dulzura. Era la primera vez que el inspector le veía esa expresión.

—¿Molestia? No me ha entendido usted, dotto'. Ya no hay nada que pueda causarme molestia. Yo estoy muerta, para mí ya nada tiene valor. Nada.

Capítulo 51

Laura Piras no se dejó contagiar por el frenesí de Lojacono.

—De acuerdo, entiendo. Rinaldi y Lorusso practicaban abortos clandestinos hace más de quince años. Eso explica la relación entre los dos, pero tenemos que averiguar qué tiene que ver De Matteis, suponiendo que tenga algo que ver. Luego debemos conseguir la confirmación de Rinaldi, y dudo mucho que permita que se ponga en tela de juicio su honorabilidad. Estamos como al principio.

Lojacono sacudió la cabeza.

—Laura, escúchame. Estoy de acuerdo, no conseguiremos que Rinaldi nos lo confirme; pero yo creo que tampoco nos hace falta. Lo que nos interesa es averiguar cuál es el papel de De Matteis, la pieza del *puzzle* que nos falta. No estamos comprobando un delito de hace muchos años, lo único que tenemos que hacer es descifrar qué está haciendo el Cocodrilo. Ya tendremos tiempo después de aclarar las cosas con Rinaldi, si es que podemos; ahora solo debemos dedicarnos a esto. Cuanto más avanzamos, más me parece que el asesino no ha terminado con su plan.

Cuando oyó al inspector pronunciar su nombre, a la juez se le encogió el estómago. Era la primera vez después de tantos años, demasiados, que notaba algo semejante. Aplazó el análisis de esa sensación para cuando viniesen tiempos menos agitados y se concentró en el tema que estaban tratando.

—Estoy de acuerdo contigo, tal vez obtener ahora la confesión de Rinaldi nos quitaría un tiempo valiosísimo y, probablemente, abriría la puerta a una intervención de los de arriba; por lo que he averiguado hasta la esposa del fiscal general es paciente suya. Pero ¿por qué tienes la sensación de que el Cocodrilo puede volver a matar?

Lojacono hizo un gesto vago con la mano.

—Más que nada es una cuestión de plazos. Entre el segundo delito y el tercero, tú misma lo dijiste, pasó mucho menos tiempo que entre el primero y el segundo. Teniendo en cuenta su método, claramente basado en una

vigilancia constante, acortar los plazos supone aumentar enormemente el riesgo. ¿Y por qué aumentar el riesgo si no es porque tiene pensado algo más? Si entendí bien cómo razona el sujeto, debemos esperar una nueva actuación. Y, a menos que sea la última de la serie, los plazos se reducirán todavía más.

Se quedaron mirando largo rato. La juez Piras se pasó la mano por el pelo y empezó a jugar con la punta de un mechón. Lojacono no pudo evitar que el gesto le resultase irresistible.

—Entiendo. Me da un poco de miedo comprobar lo bien que entiendes cómo funciona la cabeza del Cocodrilo; parece como si de algún modo estuvieras en contacto con él. Pero tienes razón, de momento, lo que importa es entender la función de De Matteis. Suponiendo que sea ella el objetivo del asesino, y no el padre de la chica, por ejemplo, o su abuelo, o su mejor amiga. Seguimos avanzando a tientas, como desde el principio.

Lojacono sonrió.

—Bueno, nos tiene que tocar un poco de suerte, ¿no? Voy a interrogar a la señora, entonces.

La juez se levantó.

—No. Es mejor que vaya yo a casa de la señora De Matteis; podría negarse a hablar con un policía; es capaz de tocar unas cuantas teclas en las altas esferas y hacer que alguien intervenga, y tú no te lo puedes permitir. Además, para variar, quiero comprobar cómo huele el campo de batalla. En el fondo, esta teoría la estamos planteando los dos, ¿no? ¿O es que quieres acaparar todo el mérito para ti solo?

Letizia se presentó en la oficina de denuncias de la comisaría de San Gaetano. Le había costado decidirse, pero por fin lo había conseguido.

Noche tras noche esperó a Lojacono en el restaurante. La mesa del rincón siguió vacía, incluso cuando fuera la gente esperaba haciendo cola bajo la lluvia. Esperó su llegada, primero con curiosidad, después con fastidio y una pizca de celos, y al final con preocupación; mientras seguía sirviendo las mesas, recibiendo elogios por su espectacular salsa boloñesa y conteniendo con gracia la galantería de los hombres, fue tomando fuerza en su interior la aprensión por la salud de su amigo.

Vive solo, pensaba, si de pronto se encontrara mal, ¿quién iba a darse cuenta? Sus colegas no, seguro, porque según me contó apenas le dirigen la palabra; tampoco su mujer, que está lejos, y con la que habla esporádicamente

y mantiene una relación difícil, mucho menos su hija, de la que lleva un año sin tener noticias. No tiene a nadie.

Solo a mí.

Poco a poco, la idea se fue haciendo apremiante; al final se decidió a ir y salir de dudas.

No sabía dónde vivía, Lojacono siempre se mostró vago al respecto y ella nunca se atrevió a preguntarle directamente: Vivo por ahí, decía, indicando vagamente un lugar más allá de la puerta del restaurante. Una de las mil luces encendidas en la noche. Poca cosa, para ir a buscarlo. Tampoco podía preguntar por ahí sin alimentar cotilleos, algo que no le hacía ninguna falta. No le quedaba más que la comisaría.

Preparó una bandeja con dulces para no presentarse con las manos vacías: unas pequeñas pastiere. Era la época adecuada y recordaba la noche en que le dio a probar un trozo; escéptico al principio, porque le había dicho que los dulces sicilianos son insuperables, primero había puesto cara de sorpresa, y luego de embeleso. Y al final acabó pidiéndole otro trozo.

Cruzó el patio y notó que la seguían los ojos del agente que estaba de guardia en la entrada; subió el tramo de escaleras que llevaba al interior del edificio y buscó la indicación de la oficina donde sabía que trabajaba Lojacono. En el despacho vio dos escritorios, uno de ellos vacío. Al otro estaba sentado un hombrecillo con gruesas gafas al que, nada más verla, se le iluminó la cara.

—Por favor, señora, pase y siéntese. ¿En qué puedo servirla?

Ella entró, indecisa.

—Buscaba al inspector Lojacono. ¿No está?

La decepción del hombre fue evidente.

—No, no está. Soy el superintendente Giuffrè, su colega. Si puedo serle útil en algo...

Letizia se acercó. El hombre era amable, quizá podía darle noticias.

—Me llamo Letizia, soy la dueña del restaurante de la via San Giuseppe, que está cerca de aquí.

—Pep... el inspector Lojacono viene todas las noches a cenar. Como hace varios días que no lo vemos, pensamos... bueno, mis empleados y yo estamos un poco preocupados. Los muchachos se preguntaban si no habría enfermado o si... tal vez no habría tenido que viajar por algún motivo urgente a su pueblo, donde vive su familia.

Giuffrè era un tipo de mundo y conocía a las mujeres, dentro de lo posible. No tardó ni una fracción de segundo en deducir que las

preocupaciones de los empleados del restaurante se concentraban todas en la persona que tenía delante.

—No, señora, quédense tranquilos. Lojacono se encuentra bien y no se ha ido de viaje. Está muy ocupado con una investigación que lo absorbe por completo. En fin, que trabaja mucho y casi no viene por aquí.

Letizia asintió, en parte más tranquila y en parte aún más perpleja. Al final se armó de valor y preguntó:

—¿Una investigación? ¿Está seguro? Es que me había dicho... nos había contado que no podía ocuparse... en fin, que no se dedicaba a labores de investigación. Es más, dijo que hacía trabajos de oficina.

Al superintendente le picó la curiosidad: una mujer guapa y atractiva, dueña de un próspero negocio como el restaurante del que había oído hablar, uno de los pocos locales de moda de esa zona, tan abiertamente fascinada por alguien como Lojacono, monumento al desaliño y con un carácter espinoso como un cactus. No hay nada que hacer, las mujeres son un misterio inexplicable, pensó.

—Pues les dijo la verdad, señora. Pero después resultó ser que, en esa investigación en particular, el único que tenía idea de por dónde tirar era él. Claro que él y yo comentamos el asunto largo y tendido y que las sugerencias más importantes las obtuvo de este servidor, modestia aparte. Pero resulta que, de repente, a la juez encargada del caso le dio por ponerlo a trabajar en el caso en la propia jefatura. Y ahora se pasa allí prácticamente todo el tiempo.

Letizia metabolizó la información, también esta vez con sentimientos encontrados: por fin Peppuccio había retomado el trabajo para el que había nacido, y que, según le constaba, había echado mucho de menos, más de lo que él habría estado dispuesto a reconocer. Pero trabajaba en estrecho contacto con esa juez, de la que había dicho que no solo era guapa sino también competente.

Sintió entonces la urgente necesidad de salir de aquel despacho, de regresar a la tranquilidad de su ambiente.

—Comprendo. Entonces, si es tan amable, cuando lo vea dígame que he venido.

Se dio media vuelta, fue hacia la puerta, se detuvo y volvió sobre sus pasos.

—Mejor no, déjelo estar. No le diga que he venido. Ah, esto es para usted, gracias de nuevo y hasta la vista.

Se marchó, dejando a sus espaldas a un Giuffrè boquiabierto por el inesperado y doble beneficio de una bandeja llena de pastierine y la vista de

un maravilloso trasero en fuga.

Capítulo 52

El edificio donde vivía De Matteis pertenecía a un complejo elegante en la zona más exclusiva de la ciudad. Al recorrer los bulevares diseñados de manera tal que los apartamentos quedaban ocultos por las copas de los árboles, la juez Piras analizaba el hecho de que el aislamiento y la intimidad podían ser una desventaja desde el punto de vista de la seguridad; por desgracia, los hechos se habían encargado de demostrarlo.

Aquella fue su reflexión cuando se ocupó de la inspección ocular tras el asesinato de Giada.

Mucho verde, luces que iluminaban apenas los senderos, incluso una amplia zona de sombra donde una piscina de reciente construcción esperaba el verano para que la llenaran; había decenas de sitios que podían servir de escondite a alguien malintencionado.

Mientras el chófer se acercaba al portón delante del cual habían matado a la chica, la juez recordó la voz de la señora De Matteis cuando la llamó por teléfono para pedirle una cita: metálica, distante. Tuvo la sensación de estar hablando con un contestador automático. Era como si a la mujer no le interesara en absoluto lo que ocurría a su alrededor, incluida la investigación del homicidio de su hija.

Dijo su nombre por el interfono y subió al primer piso. Le abrió una mujer de color vestida con bata de cuadritos y delantal blanco, que la hizo pasar a un amplio salón, una de cuyas paredes era un ventanal con unas vistas espectaculares.

Incluso en un día gris como aquel, atormentado por una insistente lluvia de intensidad variable, el mar y la montaña, la península y la isla cuyo perfil recordaba el rostro de una mujer con la cabellera al viento constituían un cuadro de una belleza que encogía el corazón y dejaba sin aliento. Como hacía en muchas otras ocasiones, la juez pensó que la ciudad contemplaba aquel paisaje con disgusto: como hace una mujer ya vieja y fea cuando abre

un armario y ve el traje amarillento con el cual, hermosa y joven, bailó en su fiesta de presentación en sociedad.

De Matteis entró saludando a alguien por teléfono y puso fin a la conversación evidentemente molesta.

—Disculpe, dottoressa. Mis supuestas amigas siguen persiguiéndome con estas fingidas llamadas de consuelo, cuando en realidad lo que quieren es tener noticias con las que alimentar las interminables charlas telefónicas que mantienen entre ellas. Lo sé porque yo también hacía lo mismo: accidentes, divorcios, quiebras, cuernos. Siempre la misma historia con tal de que haya tema de conversación. Siéntese, por favor.

La juez Piras se sentó en el sofá, frente a De Matteis, que ocupó una butaca. Ya no llevaba gafas de sol y la juez pudo ver por fin su mirada, aunque le sirvió de poco: los ojos de la mujer carecían por completo de expresión.

—Señora, se preguntará qué nos queda por comentar después de la reunión en la jefatura, y por qué le he pedido venir a verla aquí, en su casa. El motivo es sencillo, iré al grano: se trata de una visita informal, no he venido en el marco oficial de la investigación que estamos llevando a cabo, sino para pedirle ayuda. Contamos con un hecho nuevo que, quizá, podría acercarnos a una solución, pero para nosotros sería fundamental que nos facilitara un dato.

De Matteis suspiró.

—Dottoressa, estoy cansada. No, me corrijo, no es exactamente cansancio. Sencillamente ya no tengo ganas de nada. Ya no tengo alma. Me despierto, me visto; llevo las riendas de todo, ya lo ve usted, la casa, el personal de servicio. Lleno el tiempo, hablo con mi asesor fiscal, me ocupo de las obras de beneficencia de la fundación que lleva el nombre de mi padre. Utilizo todas las horas del día, he ampliado las actividades para llenar el espacio de... el espacio que quedó vacío. Trato de mantenerme constantemente ocupada. Pero cuando busco dentro de mí no encuentro nada. Si miro más allá de la urgencia, la materialidad de lo que hago, no hay nada. Debo tener cuidado, porque si me pregunto el motivo, la razón de todo esto, entonces no me queda más que acabar con todo, y ya está.

Laura la comprendía a la perfección. Recordaba los días, las semanas que siguieron a la muerte de Carlo como si fueran un sueño, una vida vivida a través de la niebla; tenía muy presente lo irreal que le parecía hacer esas mil pequeñas cosas cotidianas llevando aquel peso inmenso y constante en el corazón.

—Me hago perfectamente cargo, créame. Hace años, también sufrí una pérdida importante y traumática, recuerdo bien esa sensación. Pero nosotros tenemos que encontrar al asesino. Y para ello necesitamos su ayuda.

De Matteis hizo una mueca.

—Francamente no entiendo qué puedo hacer yo. Verá, estos últimos días no he parado de analizarme, y he descubierto algo terrible de mí: he vivido gracias a dos únicos sentimientos, que por otra parte eran las dos caras del mismo. El amor por mi hija y el odio por su padre. Las dos cosas que me sostenían, mis dos únicos temas de conversación. La educación de Giada, la responsabilidad de educarla yo sola; y el resentimiento constante hacia ese hombre que me humilló como mujer y como madre, abandonándonos a las dos para huir al extranjero con una puta cualquiera. Y ahora lo he perdido todo, de la noche a la mañana. A mi hija, el orgullo de verla crecer hermosa y culta, sensible e inteligente, y, por paradójico que parezca, también he perdido a su padre, al que ya no tengo motivos para detestar. No solo he perdido a mi hija, dottoressa. También he perdido a la que he sido hasta ahora. Por eso no me interesa nada lo que tenga que decirme, créame.

La juez Piras sonrió con tristeza.

—He querido verla aquí, en su casa, por un motivo claro, más allá de la informalidad de la cita. Una pequeña astucia femenina, digamos. La dueña de la casa no puede levantarse e irse, como hizo en la jefatura; aquí, en su salón, tiene que escucharme. Porque tengo algo que contarle.

Mientras las gotas de lluvia arrastradas por un viento cansino surcaban la cristalera, deformando y desdibujando el cuadro del golfo, la juez Piras le contó la historia de una enfermera que mantenía una relación con un hombre casado, y la de un médico joven y ambicioso que quería una consulta en el centro. Le habló de una dirección en una calle anónima y transitada, y de muchachas ansiosas por librarse de lo que consideraban una carga. Le habló de los cuatro años y del fin de la colaboración cuando llegó un hijo difícil de traer al mundo pero deseado y que llegó a pesar de las dificultades.

La señora De Matteis escuchaba, rígida, sin cambiar de expresión. Cuando la juez terminó su relato, la mujer guardó silencio unos instantes y luego dijo:

—Qué ironía. Ahora Rinaldi es famoso por tratar la esterilidad. Hasta es posible que entre sus pacientes haya alguna de esas chicas que fueron a verlo por aquella época justamente para lo contrario.

—Eso es lo que buscábamos. Si fuera correcta la teoría del inspector Lojacono, es decir, que las víctimas del Cocodrilo son ustedes y no sus hijos, entonces usted es la pieza que falta en el rompecabezas. Le ruego que haga un

esfuerzo, señora; trate de recordar si entre el año noventa y dos y el noventa y seis tuvo algún contacto con esa actividad de Lorusso y Rinaldi. Cualquier relación, directa o indirecta. Se lo ruego.

El silencio se prolongó. La impenetrabilidad de la expresión de De Matteis no le permitió a Laura entender si estaba esforzándose por recordar o si pensaba en otra cosa; o si sencillamente buscaba las palabras para dar por terminada la conversación. La mujer habló por fin:

—Yo no obtuve la licenciatura, no tenía ganas de estudiar. Pero el dinero que me daba mi padre dependía de que yo estudiara, por eso seguí matriculándome y pasando un examen cada año y medio, hasta que en el noventa y ocho me casé porque me quedé embarazada de Giada. A esas alturas mi padre también se resignó.

La juez esperaba, aliviada por el hecho de que la señora De Matteis estuviera reconstruyendo sus recuerdos.

—Por esa época nos divertíamos menos. Probábamos las cosas poco a poco, no como ahora, que con catorce años nos dan mil vueltas; le encontré a Giada unos mensajes que le envió una amiga suya que... mejor dejémoslo estar. Nosotras llegábamos con más edad, más inexpertas, y por eso alguna se llevaba un susto. Y entre las que denominamos de la buena sociedad, la cosa era todavía más frecuente. Claro que no podíamos ir al hospital o a una clínica, a los padres les habría dado un ataque, ¿no le parece? Pertenecían a una generación menos inclinada al diálogo y al perdón que la nuestra.

Se detuvo para tomar un sorbo de té que la criada les había servido momentos antes. Parecía que estuviese hablando del tiempo, o de las vacaciones.

—A mí no me había pasado nunca, hasta Giada. Y a esas alturas quería tener mi propia casa, él era guapísimo y rico, así que por qué no. Pero a muchas amigas mías, que hoy participan en las cruzadas antiabortistas, les ocurrió, vaya si les ocurrió. Entre nosotras circulaban una dirección y un número de teléfono, sin que supiéramos quién era el médico. Decían que era eficiente, rápido y, sobre todo, muy discreto.

Laura bebía sus palabras con una atención extrema. Temía que, si hacía preguntas, la señora volviera a encerrarse, pero necesitaba acotar el relato.

—Y en esos años, ¿recuerda haber tenido algo que ver con alguna chica que lo hubiese conocido?

—Yo no fui nunca, ni siquiera para acompañar a una amiga. Recuerdo vagamente que el sitio estaba donde usted dice, y me acuerdo porque no se encontraba lejos de la universidad, pero tampoco tan cerca como para que

pudiéramos pasar de casualidad, y pensé que lo habían elegido bien, que no era ninguna casualidad; pero el número de la calle podía haber sido otro y a lo mejor estamos hablando de dos cosas distintas, no sé.

La juez hizo un último y desesperado intento.

—¿Y no recuerda si se lo aconsejó a alguna chica, a lo mejor alguna que no perteneciera a su ambiente? No sé, tal vez a alguna muchacha con la que hubiese coincidido a veces en la universidad, o en la playa, en alguna parte...

La señora De Matteis, que se estaba terminando el té, arrugó la frente. Depositó la taza con cuidado, se secó los labios con una servilletita bordada. Después miró a la juez como si la estuviese viendo por primera vez.

—Pues... ahora que lo dice... no sabría decirle bien cuándo, pero no mucho antes de que dejara definitivamente la universidad, así que debió de ser en el noventa y seis, cuando hice el último examen... hubo una chica, muy mona ella, venía de un pueblo. Joven, mucho más joven que yo, diría que tendría poco más de veinte años, quizá veintidós. Estábamos charlando en un grupito con otras y nos caímos bien. Nunca nos vimos fuera de la facultad. Un día me llamó a casa, yo ni me acordaba de ella, me lo tuvo que explicar. Y me dijo que... bueno, en fin, que necesitaba esa dirección y ese número de teléfono.

La juez Piras contenía el aliento. Una ráfaga de lluvia azotó la cristalera.

—Me acuerdo de ella, tenía una voz suave, una carita delicada. Era de fuera. Se notaba por el acento, aunque tampoco demasiado.

—¿Y usted qué le dijo?

La señora De Matteis se encogió de hombros.

—Decidí echarle un cable. Me enterneció, a saber en manos de qué hijo de puta había caído la pobre. Conseguí los datos y se los pasé.

Laura lanzó un profundo suspiro y le preguntó:

—¿Recuerda el apellido de esa chica? ¿O el pueblo del que venía, algo que nos ayude a localizarla?

La señora De Matteis sacudió la cabeza, con decisión.

—Creo que nunca llegué a saber cómo se apellidaba. Estábamos en cursos distintos, además, como le decía, yo iba muy poco a clase. Han pasado muchos años, ni siquiera sé cómo me ha venido a la cabeza ahora.

La juez no pudo disimular un gesto de profunda decepción. Por un momento se sintió a punto de dar con la solución y ahora veía cómo volvía a escapársele. ¿Cómo iba a localizar a la chica para cerrar el círculo si no disponía de ningún dato?

Entonces, de repente, la señora De Matteis dijo:

—Pero sí me acuerdo de su nombre. Porque se llamaba como el personaje principal de mi novela preferida, Nada de nada. Se llamaba Eleonora.

Capítulo 53

Eleonora termina de escribir, y se levanta con esfuerzo.

En los últimos días ha tenido fiebre cada vez más alta. La frontera entre el sueño y la vigilia se ha vuelto tenue, la muchacha ya no distingue entre sueños y pensamientos.

Se ha quedado tumbada en la cama. El dolor agudo se ha vuelto sordo, como apiadado de la falta de fuerzas y de ganas de luchar. Debería haber tomado los medicamentos, pero el papel donde apuntó el antibiótico que le recetó el médico quedó olvidado en el fondo del bolso.

Mira a su alrededor, la habitación parece una pocilga. Restos de lo que intentó comer, bebidas sin terminar, ropa sucia. Está claro por los objetos que la rodean que ya no tiene ganas de vivir, piensa Eleonora.

Es curioso lo que le ha pasado. Hasta que encontró la dirección que le facilitó su compañera de la universidad y subió las escaleras de aquel lugar, en el fondo, nunca había pensado en el niño.

Había pensado en él, en lo que le había dado y lo que le había quitado. Había pensado en sus padres, en cómo reaccionarían, en lo que iban a decirle.

Había pensado en sí misma, en lo que iba a convertirse, en lo que debía hacer o dejar de hacer. Había pensado incluso en la gente de su pueblo, en sus murmuraciones y en cómo estas afectarían a la respetabilidad de sus padres.

Pero en el niño no había pensado.

Un puñado de células en el fondo de su vientre, como algo mal digerido que hay que expulsar deprisa y olvidar.

Un pedazo de un amor perdido, que tal vez solo había existido en su imaginación de chica de pueblo que por primera vez pisa la gran ciudad.

Un impedimento, un obstáculo superable entre ella y la realización de sus sueños.

Desde que lo había conocido bajo la forma de una línea escrita en un lacónico informe del laboratorio de análisis, para ella había sido de todo menos lo que era.

Un niño. Su hijo. La carne y los huesos, la mirada, la voz, los pensamientos. Una mano en la cara, el olor de un aliento, la intensidad de un amor. Su hijo.

Entre las nieblas de la fiebre, atenazada por el dolor del vientre vacío, Eleonora lo ha visto. Se lo ha imaginado en el colegio, serio y responsable, la bata negra y la cartera. Jugando a la pelota concentrado, no especialmente hábil, pero fogoso y tozudo. Corriendo hacia sus abuelos para darles un fuerte abrazo. En sus brazos, dormido y sonriente.

Entre la fiebre y el dolor del vientre vacío, Eleonora ha conocido al hijo que quiso muerto. Lo ha visto nacer mil veces, ha sentido el tremendo dolor de la pérdida. Lo ha notado alejarse de ella en alas de su propio amor finito, para convertirse en un fantasma del pasado como ese que, junto con ella, lo había engendrado en esa misma cama, una tarde de sueños y caricias.

Eleonora ha esperado a que la fiebre le diera tregua y se ha arrastrado hasta la mesa. Ha cogido el bolígrafo y ha escrito a quien siempre la entendió incluso antes de que hablara, para concluir la historia de la simiente plantada en su vientre. Ha hablado de sus sueños e ilusiones, ha descrito cómo se disolvieron en ese aire que ya no quiere respirar. Ha descrito lugares, caras, sentimientos. Ha citado nombres y apellidos, para que no se perdieran en el recuerdo.

Sobre todo ha descrito a su hijo, al niño que habría sido; los rasgos que nadie vería jamás, los parecidos imaginarios y las hipotéticas inclinaciones. Y al releer la nota ha pensado que jamás existiría un niño más real que él.

Al escribir para que todo fuera recordado, Eleonora ha comprendido que sin ese ángel ya no quiere seguir viviendo. Sin su amor, sin honor, sin el afecto de sus padres, habría encontrado fuerzas.

Habría superado cualquier obstáculo, pero con esa ausencia, imposible.

Al escribir, Eleonora ha comprendido que buscó, imploró y pagó por su propia y definitiva condena.

Eleonora ha cerrado el sobre. Ese sobre lleva escrito un nombre. Alguien lo entregará.

Se levanta y abre con esfuerzo la ventana. El aire húmedo y fétido de la contaminación inunda el cuarto. Eleonora se sube con esfuerzo al alféizar, en medio de la fiebre y el dolor del vientre vacío.

Y como la lluvia, como las lágrimas, cae.

Pensativa, la señora De Matteis levanta la mirada al techo. Después mira a la juez y dice:

—Y ahora que lo pienso, recuerdo otra cosa más. Unos meses más tarde volví a la universidad para matricularme y me encontré con un compañero que me contó que la chica se había suicidado. Qué fea historia, ¿no?

Capítulo 54

El viejo tiene la luz apagada. Sus ojos se han acostumbrado a la oscuridad, distingue la silueta de los muebles, de los objetos. Con eso le basta.

En la mano empuña lo que necesita, el único objeto importante.

Unos prismáticos.

Le costó bastante escogerlos, casi veinte días de búsquedas en internet. De pared a pared la calle mide siete metros con setenta y cinco centímetros de ancho; el mapa satelital es de una exactitud milimétrica. Las dos paredes suman un metro y veinte centímetros de ancho y seis metros más separan la tapia de la pared del chalet. Cuatro metros de margen. Para orientarse utilizó un modelo con prismas de techo, una tecnología no muy reciente, pero mucho más fiable para las distancias cortas y medias.

El viejo se acerca a la cortina y, sin descorrerla del todo, por la rendija central, apunta con los prismáticos hacia el chalet.

Hay dos ventanas iluminadas, y una tercera despide el brillo azulado de un televisor encendido. En la planta superior, el cuarto de la niña. Vislumbra el dosel de la cuna, y el móvil de mariposas de colores; de vez en cuando la manita las mueve, estirando la punta de los dedos hacia la más baja. Aprende deprisa la pequeña.

En la planta baja, en la cocina, la mujer se afana entre encimeras y platos. Junto al microondas, el vigilabebés conectado al cuarto de la niña. Hay que tenerlo presente.

En la penumbra de la salita se ve la silueta de los pies del hombre apoyados en la mesita, delante del sofá. Sigue en casa, piensa el viejo.

Mira el reloj, las manecillas fosforescentes indican las nueve y cinco de la noche. Ve el utilitario rojo disminuir la velocidad y detenerse delante de la verja. La muchacha se despide de su novio, las cabezas se juntan en la sombra y tardan en separarse; un buen beso, y adiós, nos vemos luego. La muchacha se apea, lanza otro beso con la mano. Adiós, cariño.

Se acerca al interfono de un solo pulsador, y llama. A través de la ventana de la cocina el viejo ve a la mujer moverse deprisa y abrir la verja. El pulsador de abajo; vamos, contesta; vamos, abre la verja.

La muchacha entra, se vuelve por última vez hacia el utilitario, que arranca y se aleja.

Precavido el chico, piensa el viejo. Nunca dejes a una muchacha sola antes de que abran la verja.

Corren tiempos peligrosos.

Se enciende la luz del vestíbulo, la mujer recibe a la muchacha. Pasa, por favor. Acompañame a la cocina, te enseño lo que he preparado; te he dejado comida, sírvete lo que quieras, y aquí está la leche para la niña, solo tienes que calentarla. El viejo sigue los movimientos y reconstruye retazos de la conversación. Tiene la sensación de que los prismáticos le acercan también el sonido.

El padre se ha levantado del sofá y ha subido, quizá a recoger la chaqueta y el abrigo. Desde su punto de observación no se ve el dormitorio de los padres. Ahora la mujer también sube, mientras la muchacha se entretiene en la cocina.

Sube también la muchacha, va al cuarto de la niña, en lo alto del tramo de escaleras, a la derecha. Siete segundos a paso normal. La muchacha se inclina sobre la cuna, se pone a hacerle mimos a la niña, el viejo alcanza a verle las manitas. La muchacha levanta a la niña. Le sonrío.

Llegan los padres, están todos en el cuarto.

Saludan a su hija, qué elegantes, están a punto de salir. Desaparecen y quince segundos más tarde salen por la puerta principal y van a buscar el coche. El viejo cuenta bisbiseando, uno, dos, tres, hasta veinticinco; después se abre la puerta del garaje y el Mercedes negro sale silencioso. La verja automática se abre, el coche se mete en la calzada y va hacia la esquina. El viejo alcanza a entrever las luces rojas de freno cuando se detiene, antes de incorporarse al tráfico de la calle principal.

Enciende la luz del escritorio y apunta en un papel una serie de números. Los intervalos, piensa. Los tiempos de los intervalos son fundamentales.

Una vez que ha tomado nota, apaga otra vez la luz y empuña los prismáticos; en la cocina, la muchacha habla animadamente por el móvil. En el cuarto de la niña se ve la pequeña lámpara azul encendida.

El viejo coloca la silla cerca de la ventana y se acomoda para pasar la noche.

Capítulo 55

La juez Piras fue de inmediato a ver a Lojacono a la comisaría de San Gaetano para darle la noticia.

El chófer no acabó de detener del todo el coche, cuando ella saltó a la acera y subió corriendo el tramo de escaleras que llevaba al edificio. El inspector estaba sentado a su escritorio de la oficina de denuncias; para matar el tiempo, leía por enésima vez el informe balístico y hacía hipótesis sobre el modelo de arma utilizada en los homicidios.

Giuffrè le habló de la visita de Letizia al Cottolengo. Lojacono lamentaba que la única amiga verdadera que tenía en la ciudad se hubiese sentido tan desatendida como para llegar a temer por su salud, pero al mismo tiempo se sentía halagado; tal vez esa misma noche, si le daba tiempo, se daría una vuelta por el restaurante.

Laura entró como un ciclón.

—Grandes noticias, Lojacono. La señora De Matteis recordó algo que me parece importante.

Giuffrè estaba dormitando y cuando oyó a la juez despertó y se levantó de un salto; a continuación hizo un cómico intento de saludo militar mientras trataba de calzarse las gafas. La juez no pareció percatarse siquiera de su presencia.

—¿En serio? ¿Y qué te ha contado?

—Se acordó de que cuando iba a la universidad le pasó la dirección de ese sitio donde Lorusso y...

En ese momento notó la presencia de Giuffrè y dijo:

—Quizá sea mejor que hablemos fuera, ¿te parece?

—Claro contestó Lojacono y fue a buscar el abrigo.

Mientras salía, Giuffrè le murmuró:

—Caramba, ¿ahora os tuteáis? ¿Con la Piras? ¿Por casualidad no estaréis...? —apuntó, mientras hacía un gesto obsceno.

Lojacono lo mandó a freír espárragos y se reunió con la mujer en el patio. ¿Qué me decías?

—La juez le refirió brevemente que De Matteis se había acordado de su compañera de estudios que quería abortar y que después se quitó la vida.

El inspector se rascó la barbilla, pensativo.

—Debemos poner manos a la obra sin pérdida de tiempo. Hay que buscar en los archivos del año noventa y seis para comprobar si una chica llamada Eleonora, residente en la ciudad, pero nacida en otra parte, se suicidó realmente, y a ver si averiguamos su apellido y su lugar de origen, si tiene familiares, y así los podremos interrogar para comprobar si hay algún nexo entre ese hecho y estos delitos.

La juez asintió.

—Ya me he puesto en marcha, viniendo hacia aquí he llamado a mi ayudante de la fiscalía para pedirle que se ponga ya mismo a buscar en los archivos. ¿Tú qué crees que ocurrirá ahora? ¿Crees que después de haber asesinado al hijo de Rinaldi parará?

—Lojacono entrecerró los ojos acentuando aún más los rasgos orientales de su rostro.

—Depende. Todavía no disponemos de elementos para dilucidar si se trata de una venganza o de otra cosa. Para mí, el asesinato de los chicos es algo demasiado fuerte para pensar en un chantaje; y si se está vengando, imposible imaginar cuánta gente está implicada.

Laura se mostró de acuerdo.

—En tu opinión, ¿cómo deberíamos proceder?

—En primer lugar, y lo mejor es que sea cuanto antes, necesitamos los datos de la muchacha para hacer lo que te decía, comprobar la situación actual de sus familiares, averiguar si alguno de ellos está implicado. En una palabra, saber más. Lo que tenemos ahora resulta insuficiente.

La juez Piras estaba perpleja.

—Pero si se está vengando, ¿por qué iba a esperar tanto tiempo? Desde el noventa y seis han pasado... ¿cuántos? ¿Dieciséis años?

—No lo sé. Te repito, no disponemos de suficientes elementos. Debemos seguir investigando. Y confiar en que nos llegue otro golpe de suerte.

En ese momento apareció Di Vincenzo con la lengua fuera. Sin dignarse a mirar a Lojacono, se dirigió a la mujer.

—Dottoressa, me han dicho que estaba aquí. ¿Qué ocurre? ¿Puedo serle útil?

La juez le contestó fríamente.

—No, comisario. No más que hasta ahora, al menos. Más bien dígame si de su investigación ha surgido alguna novedad.

Di Vincenzo se sonrojó.

—Estamos comprobando la coartada de Ruggiero y su gente; declararon que a esa hora cenaban en un restaurante de Piedigrotta, y los camareros lo confirmaron. Por supuesto que aquí no acaba nuestro cometido y...

La juez lo interrumpió con un gesto de la mano.

—Muy bien. Prepare un informe por triplicado y mándemelo. No sin antes haber hecho las comprobaciones oportunas, claro está. Vamos, Lojacono, nos queda mucho que hacer.

Tras subirse al coche, este partió en medio de un chirrido de neumáticos, mientras Di Vincenzo seguía pensando qué decir.

Capítulo 56

—¿**D**iga? ¿El profesor Rinaldi?

—Sí. ¿Con quién hablo?

—Buenos días, profesor. Soy Marta De Matteis, nos vimos el otro día en... bueno, ya sabe usted dónde.

—Ah, sí, claro. ¿En qué puedo ayudarla?

—En primer lugar, disculpe la molestia. Le pedí su número a una amiga común, quizá la única que es un poco más discreta, Rosy Stammati.

—Estoy a su disposición, usted dirá. ¿Quiere pedir hora?

—No, profesor, no. No se trata de eso. En realidad quiero contarle algo.

—Señora, verá usted, ahora no dispongo de mucho tiempo. Estoy organizando... ya sabe de qué hablo, imagino. Y he de tomar ciertas decisiones, estoy muy ocupado... Tal vez, pasado un tiempo, dentro de unas semanas, podríamos volver a hablar y...

—Profesor, escúcheme, esta es la primera y la última vez que sabrá de mí. Pero debe tener la amabilidad de escucharme, tardaré unos minutos.

—Hable, entonces.

Ayer vino a verme Laura Piras. Ya sabe, la juez que se ocupa de... de este asunto. Fue una visita informal. Me comentó que tienen la hipótesis de que hay una relación entre nosotros. Que los chicos... que todo ocurrió porque esta persona, la que lo hizo, tiene un motivo y que ese motivo somos nosotros.

—Ya lo sé, señora, pero es completamente absurdo. No sé quién...

—Se lo ruego, profesor. La juez me dijo que la única manera, la única esperanza de encontrar una explicación está en averiguar qué relación había entre nosotros tres: usted, yo y la señora Lorusso, la madre del chico de los Quartieri Spagnoli.

—Perdone que la interrumpa, señora, estamos perdiendo el tiempo. Como usted muy bien sabe, entre nosotros no existe ninguna relación. Por desgracia, están dando palos de ciego y esta teoría es la prueba. En cuanto haya... me

haya organizado, me pondré en contacto con las más altas instancias para exponer mi queja, se lo aseguro.

—Tienen razón y usted lo sabe.

—¿Qué dice? ¡Yo no sé nada! Son tonterías que...

—Entonces escúcheme. Le contaré una historia, imaginemos que hablamos de otra gente, en otra época y en otro lugar. Una muchacha de pueblo, tal vez irpina, o foveana, estudia en la ciudad. Conoce a un muchacho, se enamora, hace el amor con él.

—Se queda embarazada. No sabemos por qué, tal vez por miedo a contárselo a sus padres, tal vez porque el chico no quiere ese hijo, tal vez porque no lo quiere ella, pero decide abortar. No sabe cómo hacer y...

—Señora, todo esto es absurdo. Como bien sabe, es perfectamente legal dirigirse a un hospital y practicar una interrupción voluntaria...

—Ya lo sé, profesor. Y lo era en la época en que ocurrieron los hechos que le estoy contando. Déjeme terminar, por favor, y no le haré perder más tiempo. La muchacha, por motivos suyos que desconocemos, prefiere no ir a un hospital. Entonces pregunta a alguien. Ese alguien a su vez se informa por ahí y le facilita un número de teléfono y una dirección. La muchacha acude a ese sitio y se encuentra con una enfermera y un médico.

—¡Basta ya, señora! No voy a seguir...

—Después de haberlo hecho, no sé cuánto tiempo después, la muchacha se suicida. Fin de la historia.

—Ahora mismo le cuelgo, señora. Y aun a riesgo de parecerle descortés, le pido por favor que no me llame nunca más. No sé qué quiere insinuar...

—Verá, profesor, yo soy ese alguien que le consiguió a la muchacha, que se llamaba Eleonora y a la que conocía de la universidad, el número de teléfono y la dirección. Fue en el año 1996.

—¿Qué es esto, un intento de extorsión? Tenga presente que no me doy por aludido. Lamento mucho lo que le pasó, pero...

—Profesor, el tema es otro. La señora Lorusso lo reconoció a usted y le explicó a la juez por qué. A partir de ahí pude reconstruir cuál fue mi papel en este asunto, y el único vínculo que existe entre nosotros es ese.

—De una vez por todas, señora, ¿qué quiere usted de mí?

—En la jefatura, cuando la juez Piras y ese policía siciliano cuyo nombre no recuerdo nos hablaron de todo esto, yo contesté que no me importaba si detenían o no al asesino. Porque mi vida se terminó con la muerte de Giada. Y así es, nada cambiará; por las mañanas no encontraré un motivo para levantarme, vestirme y salir a la calle. No encontraré un motivo para comer,

leer o dormir. Nunca más. Igual que usted, igual que la señora Lorusso. Pero si puedo llegar a entender por qué, por qué ocurrió, si puedo pensar que he evitado que vuelva a ocurrir, en este momento a saber a qué chico inocente ese... ese hombre está vigilando, como vigiló a mi hija, para matarlo... Yo creo, profesor, que si en cierto modo a nuestros hijos los matamos nosotros, debemos saber por qué.

—Señora, el dolor puede llevar a la locura. Lo sé, me está ocurriendo en estas últimas horas. Hágame el favor, busque ayuda profesional, ve usted fantasmas que no existen. Nada de lo que dice es verdad, sencillamente se ha dejado influenciar por la incompetencia de una juez inepta y un policía demente.

—Yo ya he cumplido con mi parte, profesor. Me acordé de la cara de esa muchacha y de su nombre. Me acordé de lo estúpida y superficial que era yo, de la ligereza con la que le pasé una dirección sin preocuparme de lo que ocurriría después, si esa pobre chica necesitaba ayuda, dinero o tal vez alguien con quien hablar nada más. Me acordé de la indiferencia con la que, tal vez, puse fin a la vida de mi hija tantos años antes de que naciera. Yo ya he cumplido con mi parte. Y ahora que se lo he contado, puedo seguir muriéndome en paz durante todo el tiempo que haga falta.

—Realmente no sé qué...

—En efecto. No diga nada. Buenos días, profesor. Y gracias por el tiempo que me ha dedicado.

Capítulo 57

Entró poco después de las once de la noche, cuando ya estaba resignada a no verlo tampoco esa noche. Entró como si nunca hubiese faltado a la cita, sus ojos rasgados perseguían quién sabe qué pensamiento; la expresión indescifrable, despeinado, el abrigo eternamente arrugado.

Letizia estaba observando la puerta y captó su mirada buscándola en la sala antes de dirigirse hacia la mesa del rincón que ocupaba siempre, la que estaba debajo del televisor.

Ella se volvió enseguida hacia el cliente al que estaba sirviendo, fingiendo una alegría y una atención amistosa que distaba mucho de sentir. No quería que Lojacono pensara que estaba enfadada, tampoco quería correr a su encuentro como si llevara varios días pensando únicamente en verlo.

Ante todo, quería que se sintiera cómodo en su establecimiento. Si en esos días había entendido algo, era que no quería en modo alguno convertirse en una carga.

Fingió percatarse de su presencia cuando lo vio sentado a su mesa.

—Fíjate a quién tenemos por aquí. ¿Cómo estás? ¿Va todo bien?

Él sonrió apenas.

—Sí, todo bien. Estoy trabajando mucho y no he podido venir. Pero te juro que no te he traicionado, me he alimentado a base de bocadillos y cerveza; a veces ni eso.

Letizia se rio.

—Ya lo sé, en toda la ciudad solo en mi establecimiento se come realmente bien, qué te pensabas. Espera, ahora mismo te sirvo.

Lo dejó comer con calma, mientras escuchaba distraídamente las noticias, entre las cuales, como todas las noches, estaba la del enigma del Cocodrilo, el asesino de jóvenes que lloraba antes de matar. Y, por supuesto, se hablaba también de la incapacidad de las fuerzas del orden de conducirlo ante la justicia.

Como siempre, cuando el restaurante quedó medio vacío, Letizia se sentó a su mesa.

—¿Tienes ganas de contarme?

Lojacono estaba bebiendo el último sorbo de vino.

—No disponemos de mucha información. Hemos avanzado un poco, aunque no lo suficiente. Estoy cada vez más convencido de lo que te comenté, ¿te acuerdas? La tiene tomada con los padres de los chicos. Es a ellos a quienes quiere castigar. Y ya no creo que el chantaje esté entre sus planes, como podía ocurrir al principio; a menos que todos estos chicos muertos no sean más que un medio para amenazar a alguien y decirle algo así como: ¿Ves cómo mato a los hijos de los otros? También puedo matarte a ti, o matar a tu hijo, así que paga.

Letizia escuchaba con atención.

—Yo tampoco lo creo. Una nota hubiera sido suficiente, ¿no? Para mí que el tipo se está vengando. Nada más.

El inspector se quedó con la copa a mitad de camino entre la mesa y los labios.

—¿Tú crees? ¿Y cómo puedes estar tan segura?

—Por lo que oigo en la televisión, le importa tres pepinos que lo detengan. Deja los pañuelos por ahí tirados, usa siempre la misma pistola, y el mismo método, como dijiste tú, el método del cocodrilo. Está recorriendo un camino, ni más ni menos. Cubre todas las etapas que se ha marcado. Alguien que se comporta así no piensa en ningún futuro para él mismo, ¿no? No tiene tácticas. Como el que, por ejemplo, va a la oficina a comprobar si un amigo ha enfermado, y si hay algún motivo por el que no le ve el pelo. Sin tácticas.

Lojacono asintió, sonriendo.

—Tienes razón, Giuffrè me lo contó. Y también me contó lo de las pastierine, que, por cierto, se llevó a su casa sin dejarme probar ni una. Lo siento, desaparecí sin pensar en avisarte, pero esta investigación me tiene muy ocupado.

Ella también sonrió.

—No te preocupes, solo quería confirmar que te encontrabas bien; me alegro mucho de que tu trabajo te tenga tan ocupado, sé cuánto lo echaste de menos este último año. Además, ese Giuffrè es de veras simpático; valió la pena conocerlo. Si tuvieras que aguantarlo todo el día, no opinarías lo mismo. No para de hablar. Pero por lo menos es lo que parece, cosa que no ocurre con el resto de la gente de esta ciudad.

—Pero cerrar la puerta y dejar a todo el mundo fuera, como haces tú, tampoco es la mejor manera de llevar una vida normal. Prefiero que tengas una meta, como ahora; estás cansado y preocupado, pero tienes algo en que pensar. Mucho mejor que antes.

Lojacono la miró a los ojos.

—Tienes razón. Como siempre. Y a lo mejor también tienes razón sobre el Cocodrilo, hemos de deducir si ha terminado o no. Deja que te pregunte una cosa. A lo mejor tú ves la situación desde la distancia adecuada, nosotros estamos demasiado metidos en el asunto y a veces perdemos un poco la perspectiva. Si hubieses tenido un ser querido, una hermana, una amiga, que se vio obligada a abortar y que después de ese aborto se quitó la vida, y quisieras vengarte, como has dicho tú, ¿con quién la tomarías?

Letizia se concentró más aún.

—¿Así que es eso lo que pasó? ¿Un aborto seguido de suicidio? ¿Quién era?

El inspector sacudió la cabeza.

—Todavía no lo sabemos. Tampoco ha quedado confirmado que la pista que seguimos es la correcta, que no se trata de un maldito psicópata o que la camorra está implicada, como sostienen otros que investigan el caso.

—De modo que quienes seguís esa pista sois tú y ella, ¿no? Tú y esa juez jovencita, la que no solo es guapa sino también competente.

El tono fue fingidamente alegre.

—Así es. La única que quiso apoyarme en esta idea loca. Pero ya puedes dejarte de burlas, no hago más que trabajar y trabajar. Solo trabajar. Imagínate si, con estas tragedias, podemos tener otra cosa en la cabeza. Anda, contesta mi pregunta. Si a ti te hubiese ocurrido algo así, ¿de quién querrías vengarte?

Letizia trató de imaginarse en semejante brete.

Y contestó:

—De todos. De cuantos contribuyeron a ese desenlace. Pero especialmente de quien la dejó preñada y después la dejó tirada. Porque si ella decidió quitarse la vida es porque se quedó sola. De eso no hay ninguna duda. Si hubiese contado con el apoyo de su amor, habría encontrado un motivo para seguir viviendo.

Lojacono guardó silencio largo rato; analizaba la sencillez de ese impulso, la pureza extrema del sentimiento más humano que existe: las ansias de venganza.

—Tienes razón. Tienes toda la razón. Tenía el presentimiento de que no había terminado. Que no se detendrá. El último objetivo es él, debe ser él.

Se levantó, como presa de una urgencia repentina. Tendió la mano y le hizo una caricia.

Letizia notó calor, aspereza, y el olor de su piel.

El primer contacto con él.

Entrecerró los ojos y, cuando volvió a abrirlos, Lojacono ya estaba saliendo por la puerta.

Capítulo 58

Amor, amor mío:

Hago un repaso de los diez años que necesité para prepararlo todo. Y he de decirte que estoy muy orgulloso de haber previsto cada detalle y su contrario.

Obviamente, y por suerte, hubo muchas cosas que no me sirvieron. A fuerza de imaginar posibilidades e imprevistos, llegó un momento en que empecé a sentirme ridículo; excepto una invasión militar y el aterrizaje de alienígenas, pensé realmente en todo. Pero ¿sabes una cosa, amor mío? Cuando uno se pasa tanto tiempo sin nada más que hacer, sin otra cosa en que pensar, con la única compañía de un estertor que proviene de la otra habitación, planificar se convierte en un agradable pasatiempo.

Te preguntarás por qué he tardado tanto.

Verás, la decisión concreta de llevarlo a cabo la tomé pasados unos años. Si supieras la de veces que me he preguntado sobre este punto...

Quizá no me sentía en condiciones, creía no estar a la altura. Se trataba de algo muy ajeno a mí, a mis principios de entonces, a mi forma de pensar. Tal vez estaba físicamente débil, en baja forma, me sentía incapaz. Tal vez esperaba sencillamente que ella, que de los dos siempre fue la que tomó las decisiones, acabara por indicarme el camino.

Pero no, enfermó y fue empeorando día tras día. Dejó de hablar, ¿sabes? Se pasaba horas en la ventana, mirando fuera. Como si esperase algo, o a alguien. ¿Sabes, amor mío? Es bien extraño el funcionamiento de la mente humana. O quizá del corazón. Me pasé muchos años encerrado en mí mismo, aferrándome a los recuerdos y a lo que no existiría nunca más.

Después, pasaste a ser la razón de mi vida; anhelaba volver a verte y abrazarte.

Tal vez la pistola fue la chispa, aunque a lo mejor debería decir el detonante. ¿Te acuerdas de mi tío Nicola? No, tal vez no. El hermano de mi madre, una cabeza privilegiada, una leyenda para toda la familia; nunca se resignó al clima aletargado del pueblo, decía que él era el único del valle que seguía vivo, que los demás se limitaban a respirar. En fin, que no había iniciativa que no lo tuviera a él como promotor, cinefóruns, salas de baile, asociaciones culturales, había una inauguración y ahí estaba él. Un día aciago le da un ataque y muere mientras duerme.

A los dos días del entierro me llamó su mujer para pedirme que fuera corriendo a su casa, porque tenía un problema. A saber cómo, a saber por qué, en el fondo del cajón del escritorio, sepultada bajo una montaña de documentos desordenados, mi tía había encontrado una caja, y dentro de la caja, la pistola. Aceitada y en perfecto funcionamiento.

Y me preguntó: ¿Qué hago? Tengo miedo de tirarla, incluso de salir con la caja para enterrarla en algún sitio. ¿Puedes ocuparte tú?

Claro que sí, le dije. Y me llevé la caja.

Cuando llegué a casa, ella ya estaba bastante mal y se pasaba casi todo el día durmiendo, dejé la caja encima de la mesa y me senté delante. Me quedé ahí un montón de tiempo, más de una hora.

Cuando me levanté, ya me había venido la idea.

Muy embrionaria, claro está, y sin ningún plan, para eso me iba a hacer falta tiempo, mucho tiempo. Pero la idea era esa, mejor dicho, es esta. Y para serte sincero, creo que fue precisamente esto, junto con las ganas de volver a verte, por supuesto, lo que me ha sostenido a lo largo de todos estos años.

Después compré el ordenador y contraté una conexión a internet. Y empecé a buscar.

Hizo falta tiempo, empeño y esfuerzo. Equipé el taller para construir el silenciador. Lo averigüé todo de la vida de las personas que me interesaban. Analicé los lugares, las situaciones, incluso las posibles condiciones del tiempo.

Preparé la ropa y elegí las prendas más anónimas, y si no las tenía, las fui consiguiendo una por una.

Cuando iba a hacer las compras, hubo quien me preguntaba qué estaba haciendo.

Preguntaban por preguntar, por pura cortesía.

Yo decía que me ocupaba de ella, y era cierto: la lavaba, le daba de comer, le administraba los medicamentos, le ponía las inyecciones. Cuando empezó a llagarse, la cambiaba de postura para evitar que sufriera demasiado.

De vez en cuando me miraba, ¿sabes, amor mío? Con esos ojos desesperados, como el prisionero mira fuera, desde detrás de los barrotes de su celda. No decía nada. No preguntaba.

Yo creo que lo sabía, que sabía lo que yo estaba haciendo, y que no podía pedirme que no lo hiciera. Quizá tampoco me lo habría pedido de haber podido hablar.

En fin, ahora ya estamos, ¿no? Ahora veremos cómo acabará la cosa.

Lo veremos todos.

Capítulo 59

Esta vez la juez Piras envió el coche a recoger a Lojacono. Cuando el chófer se asomó a la oficina de denuncias, el inspector estaba en el retrete, lo que permitió a Giuffrè recibirlo de este modo en cuanto lo vio aparecer subiéndose la cremallera:

—Excelencia, en mi calidad de mayordomo de usted le informo de que el coche está preparado y lo espera en el patio. ¿Qué traje desea ponerse esta mañana, el chaqué o el frac?

Lojacono sacudió la cabeza y recogió los papeles que tenía encima del escritorio.

—Si dispusiera de tiempo, te mandarí a tomar por culo. Pero como no me sobra, tendrás que conformarte con mi palabra.

—A sus órdenes, excelencia, voy enseguida. Delo por hecho.

Durante el breve trayecto, el inspector analizó la situación. Debía de haber grandes novedades, de lo contrario, Laura lo habría llamado por teléfono; por otra parte, era evidente que la mujer tenía necesidad de hablar con él urgentemente o no habría enviado el coche a recogerlo, porque la distancia se cubría a pie en diez minutos. ¿Qué podía haber ocurrido?

Entró en la salita que se había convertido en el despacho de la juez con una mezcla de euforia e inquietud. Los ojos de la mujer brillaban pero eran impenetrables.

—¿Qué ocurre?

—Debo darte una buena y una mala noticia. La mala es que en los archivos de la policía de esta ciudad en el año 1996 no consta ningún suicidio de una mujer llamada Eleonora. Al menos no hay ningún atestado como consecuencia de la intervención de una patrulla.

A Lojacono se le cayó el alma a los pies, pero de inmediato empezó a buscar alternativas.

—Eso no significa nada. Quizá nadie puso una denuncia, si, por ejemplo, la chica se cortó las venas, o se tomó un frasco de barbitúricos, a veces

ocurre, sobre todo si la familia no quería que se supiera, y...

Laura levantó la mano para frenar el flujo de palabras.

—Alto. Espera. ¿No quieres saber la buena noticia?

Lojacono la miró, interrogante.

—La buena noticia, inspector Lojacono, es que si bien es cierto que en 1996 no hay denuncias, en 1997 sí las hay. El domingo 12 de enero, para ser más exacta: el día en que Eleonora De Falco, de veintitrés años, puso fin a su vida arrojándose por la ventana del cuarto piso de su edificio, sito en el número 16 de la via dei Cristallini.

Lo dijo golpeteando con el índice una carpeta que tenía delante. Lojacono sacudió la cabeza:

—Dottoressa, otra broma más como esta y te retiro mi ayuda, que es fundamental, y te abandono a tu suerte. Domingo, ¿eh? El peor día para los suicidios. En todos los países del mundo, la gente se suicida más los domingos por la tarde. Es una constante.

La juez Piras hizo una mueca.

—Cierto, muy cierto. Y a ver si te tomas más en serio; para mí tu ayuda es realmente fundamental. Es más, cuando resolvamos este caso, habrá que hablar de cómo utilizarte mejor. Con que utilizarme mejor, ¿eh? Ni que fuera un caballo. Anda, trae, déjame ver esos papeles.

El contenido de la carpeta era más bien pobre.

Apenas tres documentos: el atestado de la patrulla que intervino tras recibir la llamada del portero del edificio, un tal Giovanni Martone; el informe del médico forense, referido a su intervención *in situ*; el de la autopsia, efectuada posteriormente.

En el primero se dejaba constancia de que Eleonora De Falco, nacida en San Gerardo Valle Caudina, provincia de Benevento, el 24 de septiembre de 1974, domiciliada en etcétera, etcétera, había sido reconocida por el denunciante, el señor fulano de tal, que declaró haber oído un golpe seco alrededor de las diez horas, mientras se encontraba barriendo el zaguán del edificio, tras lo cual procedió de inmediato a llamar al servicio de urgencias desde el teléfono de su propio domicilio.

El informe del médico forense, con su lenguaje burocrático indiferente, transportó a Lojacono hasta aquella acera en una fría mañana de enero.

INFORME DE INSPECCIÓN DEL CADÁVER

Tras levantar la sábana se comprueba que el cuerpo viste un pijama de color celeste, compuesto de chaqueta de manga larga

y pantalón, calcetines de lana de color blanco.

El cadáver yace en decúbito prono, con la cabeza cerca de la acera, girada hacia la izquierda, sobre un charco de sangre. El miembro superior izquierdo aparece flexionado, con el antebrazo apoyado en el borde de la acera; el miembro superior derecho se encuentra extendido junto al tronco; los miembros inferiores están ligeramente flexionados y separados.

Se trata de un cadáver de sexo femenino, identificado, cuya edad aparente se corresponde con la real de 23 años. Piel y masa muscular normotróficas; grasa subcutánea normalmente representada y distribuida; constitución esquelética regular y conforme a la edad y el sexo. Escasas manchas hipostáticas de color rojo claro, en vías de formación, presentes en las regiones anteriores del cuerpo, así como de posición prona, que desaparecen a la digitopresión.

Rigidez cadavérica en fase inicial. Córneas transparentes. T rectal 35,5 °C a las 11.05 horas; T ambiente a la misma hora, en zona próxima al cadáver: 10 °C, con viento ligero.

En el cadáver se observan las siguientes alteraciones traumáticas:

Conjunto equimótico escoriado que afecta a la mitad derecha de la cara, contaminada con polvo y grava.

A la palpación se aprecian evidentes crujidos óseos derivados de fracturas craneales múltiples en la región parietal y temporal derecha.

A la palpación del tórax se aprecian crujidos óseos que afectan a los arcos costales anteriores y el esternón, debidos a hundimiento torácico.

Habida cuenta de los elementos técnicos comprobados tras efectuar la inspección del cadáver y de las circunstancias exteriores en las que ocurrió el hecho, cabe afirmar que el fallecimiento se produjo como consecuencia de un gravísimo *shock* traumático (traumatismo craneoencefálico y torácico) con detención casi inmediata de las funciones vitales a raíz de una «caída desde gran altura» (más de 10 m). La ausencia de lesiones traumáticas ulteriores del órgano cutáneo, a excepción de las debidas a la caída, hace pensar, en esta fase de las investigaciones, en una conducta de naturaleza suicida.

Teniendo en cuenta los signos tanatológicos observados, el momento de la muerte puede establecerse en 2-3 horas antes de la presente inspección del cadáver.

Lojacono apartó los ojos del documento y se encontró con los de Laura, que lo observaba atentamente. Todos sus años de oficio no le habían quitado la pena de ver, con la imaginación, el pobre fardo ensangrentado en el adoquinado de la calle de una ciudad extraña, en una fría mañana de hacía muchos años. Conducta de naturaleza suicida, decía el informe.

La mujer le indicó con una inclinación de la cabeza la otra hoja con los resultados de la autopsia. El inspector la cogió y se puso a leer.

INFORME DE AUTOPSIA

Cabeza: Tras retirar el tejido pericraneal se aprecia una intensa infiltración hemorrágica subperióstica y subgaleal. Tras eliminar el periostio, se aprecian numerosas líneas de fractura que afectan al hueso en todo su espesor, con trayectoria paralela y curvilínea, en la región occipital y temporal derechas.

Tórax: Tras apartar los tejidos peritorácicos, se aprecia una vasta infiltración hemorrágica muscular, además del aplastamiento de la caja torácica, que afecta principalmente al arco anterior derecho. Tras eliminar el plastrón esternal, fracturado en la zona del manubrio y el cuerpo, se aprecia un hemotórax abundante en las cavidades pleurales.

Abdomen: Al abrir el abdomen, la bolsa omental aparece cubierta por material hemático. La inspección del abdomen revela estratificación serohemática en la zona de la cavidad esplénica y de la pared, con desgarros de la cápsula. La inspección detenida de la cavidad pélvica revela la presencia de líquido seroso y corpusculado, de color amarillento, con serosa peritoneal opaca. Extraído el intestino, que no presenta alteraciones macroscópicas, las trompas aparecen ectásicas, congestionadas y grisáceas. Al seccionarlas fluye un material purulento. La incisión del útero, aumentado de volumen y de forma conservada, muestra un endometrio irregular, poco desarrollado, con zonas de regeneración de la mucosa.

Cuello uterino con orificio uterino externo levemente dilatado y zonas de erosión de la mucosa.

Diagnóstico de muerte: Politraumatismo debido a caída desde gran altura (fracturas craneales y torácicas, hemotórax y hemoperitoneo con gravísimo *shock* traumático), en sujeto con cuadro de pelviperitonitis y sactosalpingitis bilateral de aparición reciente, con mucosa uterina en fase de reepitelización. Dicho cuadro anatomopatológico, que afecta a los órganos pélvicos, es ajeno al contexto traumático y puede atribuirse con una elevada probabilidad a complicaciones infecciosas derivadas de procedimientos quirúrgicos de revisión de la cavidad uterina, atribuibles a interrupción del embarazo.

Lo leyó dos veces. Más allá de la abstrusa terminología técnica, había comprendido lo esencial: la muchacha se había quitado la vida y, en el momento de su muerte, tenía una infección en curso, consecuencia del aborto al que se había sometido.

Se volvió hacia la juez Piras.

—Hay que llamar de inmediato al cuartel de los carabineros de... consultó el atestado de la patrulla, San Gerardo Valle Caudina.

La mujer sonrió.

—Te esperaba a ti para hacerlo. Por eso mandé el coche a recogerte.

Capítulo 60

Mi niña. Mi niña preciosa.

Cuando consigue regresar a la hora del almuerzo, para Orlando, llegar a casa, subir las escaleras y sacar a su hija de la cuna se ha convertido en un pequeño y maravilloso rito. ¿Quién lo hubiera dicho?

Piensa en cómo era hasta hace unos años, mientras hunde la nariz en la barriga de Stella y le hace cosquillas con una pedorreta y ella ríe feliz.

Él era de los que disfrutaba de la vida, o creía disfrutarla. Todavía no conocía a Roberta, no sentía la necesidad de una familia, de una casa y mucho menos de un hijo.

Le gustaban las mujeres, los coches veloces, los barcos. Sus amigos eran como él o peores, alguno divorciado, con los hijos lejos a los que veían uno de cada cinco fines de semana, una voz pasiva en el balance personal y poco más. Además del trabajo y llegar a la cima, su única preocupación era organizar las vacaciones. Lo demás no importa, pensaba entonces. Ya habrá tiempo.

Ahora, mientras sienta a su preciosa niña a caballito sobre los hombros y corretea en círculos barritando como un elefante, no entiende cómo pudo haber perdido tanto tiempo. Quizá, piensa, fue precisamente el hecho de perseguir cosas inútiles lo que le impidió comprender la importancia de perpetuarse. En cierto modo, de ser inmortal.

Stella suelta el gritito que la caracteriza, entre asustado y divertido. Mientras la aferra por las muñecas, las manitas le agarran las orejas y él nota que le clava las uñas. Dios, cómo la quiere. Adora cada uno de sus rasgos, aquellos en los que reconoce a la madre y aquellos otros en los que se ve a sí mismo; es su entrada en el futuro, la ramificación de su amor hacia el tiempo por venir.

Un reflejo de la ventana incide en sus ojos; instintivamente se asoma y mira hacia la pared del hotel que hay al otro lado de la calle. Una hilera de ventanas, algunas con las persianas bajadas, una con las cortinas cerradas. En

la última planta hay otra abierta en la que vislumbra a una mujer que hace la limpieza con movimientos indolentes.

Ha sido eso, piensa con una mínima parte de la mente, ha abierto la ventana y el sol se ha reflejado en el cristal.

Levanta a la niña y le dice:

—Ay, madre, qué olor. Te has hecho caca, ¿eh?

Ahora papá le cambia el pañal a su preciosa Stellina.

A menos de quince metros de distancia, el viejo guarda con cuidado los prismáticos. Sabe que debe estar atento, porque a esa hora el sol se refleja en las lentes y puede llamar la atención.

Apenas le ha dado tiempo a ocultarse detrás de la cortina; el hombre ha estado a punto de verlo.

Por primera vez se abandona a las emociones, se muerde el labio y asesta un puñetazo a la mesa.

Una estupidez, ha cometido una estupidez. Si desde el principio hubiese metido así la pata, jamás habría llegado donde está. Qué imbécil, será idiota. Un instante, un solo instante a lo largo de todo el día en que el sol da en la ventana, y justo en ese instante va y se pone a mirar con los prismáticos.

Tras secarse con un pañuelo el ojo detrás de la lente, se acerca a la cortina con extrema precaución. Sabe que el instante ha pasado y que el sol ya no incide en la ventana, pero el peligro que acaba de correr lo vuelve más cauto. Con dos dedos separa la cortina y mira al frente.

En el cuarto de la niña, el padre está inclinado encima del cambiador, colocado en el rincón opuesto respecto de la cuna. Hace ya un par de días que el viejo terminó de reconstruir el ambiente; gracias a un armario con espejo que la canguro abrió en un par de ocasiones sabe incluso que en la pared donde está la ventana no hay muebles, solo cuadros o fotos.

El hombre, ahora de espaldas, levanta a la niña del cambiador. Por el pañal asoman dos piernecitas delgadas que se agitan felices. El padre se vuelve de perfil, se ve su expresión fascinada.

Evidentemente, la niña ríe. Ríe siempre, piensa el viejo. Una niña alegre, tranquila. Rodeada de afecto.

El padre se hace eco de la risa de la pequeña, luego se pone a bailar, agarradito a su hija, mejilla contra mejilla. El viejo se lo imagina cantando en voz alta.

Siguen así un rato, padre e hija, perdidos en un vals imaginario, ondeando al ritmo de una melodía que solo existe en sus fantasías entrelazadas.

El viejo cierra la cortina y lanza el pañuelo mojado a la papelera.

Capítulo 61

El cuartel de los carabinieri de San Gerardo Valle Caudina era pequeño pero eficiente. La juez Piras se identificó y de inmediato la pasaron con el subteniente Giaquinto, al mando del cuartel.

La juez le habló sucintamente de la necesidad de reunir a la brevedad toda la información posible sobre la familia De Falco, de la que no podía facilitar la dirección, ni el número y el nombre de sus miembros. De lo único que estaba al tanto era de la muerte por suicidio de la hija, Eleonora, ocurrida a principios de 1997 en Nápoles.

El subteniente le aclaró que llevaba poco tiempo en esa plaza, que la llamaría enseguida. Y en efecto, al cabo de cinco minutos se puso en contacto con la juez Piras y le indicó que la pasaría con el sargento Mariani, destinado allí desde hacía más de veinte años, y que conocía a casi todo el mundo.

El sargento tenía una voz profunda.

—Buenos días, dottoressa. El subteniente me dice que necesita información sobre los De Falco, la familia de Eleonora. Una familia muy desdichada.

La juez iba tomando apuntes mientras escuchaba, luego conectó el manos libres para compartir la información con Lojacono.

—Sí, ya sabemos que la muchacha murió. ¿Quién más compone el núcleo familiar?

—En primer lugar, debo decirle que aquí, la gente del pueblo, no sabía nada de la... de la forma en que murió la chica. Sabíamos que estudiaba en la ciudad, y que después sufrió un grave accidente. Era hija única, sus padres fueron a recoger el cuerpo y lo trajeron para el funeral. Más tarde, con el traslado del expediente y del informe de la policía, nos enteramos de que se había quitado la vida, pero como los padres eran personas de bien, bastante reservadas, nadie lo comentó nunca.

—¿Cómo que eran? ¿Los padres han muerto?

—A los pocos años de fallecer la hija, la madre cayó gravemente enferma, algo de los pulmones. Pobre mujer, nunca se recuperó, quedó en la piel y los huesos.

Lojacono y la juez Piras se miraron; el hombre tendía a irse por las ramas, pero los comentarios podían resultar útiles, de modo que Laura decidió animarlo.

—Sargento, ¿usted los conocía personalmente?

—Sí, claro. El pueblo no es grande, aunque en verano, cuando vuelven los emigrados, la población aumenta mucho. Los De Falco eran personas muy dignas. Él trabajaba de contable en una empresa de Benevento, pero cuando ocurrió lo de la hija se jubiló anticipadamente para ocuparse de su esposa; por otra parte, eran gente acomodada, con propiedades en el pueblo, un par de locales comerciales en alquiler, no necesitaban dinero.

Lojacono intervino en la conversación.

—Buenos días, sargento, soy el inspector Lojacono. ¿Cómo se llaman los padres de Eleonora?

—Buenos días, inspector. El padre, Felice, y la madre, que Dios la tenga en la gloria, se llamaba Gemma.

—¿Cuándo falleció la madre?

El vozarrón de Mariani sonó triste.

—Hace un mes y medio o así. La pobre estaba en las últimas. Él la cuidó hasta que le llegó la hora.

Lojacono se inclinó hacia el teléfono, como para oír mejor.

—Y el padre, el tal Felice, ¿sigue en el pueblo?

Mariani contestó, dubitativo:

—Creo que sí. No se deja ver mucho por ahí, la verdad, siempre va a la suya, es un tipo cerrado, como suele decirse.

La juez dijo:

—Necesitamos hablar con él. Si pudiera hacerme el favor de ir a buscarlo y llevarlo a su despacho. Cuando lo tenga allí, nos avisa.

Lojacono volvió a intervenir:

—Una cosa más, sargento. ¿Sabe si tienen otros parientes?

—Ya sabe cómo son estos pueblos, inspector, aquí casi todos son un poco parientes. Mi mujer, que es de la zona, tiene una barbaridad de tíos y primos, por ejemplo. Seguramente los De Falco cuentan con al menos dos grupos de parientes, que yo sepa, pero no creo que se vean mucho.

—¿Alguien especialmente unido a la muchacha? ¿Un antiguo novio, por ejemplo, algún amigo íntimo?

Mariani guardó silencio mientras trataba de recordar.

—Me parece que había un chico, una especie de pariente lejano, que la visitaba; pero después él también se marchó a trabajar al Norte. No sé, a lo mejor me equivoco, es que han pasado muchos años.

La juez Piras lo interrumpió:

—Muy bien, quizá el padre de la chica se acuerde del nombre. Sargento, le agradeceré que me llame en cuanto haya regresado al cuartel con el tal De Falco, así hablamos antes de ir para allá. ¿Le parece?

—Por supuesto, dottoressa, voy ahora mismo. Hablamos más tarde.

Capítulo 62

Roberta termina de vestir a Stella y se prepara para salir. Por suerte parece que hoy la lluvia dará tregua; en la última semana, la niña solo pudo tomar el aire en un par de ocasiones, y la pediatra insiste en que la saquen a pasear lo más posible.

Tal vez se trate de la nueva frontera de la medicina, piensa Roberta, el regreso a la naturaleza. Ella se lo toma con pinzas, la naturaleza es recomendable si vives en los Prealpes o en la Polinesia, pero no en esta ciudad, donde se respira humo negro y los camiones se pasan todo el santo día de carga y descarga, haciendo imposible recorrer las aceras con un cochecito.

Pero la pediatra ha sido clara: la niña debe salir. En esta etapa del desarrollo, pasar demasiado tiempo en un ambiente cerrado puede sensibilizarla a los virus y a las patologías.

Roberta sospecha que la pediatra teme su aprensión de madre; ya me gustaría verla a usted si hubiese tenido que luchar durante diez años, y si este angelito le hubiese llegado como caído del cielo justo cuando ya se había resignado. Es demasiado precioso este tesoro mío.

Le abrocha el mono hasta arriba y le arregla el sombrerito. Stella la mira, la reconoce y sonrío.

Estira la manita y su mamá finge comérsela. Stella ríe, feliz: le gusta mucho ese juego. En la pared de enfrente, cuelga el dibujo del rostro imaginario de su hija, el que hizo cuando estaba embarazada.

Roberta se felicita: la ha querido, la ha pensado y la ha tenido. Ese rostro es tal como será Stella dentro de unos meses.

Roberta baja las escaleras con mucho cuidado, lleva a la niña en brazos. Sube y baja esas escaleras mil veces al día, va de la cocina a la planta de arriba, no se fía demasiado del vigilabebés, aunque lo haya regulado para que transmita hasta la respiración de Stella. Ha leído cosas horribles, niños muertos mientras dormían, cosas inexplicables, bebés que se asfixian con la sábana. Es consciente de que no puede pasarse la vida observando a la niña

día y noche, los ojos como platos, pero lleva en el corazón el miedo incesante a perderla.

Piensa en Orlando, que le toma el pelo por todas sus fobias; pero sabe él que comparte muchas de ellas. Es un padre estupendo, Orlando.

Cuando lo conoció, fue lo primero que pensó, que sería un padre estupendo. Y eso que no lo parecía, para nada, con ese aire despreocupado, la pasión por la ropa buena y los coches deportivos, y esa aparente superficialidad; pero ella supo ver debajo de la coraza, y se ha visto recompensada con la maravillosa familia que ahora tiene.

Tras acomodar a la niña en el cochecito, abre la puerta y sale. Sí, hace un día aceptable, al menos en este momento, la mejor hora. Ha ido retrasando el momento del paseo para que el sol pálido entibiara un poco el aire, y ahora dispone de poco margen para hacer algunas compras antes de que cierren las tiendas. Acelera el paso, mientras con la boca imita el sonido de un motor para entretener a la pequeña, que ríe y bate palmas.

Roberta cruza la verja, mira prudente a ambos lados antes de cruzar la calle, pero a esas horas no hay nadie.

Solo un viejo sentado en un banco, leyendo el diario.

Capítulo 63

Al cabo de menos de una hora sonó el teléfono de la juez Piras. El sargento Mariani parecía disgustado.

—Lo siento, dottoressa. El señor De Falco no está.

Piras y Lojacono se miraron, perplejos.

—¿Cómo que no está? ¿Ha salido?

—No, no está. Le explico. La familia De Falco vive en la travesía Spicchio, un lugar alejado del centro del pueblo, en un chalet adosado construido en los años ochenta. La casa está cerrada, parece que llevara un tiempo deshabitada. He preguntado a los vecinos y, efectivamente, a De Falco no lo ven desde hace un par de semanas, tal vez más.

Lojacono preguntó:

—¿No se despidió de nadie? ¿No le comentó a nadie adónde iba?

El sargento contestó:

—No, y ahí está lo raro. No dejó instrucciones sobre la casa ni dijo nada a nadie. Sencillamente una noche estaba y al día siguiente ya no estaba. Una señora que vive al lado me ha dicho que se preocupó, que fue a llamar, pero que no le contestaron.

La juez jugueteaba nerviosamente con un mechón de cabello.

—Sargento, le mando ahora mismo por fax una orden para entrar en la casa, proporcióneme la dirección exacta tal como la indico en el escrito. Proceda inmediatamente al registro y pásame enseguida un informe telefónico, no quiero que pierda tiempo redactándolo. Entretanto, cualquier dato que tenga sobre De Falco o quien esté relacionado con la familia, cualquier movimiento extraño, lo que sea, llámeme enseguida. ¿Está claro?

—Sí, dottoressa. Enseguida le paso la dirección.

Al terminar la comunicación, la juez se volvió hacia Lojacono.

—¿Qué opinas? Parece que ya lo tenemos, ¿no?

Lojacono sacudió la cabeza.

—No está claro. A lo mejor al morir su mujer se fue de viaje. O también se quitó la vida y lo encuentran muerto en su casa, ¿quién sabe? De todos modos lo que debemos averiguar es una sola cosa, quién era el padre del niño de Eleonora. Si lo piensas, es la única pieza que nos falta. Anoche, una amiga mía me abrió los ojos: si tuviera que vengarme por la muerte de una muchacha a la que le tuviese aprecio, y que hubiese hecho lo que hizo Eleonora, el primero con quien saldaría cuentas sería el que la dejó embarazada y después la abandonó a su destino.

La juez Piras abrió los ojos como platos.

—¿Una amiga tuya, has dicho? ¿Qué amiga? ¿Cómo vas por ahí hablando de una investigación tan confidencial?

Lojacono levantó ambas manos como para defenderse.

—¡Para, para! No he mencionado ningún nombre. Mi amiga es la dueña del restaurante donde voy a cenar y no sabe nada de nada. Pero tienes que reconocer que su sugerencia es acertada. Solo nos falta él.

La mujer lo analizó más fríamente.

Y en efecto, es así: la amiga que la aconsejó dónde abortar; la enfermera; el médico. Todas figuras fundamentalmente secundarias. Falta el responsable principal, el que puso en marcha todo este asunto. Pero ¿cómo hacemos para saber quién es si no localizamos por lo menos al padre de Eleonora De Falco?

En ese momento se asomó un agente y dijo:

—Con permiso, dottoressa; hay un señor que pide hablar con usted. Un tal profesor Rinaldi.

El hombre que entró en la sala era muy distinto del que habían visto un par de días antes. El inmenso dolor reflejado en los ojos enrojecidos era el mismo, pero en esta ocasión se mostraba menos seguro, más sumiso.

La cara marcada por la falta de sueño, una sombra de barba, el cabello en desorden. Iba sin corbata, la camisa desabrochada dejaba entrever la mata de pelo gris que cubría el tórax. Parecía haber envejecido de golpe.

Llevaba en la mano un cuaderno grande de color verde, una especie de registro escolar.

Se quedó de pie hasta que la juez le indicó por señas que se sentara. Inspiró hondo y luego habló.

—Dottoressa, he estado pensando mucho en nuestra conversación del otro día. Lo cierto es que me telefoneó la señora De Matteis, a la que usted también interrogó. Ella, la señora De Matteis, me... me ha hecho reconsiderar algunas cosas. Me ha hecho reflexionar. En cierto modo me ha abierto los ojos. Y he pensado que... Mi hijo lo era todo para mí, ¿sabe? Todo. Sin él ya

nada tiene sentido, mi carrera, mi consulta, el trabajo, nada. Y, si por algún motivo, yo he sido el causante... Dios mío, qué locura... entonces, debo poner remedio. Debo tratar de poner remedio. En la medida de lo posible. Él quería ser médico no para seguir mis pasos, no, sino porque quería ayudar a la gente. Me hablaba de África, del voluntariado... no puedo permitir que se vaya así.

Lojacono y Laura se miraron de reojo. Comprendieron que el hombre necesitaba hablar.

Y dirigiéndose a los dos, siguió diciendo:

—Conocía a la señora Lorusso, pero eso ya lo averiguaron ustedes. Como sabrán, cuando se es joven, se apunta a un objetivo y es lo único que cuenta. Yo quería abrir una consulta, y... por lo demás, eso estaba permitido por ley, yo me limitaba a ofrecer a quien lo necesitara una mayor confidencialidad, nada de registros... y por suerte nunca ocurrió nada malo.

Lojacono murmuró entre dientes:

—En la mesa de operaciones, tal vez no. Pero fuera, sí.

Rinaldi se pasó la mano por el pelo en desorden.

—Sí, fuera sí. Pero yo no tenía manera de saberlo, ¿no le parece? ¿Qué sabía yo de lo que hacían fuera las pacientes? Me enteré del caso De Falco por el periódico, y durante días esperé que me citaran. Temía que encontraran algún dato mío, la dirección, el teléfono. Después, a medida que fue pasando el tiempo, me olvidé del asunto. Hasta que la señora De Matteis me mencionó ese nombre por teléfono.

La juez Piras intervino con mucho tacto. Lojacono se lo notó en el tono delicado que empleó con Rinaldi para que no volviera a ponerse a la defensiva.

—Profesor, aquí nadie quiere llevarlo al banquillo de los acusados. Se trata de historias pasadas y no tenemos ningún interés en desenterrarlas ahora. Lo que necesitamos es averiguar lo más posible sobre Eleonora De Falco. ¿Usted recuerda algo?

Desde que había entrado, Rinaldi apretaba contra el pecho el registro verde. En ese momento lo depositó sobre la mesa y lo abrió más o menos por la mitad.

No la recuerdo personalmente. Por discreción solo hablaba del cuadro clínico, los síntomas y los análisis, si hacía falta, pero si no había nada de tipo fisiológico, simplemente no hablaba de nada.

Sin embargo, por si acaso, apuntaba en este registro algunos datos esenciales. Poca cosa, nombre, apellido, dirección e intervención realizada.

Aquí está, «De Falco, Eleonora, via dei Cristallini, 16. Revisión de cavidad uterina». Lo que vulgarmente llamamos un raspado. Ocho semanas. Por el artículo del periódico me enteré de que tenía una infección en curso, es evidente que no tomó los antibióticos que le prescribí. No es de extrañar, pobre muchacha; si has decidido morir, no tomas medicamentos.

Lojacono insistió:

—¿Y la vio después para pasar visita? ¿Nunca más regresó a su consulta?

Rinaldi sacudió la cabeza con decisión.

—No, nunca. Por otra parte, rara vez lo hacían.

La juez asintió con gesto cansado. La confesión de Rinaldi no aportaba elementos nuevos. No obstante, le preguntó:

—¿Y no recuerda si, cuando fue a verlo, mencionó algún nombre, se refirió a algún familiar o algo por el estilo?

Rinaldi asintió.

—Por supuesto. Yo siempre pedía una referencia por si algo llegaba a torcerse. Al fin y al cabo se trataba de intervenciones con anestesia, nunca hubiera corrido el riesgo de encontrarme ante la eventualidad de no saber a quién dar aviso.

Lojacono se inclinó hacia delante, sus ojos parecían dos hendiduras.

—¿Y qué referencia le dejó?

Rinaldi consultó el registro:

—Orlando Masi. De la secretaría del politécnico.

Capítulo 64

El viejo se convierte en el Cocodrilo.

Se prepara con esmero, las cortinas echadas, la débil luz de la mesita de noche ilumina la habitación.

Es frío, tranquilo, mesurado. De vez en cuando una lágrima se le escurre por debajo de la lente y él se la seca con gesto firme.

Sabe que la espera está a punto de terminar.

Sabe que bajo la superficie del agua, desde donde observa, su hambre inmensa está a punto de ser saciada.

Prepara con cuidado los zapatos, los limpia.

Luego sigue con los pantalones, comprueba la raya; la camisa, la corbata, la chaqueta. Sabe que esta vez no habrá réplicas, esta vez las cosas serán distintas desde el principio hasta el final.

Ha comprendido que no podrá esperar como hizo las otras veces. Que no le bastará con acechar en la ciénaga, mezclando su olor con el de la putrefacción, simulando con su coraza sin color ser un tronco de árbol entre los troncos de árbol, agua en el agua, vegetación en la vegetación. Esta vez deberá dar un salto e hincar los colmillos en la garganta de la presa y darle una única dentellada mortal. Esta vez sus mandíbulas no podrán masticar con calma, fragmentar los huesos para alimentarse.

Y deberá arrastrar a la presa hasta el abismo, en un viaje de muerte sin retorno, en busca de una paz olvidada en las tinieblas impenetrables de su hambre perenne.

A lo largo de los años su hambre se ha ido sedimentando con el sonido de fondo de un estertor incesante, con el recuerdo de una antigua ternura. Su hambre ha borrado el recuerdo de la amistad, el sentimiento, la alegría, el amor. Su hambre es insaciable, ha ido devorando todas las emociones de su corazón hasta dar cuenta del corazón mismo.

Ahora recupera la cajita de plástico del fondo del armario, la abre, despliega un paño encima de la cama. Desmonta el arma, la comprueba, la

limpia, la lubrica.

El viejo es sus mandíbulas fuertes, implacables; es los colmillos despiadados; es el mordisco formidable. Es un veneno que no tiene antídoto.

El viejo es el Cocodrilo.

En su alma fría no sopla el viento de piedad alguna.

Porque es el Cocodrilo.

Nacido para matar.

Capítulo 65

El nuevo nombre obró como una descarga eléctrica. Tenían a quién buscar y debían encontrarlo enseguida. La tarde dio paso a la noche y, de repente, el reloj se puso a avanzar a velocidad supersónica.

Orlando Masi, de la secretaría del politécnico: un mensaje del pasado. Lojacono tuvo la impresión de que Eleonora hubiese querido contribuir a salvar a un inocente entre todos los que murieron por su causa: como si al cabo de quince años se desmarcara del justiciero que estaba repartiendo penas capitales por su suicidio.

No iba a ser fácil. Un empleado soñoliento, irritado porque lo entretenían con esa búsqueda inesperada precisamente cuando estaba a punto de marcharse, tras haber pasado un buen rato buscando, les informó de que con ese nombre en la secretaría del politécnico no constaba ningún empleado, ni en plantilla ni jubilado.

Laura se pasó la mano por la cara.

—¿Crees que nos dio un nombre cualquiera, el primero que le pasó por la mente?

Lojacono sacudió la cabeza, decidido.

—No, lo descarto. La consulta de Rinaldi era privada, le hubiera bastado con decirnos que no había nadie a quien avisar. No, él es nuestro hombre, la última víctima del Cocodrilo. Con todos los años que han pasado, el problema es que ahora podría encontrarse en cualquier parte; a lo mejor en aquella época vivía aquí y ahora trabaja en el extranjero. Vete tú a saber.

La juez Piras había puesto manos a la obra y tramitado en la fiscalía la orden de registro de la casa de los De Falco; la juez consideraba que una de las líneas de investigación más viable era la hipótesis de Lojacono: que el hombre podía haberse quitado la vida o dejado algún rastro de su partida.

Antes de las nueve de la noche telefoneó el sargento Giaquinto desde San Gerardo. Habían entrado con relativa facilidad en la casa, donde lo encontraron todo en orden, como si De Falco acabara de salir; no vieron

ningún indicio de que hubiese partido de viaje o de que fuese a estar ausente durante mucho tiempo. No apreciaron un solo rastro que indicara el destino del hombre, en los armarios no faltaba mucha ropa; apenas un par de perchas vacías.

Sin embargo, habían tenido que esforzarse de lo lindo para abrir la puerta del garaje, blindada y atrancada. En su interior hallaron una especie de taller de herrería, con instrumentos de precisión y un ordenador con conexión rápida a internet. No se apreciaban signos de actividades ilícitas, concluyó el sargento en perfecto lenguaje burocrático.

Claro que no, pensó Lojacono. Esos son los rastros de la actividad del Cocodrilo. Los de una preparación larga y extenuante; y de la concienzuda eliminación de cualquier elemento que pudiese contribuir a localizarlo. Estaba convencido de ello, y le dijo a Laura que, si registraban el ordenador, seguramente comprobarían que le faltaba el disco duro. El sargento confirmó que, en efecto, la máquina no arrancaba.

Lojacono sacó de la carpeta de documentos los informes del departamento de balística. El relativo al último homicidio decía así:

INFORME HOMICIDIO DE DONATO RINALDI Y COMPARACIÓN CON LOS ANTERIORES

Se trata de un proyectil cal. 22 L. R., con un peso de 2,4 g, diámetro de 5,6 mm, con seis estrías dextrógiras, cuyas características de clase son compatibles con pistola semiautomática Beretta serie 70. Cabe señalar la presencia de las clásicas deformaciones que se producen por el paso del proyectil a través de un dispositivo silenciador, con presencia de zonas ahumadas y quemadas. Efectuada la comparación del proyectil con los analizados anteriormente se ha podido establecer que en este último caso se utilizó la misma arma empleada en los homicidios de Mirko Lorusso y Giada De Matteis.

Para eso sirvieron las herramientas de herrería y los instrumentos de precisión, pensó Lojacono.

Una pistola la puedes conseguir, lo mismo que una caja de proyectiles; pero un silenciador no se consigue en el mercado. Tienes que fabricártelo.

El reloj seguía avanzando. Eran casi las diez de la noche.

Fue a Laura a quien se le encendió la bombilla.

—Entonces lo miró con ojos desorbitados y le dijo: ¿Cómo es posible que no se me haya ocurrido antes? Para verse obligada a hacer lo que hizo sola, quiere decir que ya no estaba en contacto con él, que habían cortado; y fue por eso por lo que después hizo lo que hizo. De modo que es imposible que quisiera tener ninguna relación con él y mucho menos con los suyos, ¿no te parece?

Lojacono no la seguía.

—¿Y entonces?

Entonces ella no quiso dejar el número de teléfono de su casa, y como en aquella época los móviles no estaban tan difundidos como ahora, es posible que él no tuviera uno. ¿Y sabes por qué? Porque era estudiante. Un simple estudiante, al que se podía localizar en la universidad dejándole un mensaje en la secretaría.

Lojacono se animó.

—Un estudiante de ingeniería, que asistía a todas las clases y estaba siempre en la universidad, motivo por el cual...

La juez Piras batió palmas, encantada.

—¡El Colegio de Ingenieros! ¡Llamemos ya!

Pero esta vez las cosas no fueron tan sencillas.

A esa hora, en el Colegio de Ingenieros no contestaba nadie; y cuando buscaron en la web el nombre de Orlando Masi el único resultado que obtenían era la denominación social de la empresa en la que trabajaba.

—Al menos nuestro ingeniero Masi no se fue al Norte o al extranjero, sigue en la ciudad, y trabaja en Gallardo Costruzioni, una de las principales empresas contratistas de obras públicas de la región; por lo que veo ahí trabajaba por las fechas en que renovó por última vez la inscripción en el colegio, hace un año. Tenemos el número y un bonito mensaje del contestador que nos indica que las oficinas están abiertas de nueve a una por las mañanas y de tres a cinco por las tardes. En la guía telefónica no viene nadie con ese nombre. Hasta aquí hemos llegado.

Lojacono asintió. Estaban exhaustos.

—¿Qué quieres que te diga? Ojalá lleguemos a tiempo. Mañana localizamos a nuestro ingeniero y le hacemos un par de preguntas sobre su pasado.

Quedaron en encontrarse al día siguiente a primera hora para empezar a telefonar a la empresa desde las ocho.

A pesar del cansancio, ninguno de los dos pudo pegar ojo.

Capítulo 66

Amor, amor mío:

Hay noches que no están hechas para dormir, ya lo sabes.

No son los nervios o el miedo de no estar a la altura, de no poder sacar adelante una tarea o una prueba. Los deseos que están a punto de cumplirse te mantienen despierto, eso es todo.

Es más o menos lo que les ocurre a los niños la noche de Reyes. Una mezcla de temor y expectación.

He repasado un millón de veces lo que tengo que hacer. En esta ocasión es diferente porque no podré quedarme allí, esperando a que ellos lleguen a mí, con la cabeza gacha, como corderos en Pascua. Esta vez tendré que buscar el momento y el lugar, tendré que actuar para encontrar la ocasión.

Habría podido esperar, claro. A fuerza de vigilar y observar, tarde o temprano habría encontrado la ocasión para actuar con más seguridad, con más comodidad. Pero cada día crece en mí la sensación de que el tiempo se está agotando. ¿Sabes una cosa, amor mío? Salgo en todos los periódicos. El Cocodrilo. A diario analizan los tres casos, palabra por palabra, hecho por hecho, y proponen unas soluciones estrambóticas. No comprenden lo sencilla que es la realidad, lo fácil que es entender lo que pasó.

Lo que está pasando.

Por eso es mejor mover ficha y terminar deprisa.

Pero tú no te preocupes, que lo tengo todo bien preparado. Está claro que no queremos correr el riesgo de que nos detengan justo ahora, ¿no?

Cuando las cosas están a punto de salir en la colada, cuando todo está a punto de concluir. ¿Te imaginas qué ironía, que me detuvieran y me encerraran sin poder acabar lo que empecé, sin poder abrazarte otra vez, amor mío? Sería de risa.

Así que esta vez será distinto. Deberé tener cuidado y ser rápido.

He preparado lo necesario. He repetido cientos de veces cada gesto, cada movimiento. He buscado el lugar, la situación, la forma.

He preparado el instrumento.

Dos disparos. Para mayor seguridad he cargado tres balas, por si surgiera algún imprevisto. Pero solo dispararé dos veces.

Ya lo sabes: únicamente los culpables, ni un solo inocente.

Yo no soy un asesino, solo debo hacer justicia.

Y los culpables que quedan no son más que dos.

Capítulo 67

Aнна Criscuolo, la secretaria de Gallardo Costruzioni, hubiera dormido de muy buena gana un par de horas más.

La noche anterior se dejó enganchar por un estúpido programa de telerrealidad tan zafio y vulgar que le costó un triunfo apagar el televisor e irse a la cama. En cierta ocasión leyó en una revista femenina que en algunos programas se introducen adrede unas fórmulas hipnóticas para inducir a los espectadores a seguir viéndolos y tragarse todos los anuncios; entonces pensó que era una tontería, ahora ya no está tan segura.

Eso sí, el ingeniero es tajante en una cosa: la hora de entrada. Cuando llega por la mañana tiene que encontrarlos a todos en su puesto, listos para recibir las indicaciones necesarias antes de irse a visitar las obras.

A Anna le corresponde la tarea de subir la persiana, como dice el ingeniero. Tiene las llaves del despacho, de manera que debe encargarse de abrir las puertas y las ventanas para ventilar mientras el aire acondicionado arranca, encender los ordenadores y las fotocopiadoras, preparar el café, desactivar el contestador automático. El ingeniero le explicó que se trata de una tarea fundamental; de ese modo, según van llegando los empleados tienen la impresión de una máquina en pleno funcionamiento y se ponen a trabajar enseguida, sin perder tiempo.

Por eso, aunque el horario oficial de apertura es a las nueve, Anna llega a las ocho y media para preparar esa imagen de eficiencia. Una labor importante, repite siempre el ingeniero. No lo niega, pero esta mañana hubiera seguido durmiendo un poco más. Maldito programa basura, piensa mientras hurga en el bolso en busca de las llaves.

Al otro lado de la puerta cerrada oye sonar el teléfono, ¿quién diablos será a esta hora?

Se demora en abrir hasta que el teléfono deja de sonar. A ver si aprenden a llamar dentro del horario, piensa, molesta.

Laura mira a Lojacono y sacude la cabeza.

—Todavía no contesta nadie. Han empezado a llamar a las ocho, cada cinco minutos, con la esperanza de que alguno de los empleados madrugue más que el resto.

La mujer, quizá para convencerse, dice:

—A lo mejor este ingeniero Masi no es el mismo; a lo mejor era un amigo, el único con el que podía contar Eleonora, y por eso se lo indicó a Rinaldi como persona de contacto; a lo mejor el padre del niño era ese antiguo novio de su pueblo, ese cuyo nombre no recordaba el sargento.

Sentado de brazos cruzados, Lojacono ofrece un aspecto aún más oriental que de costumbre.

—A lo mejor no. De tanto plantear hipótesis equivocadas y no explorar las posibilidades más evidentes, hasta ahora no hemos hecho otra cosa que perder el tiempo. Contamos con este nombre y solo con este nombre podemos seguir adelante. Ánimo, llamemos otra vez.

La juez le lanza una deliciosa mirada de odio y vuelve a marcar el número de Gallardo Costruzioni. El teléfono suena tres veces y por fin alguien contesta.

Mientras espera, de pie y protegido, en un recoveco de la pared, el Cocodrilo aguza el oído para captar los sonidos provenientes del chalet.

Tras pensárselo mucho ha elegido un espacio en la tapia de la casa vecina, porque a esa hora la trayectoria de la luz del sol deja en sombras ese lado, de manera que resulta prácticamente invisible, pero le ofrece una visión despejada de la entrada al garaje.

Lleva allí una hora, aunque conoce con exactitud el momento en que el hombre se subirá a su coche y cruzará la verja. En los últimos días, la oscilación de los horarios no ha superado los cinco minutos.

El cielo está plomizo, más tarde quizá llueva, piensa el Cocodrilo.

Pero más tarde todo habrá terminado.

La conversación entre Laura Piras y la secretaria de Gallardo Costruzioni adquiere tintes surrealistas. La mujer se obstina en no querer facilitarle información sobre el ingeniero jefe, ni la dirección, ni su número de móvil. Le dice que llame más tarde, que el ingeniero Masi llegará al despacho a las nueve.

La juez trata de no perder la calma, después empieza a levantar la voz; Lojacono nota que cuando se enfada su acento sardo es más marcado.

Cuando se da cuenta de que la situación ha llegado a un punto muerto, el inspector tiene una idea y le quita el teléfono a la juez.

—Buenos días, señorita, soy el inspector Lojacono de la policía. Soy consciente de que estamos pidiéndole unos datos confidenciales, tiene razón. Hagamos una cosa, llámenos usted a la jefatura. Busque el número en la guía, podría dárselo, pero estaríamos en las mismas, ¿no? Pregunte por la dottoressa Piras, fiscal suplente de la República, así estará segura de con quien habla. Le ruego una sola cosa, hágalo ahora mismo; caso contrario, nos obligará a cumplir con una serie de procedimientos burocráticos largos y penosos que no harán más que causarnos dolores de cabeza a todos.

Laura lo mira boquiabierta.

—¿Desde cuándo te has vuelto tan diplomático?

Lojacono se encoge de hombros.

—Es que conozco a las mujeres. En cuanto te llame, pídele que te dé la dirección y que telefonee al ingeniero para avisarle de que regrese a su casa, se encierre dentro y espere a que llegemos. Y que ni se le ocurra abrirle a nadie. Bajo ningún concepto.

No pasan ni dos minutos y el teléfono vuelve a sonar.

Capítulo 68

Lo ve salir; tres minutos. Dentro del horario.

Cierra la puerta a sus espaldas y va hacia el garaje. Se detiene a mitad de camino, mira hacia la ventana del cuarto de Stella; es un pequeño ritual que repite cuando no llueve.

Asomada a la ventana está Roberta con la niña en brazos. El Cocodrilo comprueba que la mujer ya está vestida. Muy bien vestida. La mamá agita la minúscula mano de la niña, adiós, papá, que tengas un buen día. Él le lanza un beso con la punta de los dedos.

Ahora ha entrado en el garaje. El Mercedes negro arranca, sale despacio y majestuoso como una pantera de su guarida. Otro saludo más con un bocinazo.

El último, piensa el Cocodrilo.

La verja automática se abre y el coche sale. La mujer y la niña retroceden y las engulle la sombra del cuarto.

El Cocodrilo respira despacio y observa.

Ahora tienen la dirección, la secretaria ha cedido al fin.

Cuando la mujer ha vuelto a llamar, Laura ha hecho un esfuerzo evidente por contenerse.

Lojacono ha notado el latido de una vena en la sien de la juez, algo que no vio ni siquiera en la reunión con los comisarios.

También han conseguido el número de móvil de Masi, pero el teléfono está apagado; tal como ha sugerido el inspector, le han pedido a la mujer que no deje de llamarlo hasta que el ingeniero conteste, y cuando lo haga, que le ruegue que vuelva de inmediato a su casa, donde ellos se reunirán con él para hacerle unas preguntas.

Concluida la conversación, Lojacono y Piras se miran un momento. Con esa mirada Laura pregunta: ¿Es necesario? Con esa mirada él responde que no

lo sabe. ¿Y si lo fuera?

Han salido disparados en dirección al patio, donde han pedido un coche con dos agentes.

El Cocodrilo observa el Mercedes y lo ve llegar al final de la corta pendiente; sabe el momento exacto en que se encenderán las luces rojas de freno para respetar el ceda el paso antes de que el vehículo se incorpore a la calle principal.

Cuenta hasta quince y se acerca al interfono.

Desde su escondite son diez pasos.

Espera una fracción de segundo más, mira a su alrededor para asegurarse de que nadie lo ve y pulsa el timbre. Al cabo de nada se oye la voz vagamente sorprendida de Roberta:

—¿Sí?

El Cocodrilo responde en voz baja, con tono apremiante:

—Señora, ¿es su marido el que acaba de salir en coche? ¿Un Mercedes negro?

La mujer contesta enseguida:

—Sí, es mi marido. ¿Por qué, qué ocurre?

El Cocodrilo aparta la cara del micrófono para dar la impresión de que mira hacia otro lado y contesta:

—¿No ha oído el ruido? Ha habido un accidente con un camión al final de la calle. Ha pasado sin respetar el ceda el paso. ¡Está atrapado, baje enseguida!

Roberta lanza un grito, se oye el golpe que da el auricular del interfono al estamparse contra la pared. El Cocodrilo se guarece en el recoveco y espera. Todo depende de este momento. Todo depende de lo que la mujer haga ahora.

Al cabo de pocos segundos la puerta se abre de par en par y Roberta sale corriendo. Orlando se incorpora al tráfico del paseo marítimo, con la cabeza metida en los problemas del trabajo. Hoy tiene una agenda apretada, debe viajar a un pueblo de la provincia para controlar unas obras que van con retraso y detesta esos viajes.

Se detiene casi enseguida en la cola del semáforo. Aprovecha para encender la radio.

Después, mientras se dispone a conectar el móvil, el semáforo se pone verde y los coches arrancan.

El móvil deberá esperar al semáforo siguiente.

Tráfico. Siempre tráfico.

Lojacono se ha acostumbrado a pensar en la ciudad como en un muro. La desconfianza, la indiferencia, el ruido constante que ahoga las palabras e impide los susurros. El tráfico, la muchedumbre silenciosa, las miradas de odio. Un muro.

Los padres de los chicos asesinados, piensa Lojacono, han abierto una grieta en el muro; han decidido recordar y hablar, incluso en contra de sus propios intereses. Una grieta en el muro que lo mantiene a él a distancia, y protege al Cocodrilo.

Pero el muro se arregla solo, y para cerrar la grieta produce el tráfico.

Como si acabara de leerle el pensamiento, la juez Piras le dice al agente que va al volante:

Encienda la sirena y acelere.

El Cocodrilo se mueve deprisa. Sabe que dispone de pocos segundos, menos de veinte si en mitad del callejón Roberta descubre que no se ha producido ningún accidente.

Camina deprisa, pegado a la pared, se cuela por la puertecita peatonal que ha quedado abierta, recorre a la carrera el sendero y entra en la casa.

Cierra la puerta a sus espaldas. Y la bloquea por dentro.

Orlando se para en el segundo semáforo. Nunca lo encuentro en verde, piensa. Deberían servir para regular la velocidad, pero no, siempre están todos rojos.

Nada más encenderlo, el móvil se pone a sonar.

La palabra «despacho» destella insistente en la pantalla. Maldición, piensa Orlando, ni siquiera esperan a que llegue para tocarme las narices.

Hurga en la guantera en busca del auricular, no quiere que lo multen solo por atender vete a saber qué tontería de la imbécil de su secretaria.

Roberta vuelve sobre sus pasos, perpleja. Se debate entre la sensación de alivio por que el accidente no se ha producido y el fastidio por la broma estúpida que acaban de gastarle.

Echa un vistazo a su alrededor para comprobar si hay algún chico riéndose a sus espaldas, si llega a verlo, le cantará las cuarenta. Recuerda que meses antes habían tomado por costumbre tocar los timbres de madrugada, al regresar de las discotecas, y se despertaba sobresaltada, con lo que le costaba dormirse con su barriga inmensa.

Al pensar en su embarazo, se acuerda de Stella, la asalta la preocupación y acelera el paso.

Ante el aullido de la sirena, el tráfico se abre como un mar agitado. Ahora van lanzados, pero hay un buen trecho entre la jefatura y la dirección que les ha facilitado la secretaria del ingeniero.

Sin darse cuenta, Lojacono cierra y abre el puño. Está ansioso por conocer a ese hombre. A saber si recuerda su pasado, si llegó a conocer al padre de Eleonora. Si en los años transcurridos ha pensado alguna vez en ella.

Más que nada quiere saber si tiene familia. Si tiene hijos.

Se le encoge el corazón y piensa en Marinella; en la curva de su cuello mientras escribe, en los dos ojos amarillos acechando en la oscuridad.

Imprevista y delicada, la mano de Laura se apoya en la suya.

Orlando ha dado media vuelta y regresa a su casa.

Está perplejo, y preocupado. Una fiscal suplente, nada menos. Y un inspector de policía.

Su secretaria se ha mostrado circunspecta, vaga. ¿Qué puede haber ocurrido? Si hubiese sido por un tema de trabajo se habría reunido con ellos en el despacho; las impugnaciones se planteaban siempre a partir de los documentos, de los papeles, de los planos catastrales. ¿Por qué tanto empeño en reunirse con él en su propia casa?

Orlando empieza a hurgar en el pasado en busca de algo que pueda haber suscitado el interés de la policía, y por más que se esfuerza no encuentra nada. Nada de nada.

Acelera y toca la bocina varias veces.

Roberta grita con desesperación. La puerta está cerrada por dentro, el miedo por su marido la ha impulsado a salir corriendo sin pensar en llevarse las llaves.

Atraída por los gritos, la gente comienza a asomarse a las ventanas de las casas vecinas.

Roberta aporrea la puerta y esta retumba. Dentro no se oye nada.

El agente al volante dice:

Ya estamos, dottoressa, hemos llegado a nuestro destino, la casa debe de estar al final del callejón.

En cuanto el hombre calla, ven a la mujer y la oyen gritar y golpear la puerta cerrada con las palmas abiertas.

Laura mira a Lojacono, y en sus ojos ve desesperación, rabia, impotencia.

El inspector se apea del coche en marcha, su mano busca la pistolera que lleva debajo del brazo.

En ese preciso instante se detiene el Mercedes con un chirrido de frenos.

Capítulo 69

Orlando echa una rápida ojeada al coche de la policía, aparca encima de la acera y corre hacia Roberta.

Su mujer le habla con incoherencia de un accidente que no ha sido tal, de un tipo que acaba de tocar el timbre y de que se ha encontrado la puerta cerrada. Lojacono se acerca a él, placa en mano, seguido de la juez Piras y de los dos agentes uniformados. ¿Es usted el ingeniero Orlando Masi?

El hombre trata de entender lo que pasa; está desorientado y no logra establecer las prioridades.

Levanta la vista nervioso, mira hacia una de las ventanas de la primera planta. Intenta girar la llave en la cerradura, pero la puerta parece atrancada por dentro, no se abre.

—Mi hija está en la casa. Tiene siete meses, está sola, la puerta se ha cerrado. ¿Nos pueden ayudar?

El inspector piensa deprisa. Por desgracia, teme que la niña no esté sola, jamás ha creído en las coincidencias. Mira a su alrededor, comprueba si alguien ha dejado huellas recientes al pasar, o si los observan de lejos, y se da cuenta de que en todas las ventanas hay por lo menos una persona asomada. La desesperación es el más intrigante de los espectáculos.

Indica por señas a la pareja que se aparte y llama a los agentes. Los dos tantean la puerta. El más corpulento retrocede un poco y le pega una patada a la altura de la cerradura, y otra, y otra más; al final la madera cede con un estampido y se abre una brecha. El otro agente lleva una barra de hierro que acaba de sacar del coche, la introduce en la brecha y empieza a hacer palanca.

Entretanto, la juez está con la esposa de Masi, trata de consolarla y al mismo tiempo de entender qué ha pasado. Echa un vistazo a Lojacono por encima de los hombros de la mujer, sacudidos por los sollozos. Han dado en el clavo. Pero eso no la consuela.

La puerta se abre golpeando la pared. Masi se dispone a entrar, pero Lojacono se lo impide.

—Apártese y quédese con su esposa. Déjenos entrar primero.

Con un rápido ademán saca la Beretta de la pistolera; los dos agentes se acercan, el inspector llama a uno solo y le ordena al otro que espere. El ingeniero está fuera de sí, forcejea con el agente que lo retiene, se suelta y entra, seguido de su mujer y de la juez Piras.

Lojacono les indica por señas que no hagan ruido. Se detienen en el pequeño vestíbulo, al pie de las escaleras; en lo alto, Lojacono atisba dos puertas, una de ellas entreabierta.

Todos contienen la respiración. Fuera un pájaro inicia su reclamo.

Leve como un susurro desde la primera planta les llega una voz que canturrea:

—Duérmete, niña, duérmete ya, que una estrella recibirás.

Lo incongruente del canto, la voz masculina ronca y cascada, la amenaza implícita en esa presencia hacen que a todos se les pongan los pelos de punta.

La madre de la niña cae de rodillas con un gemido desesperado. El padre intenta subir las escaleras, pero Lojacono lo detiene con el brazo y lo conmina a no hacer ruido. El hombre lo mira a los ojos y ve la determinación absoluta del inspector. Se detiene, como petrificado.

En la habitación, sigue el canto.

—Yo te daré la más hermosa, duérmete ya, niña preciosa.

En la voz se percibe una sonrisa enternecida, que la hace aún más estremecedora. Lojacono empieza a subir las escaleras, tratando de no hacer ruido, apuntando con la pistola, mientras con la otra mano se apoya en la pared para mantener bien el equilibrio. Tras él suben silenciosos Masi y uno de los agentes.

La madre sigue de rodillas al pie de las escaleras, se cubre la cara con las manos. Laura se ha arrodillado junto a ella y la abraza, pero sus grandes ojos negros siguen la espalda de Lojacono, que sube. Está aterrorizada. Otra vez no, piensa. Otra vez no.

—Duérmete, niña, duérmete ya, si no la luna nunca saldrá.

Lojacono ha llegado a lo alto de las escaleras, al lado de la puerta entreabierta. Se apoya en la jamba y con el pie abre lentamente el batiente, sin dejar que lo vean desde dentro.

La voz no parece percatarse del movimiento de la puerta, que se mueve con un suave chirrido.

—Hazme el favor, niña del alma, duerme que todo está en calma.

Armándose de valor, Lojacono se desplaza hacia un lado para ver.

La habitación está sumida en la penumbra, por la ventana se cuelga una luz opalescente y mortecina. En el rincón más próximo a la cuna el inspector vislumbra una silueta; está de pie. De ahí proviene la voz monótona.

El inspector apunta con el arma mientras parpadea para que sus ojos se acostumbren a la penumbra. ¡Alto, no te muevas!

La silueta se convierte en un hombre bajo que sostiene un fardo entre los brazos y se mece despacio, mientras lo acuna. Es viejo, o al menos representa una edad avanzada. Se lleva una mano a la cara y se seca una lágrima. Lojacono acaba de recibir la confirmación de que se encuentra frente al Cocodrilo. Y al mismo tiempo comprende que el hombre tiene a la niña en brazos.

Se quedan así, frente a frente; con las piernas separadas, la pistola reglamentaria firmemente asida con ambas manos, Lojacono apunta al hombre mientras este sigue acunando despacio a la niña sin dejar de cantar la nana.

Acostumbrados ya a la penumbra, los ojos del inspector descubren el largo cañón de una pistola con silenciador en la mano que sostiene el fardo.

A sus espaldas, el sordo lamento del padre de la pequeña, como una ráfaga de viento.

Pasan los segundos y nada sucede. Lojacono sabe que no puede disparar sin correr el riesgo de alcanzar a la niña, pero si el hombre llegara a hacer algo peligroso, deberá intentarlo. Desplaza imperceptiblemente la mira hacia la cabeza, el punto vital más alejado del fardo que el viejo sostiene en brazos. Respira hondo, tratando de hacer acopio de la frialdad necesaria.

El hombre habla en voz baja.

—Silencio. Es el momento del silencio, ¿no les parece? Ya no hace falta hablar.

Lojacono recorre la habitación con la mirada en busca de una forma de arrancar a la niña de esos brazos. De los colmillos del Cocodrilo. A sus espaldas, el padre sigue con su sordo lamento.

En un momento dado al inspector le llama la atención un débil reflejo en el suelo, cerca de la pared que está frente al viejo. Se pregunta qué será, levanta la vista, ve un marco y un cristal roto; en su interior, el rostro de un niño.

Con una mancha en el centro.

Reconstruye la trayectoria, llega al fardo en brazos del asesino, comprende cómo la bala ha alcanzado el dibujo y qué ha atravesado en su trayectoria.

—No, joder, no, no murmura Lojacono.

Mientras el padre dice con la voz quebrada por el llanto:

—Déjala, por favor. Deja en paz a mi niña.

Y el viejo, solemne, le contesta:

—Que la deje. Como tú dejaste a la mía. Con la diferencia de que ella murió después.

—Y gira despacio a la niña hacia ellos para que vean el agujero en el centro de la frente diminuta.

Suelta el fardo y murmurando «Amor, amor mío» se apunta la pistola a la sien.

Y dispara.

Capítulo 70

Amor, amor mío:

Estas son mis últimas líneas. Esta noche me reuniré contigo, podré mirarte a los ojos, estrechar tus manos. Te sostendré en brazos como cuando eras pequeña y te cantaré la nana que tanto te gustaba.

Duérmete, niña, duérmete ya, que una estrella recibirás.

Y te daré una niña con ese nombre, Stella. ¿No es una maravillosa casualidad que la niña, su niña, se llame así, estrella?

Amor mío, nunca llegaste a saber qué habrías tenido, niño o niña. A lo mejor la habrías tenido a ella, al fin y al cabo, el padre es el mismo. A lo mejor puedo devolvarte a tu hija enviándola al cielo contigo. En el fondo, es tuya por derecho.

Tu carta, la última, la que me entregaron cuando me dieron la noticia de tu muerte. El relato desesperado de tus últimos días, de lo que te hicieron, los nombres, los lugares, esa compañera que te aconsejó dónde abortar, la enfermera y el médico que bromeaban mientras te hurgaban en las entrañas, riéndose de algún chiste absurdo.

Y él, el más culpable de todos, el que hizo que te ilusionaras y luego te dejó tirada para construirse una vida maravillosa sobre los cimientos de tu dolor.

Los he localizado a todos. Los he localizado con sus hijos, con la felicidad que nadie les arrebató como nos pasó a nosotros.

Mientras los buscaba, tu madre se iba muriendo, tu desaparición la devoró por dentro.

Estertor a estertor, jadeo a jadeo. Se fue muriendo a lo largo de quince años, mil veces al día, con tu nombre en los labios.

Yo no. Yo he vivido para hacer lo que debía, soñando con volver a verte.

No me creo lo que dicen. Los buenos, los malos, el cielo y el infierno. Yo creo en el amor y en el infierno en la tierra. El infierno lo he vivido; tengo el amor: nadie podrá mantenerme alejado de ti, amor mío, de mi maravillosa y dulce niña.

Cuando haya terminado con la pequeña, me quedará entonces la tarea de castigar al último culpable, el peor de todos.

El hombre que no soportó la vergüenza.

El hombre que no quiso acogerte en casa, con hijo o sin él.

El hombre que te mandó enseguida el dinero para que recurrieses a ese carnicero, el hombre que te dijo que no regresaras hasta que no hubieses hecho lo que debías.

Yo mismo. El peor de todos. El principal asesino.

El ojo me sigue lagrimeando. Es justo que sea así, ¿sabes? Yo, que nunca he llorado, debo llorar eternamente.

Amor, amor mío. Ha llegado el momento.

Amor mío, allá voy.

Capítulo 71

La muerte es una danza, piensa Lojacono. Una danza ideada por un coreógrafo mediocre.

Ya ha anochecido. Han pasado muchas horas y la gente sigue asomada a las ventanas de las casas vecinas, presa de una curiosidad insaciable; y contempla la danza de la muerte, médicos forenses, policía mortuoria, policía científica, la ambulancia que ha venido a llevarse a la madre de la pequeña, en estado catatónico, y al padre, que de golpe se ha convertido en un viejo.

Mientras la danza seguía su curso, Lojacono se ha dedicado a preguntar por ahí y no ha tardado mucho en descubrir que en el hotelito de enfrente se hospedaba un tal Felice De Falco. Ocupaba la habitación que, oh, casualidad, da justamente al chalet de los Masi, y en ella guardaba cuanto iba a necesitar su identidad asesina: prismáticos, proyectiles, pañuelos de papel.

Los mismos pañuelos que han encontrado en el suelo, en el recoveco de la tapia de la finca vecina. El último acecho del Cocodrilo.

Lojacono observa los reflectores que han encendido para iluminar la escena del crimen y recoge las últimas pruebas. Cuánto tiempo, cuánto trabajo por algo que ya ha ocurrido. Por algo que ya no se puede cambiar.

Nota el peso humillante de la derrota. Siente que ha perdido. Ha ganado el Cocodrilo, aunque esté muerto, mientras él sigue vivo. Se ha llevado lo que quería, y al irse no ha dejado más que una larga carta sobre el escritorio de la habitación del hotel; el desvarío de un alma maleada por el sufrimiento.

Apoyado en el murete que da al golfo, Lojacono contempla la ciudad que, poco a poco, se va iluminando mientras cae la noche. Piensa en un viejo, un pequeño hombre que la recorre a lo largo y a lo ancho, sediento de sangre inocente. Y nadie lo ve. Eras invisible, Cocodrilo; igual que yo. Y nos conocimos tarde, demasiado tarde. Tarde para todo.

Apenas unos minutos antes lo ha llamado Giuffrè.

—Qué grande eres, colega. ¿Has visto? Tenías razón. ¿Y sabes una cosa? Ya no te llaman Montalbano. Ahora el Cocodrilo eres tú. Porque al final lo

has descubierto.

Yo, el Cocodrilo, piensa Lojacono. Quizá esté en lo cierto. Solo, desesperado e invisible. Y con un hambre de amor infinita.

Laura Piras observa a Lojacono de lejos. Detrás del inspector la ciudad yace como una fiera dormida.

La juez sabe en qué está pensando el hombre: que eso es cualquier cosa menos una victoria. Ella también lo piensa; con una niña de siete meses muerta no hay victoria.

Lo paradójico es que la muerte de la niña ha despertado dentro de ella un hambre acuciante de vida. Demasiado tiempo sin vivir. Demasiado tiempo sufriendo.

Y el pánico que le entró al verlo subir las escaleras, pistola en mano, para enfrentarse al peligro, le ha hecho comprender que ya es hora de que vuelva al mundo.

A través de las lágrimas que empañan sus ojos, detrás de Lojacono entrevé la silueta de un muchacho alto y flaco, con un jersey de cuello alto y una mata de pelo alborotado, que se vuelve y la saluda. Adiós, Carlo, piensa. Adiós.

Y se pregunta cuándo se le ocurrirá al inspector invitarla a cenar, o si no sería conveniente que lo invitara ella.

A pocos metros de distancia, Lojacono despierta de su ensueño y se arma de valor. Saca el móvil, recorre los nombres de la agenda y encuentra el que busca.

Con un profundo suspiro, pulsa la tecla verde.

Espera con el corazón en la boca, un timbrado, dos, cinco.

Cuando se resigna y se dispone a pulsar la tecla roja, la voz de una muchacha contesta, dudosa:

—¿Diga?



MAURIZIO DE GIOVANNI nació en Nápoles en 1958 ciudad en la que actualmente vive con sus hijos y su esposa Paola, fiel colaboradora.

Trabajaba como empleado de banca cuando con casi 50 años se apuntó a un curso de creación literaria humorística. Sus compañeros enviaron uno de sus relatos al concurso literario Tiro Rapido, patrocinado por Porsche y celebrado en el Gran Café Gambrinus de Nápoles. Mientras estaba sentado pensando en qué escribir, una mujer se asomó a la ventana, solo él la vio. Así nació Ricciardi un hombre que puede ver lo que los otros no ven. En principio como protagonista de un cuento ambientado en Nápoles cuando corrían los años 30 del siglo pasado, y el éxito de estas pocas páginas fue tan rotundo que el autor siguió trabajando.

Admirado por la crítica y el público italianos, y conocido ya en muchos países europeos, Maurizio de Giovanni es uno de los valores emergentes de la novela negra europea, digno compañero de Camilleri y Vázquez Montalbán.

